

MARCELO BIRMAJER

LAS **NIEVES** DEL TIEMPO

EL POLICIAL

Lectulandia

Marcelo Birmajer vuelve al policial. Después de más de veinte años de la publicación de *Un crimen secundario*, su única y exitosa novela policial, el autor de *Historias de hombres casados* sorprende con este relato maravilloso.

Un escritor fracasado y recién abandonado por su mujer viaja inesperadamente al sur argentino a reemplazar a un conferencista. Llega a Las Nieves, un pueblo chico de la Patagonia, un lugar de extraña atmósfera donde terminará enamorado de la única joven del pueblo. Como en los buenos policiales, todo cambiará después de un crimen impensado.

Las nieves del tiempo es la historia de un antihéroe expuesto a una situación extraordinaria, un policial con pinceladas de comedia de enredos. Birmajer explota su soltura narrativa al máximo y logra mantenernos atrapados hasta la última página.

Lectulandia

Marcelo Birmajer

Las nieves del tiempo

El policial

ePub r1.0

Ariblack 12.12.14

Título original: *Las nieves del tiempo*

Marcelo Birmajer, 2014

Editor digital: Ariblack

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRIMERA PARTE

EL INVITADO

I

Peor que amanecer buscándose en Google: no encontrarse. Borgovo había dedicado las primeras horas del día a apostar contra internet que su novela existía. Pero, aparentemente, los únicos diez ejemplares circulantes, que le habían sido entregados gratuitamente por contrato, estaban en su biblioteca. Ni reseñas ni comentarios. Ni una gacetilla de prensa de la editorial. No figuraba en los catálogos de las librerías. De no haber sido domingo, habría llamado a su editor para preguntarle si efectivamente habían impreso más que aquellos diez ejemplares de cortesía. ¿Le estaban jugando una broma? Pero... ¿qué rédito sacaría la editorial haciéndole creer que publicaban su libro? Nadie se hubiera tomado tantas molestias por él, en cualquier caso. Nada de lo que le ocurría tenía sentido.

Su novia, Malena, una bella y morena cuarentona, no lo había llamado el viernes ni el sábado. Malena tenía dos hijos, y quizás había debido pasar el fin de semana con ellos. La extrañaba. Pero tampoco comprendía por qué permanecía ella a su lado. ¿Qué podía ofrecerle un escritor fracasado, un hombre soltero a los casi cincuenta años, cuando ya ninguno de los dos guardaba ilusiones? Quizás era lo que Malena precisamente quería: un páramo ajeno a cualquier esperanza. Era una forma de calma.

De pronto sonó el teléfono. Estaba tan absorto en el silencio de su fracaso que el timbre telefónico lo alteró.

Lo llamaban de la comisión cultural del austral pueblo de Las Nieves, entre San Martín de los Andes y Villa Gema. Se les había «caído» un importante escritor que debía dar una conferencia el siguiente martes, ¿podría Elías Borgovo reemplazarlo?

Elías Borgovo pensó inmediatamente en cuáles serían los honorarios. Pero en cambio preguntó: ¿De qué debería hablar?

—De lo que a usted le parezca —respondió la voz femenina, similar a la de una directora de colegio—. Es una conferencia libre.

—¿Puedo hablar de mi última novela?

—¡Estupendo! —exclamó, fingiendo entusiasmo, la anciana—. ¿Podría llegar usted mañana al mediodía, en el micro que sale de Buenos Aires hoy por la noche?

Borgovo intentó elucubrar algún inconveniente para no revelar su completa desocupación. Pero sólo se le ocurrió intercalar:

—¿Cuáles serían los honorarios?

La anciana respondió con una cifra digna como su propia entonación.

Cuando Borgovo aceptó, ella le pidió el número de documento y agregó que el ticket para el viaje lo estaría aguardando en la estación, en la boletería de la empresa, a su nombre.

II

Se imponía avisarle a Malena. Incluso, pensó Borgovo, invitarla. Pero era imposible encontrarla. La llamó dos veces a la casa y una al celular. Le dejó mensajes y le envió mails. La mujer no respondía. Esa misma noche se subió al micro, más entusiasmado por escapar de Buenos Aires y de sí mismo que melancólico o preocupado por la repentina desaparición de su novia.

Durmió durante todo el viaje, y al llegar lo recibió un lodazal blanco. Todo lo visible estaba nevado. Borgovo debió atravesar unos metros desde donde se detenía el micro hasta la rampa donde lo aguardaban sus anfitriones, hundiendo sus pies en la nieve. Sonó el celular a mitad de camino.

—¿Dónde estás? —preguntó Malena.

—En el sur —replicó Borgovo, risueño—. A catorce mil kilómetros de Buenos Aires.

—Podrías haberme avisado, ¿no?

—Te dejé dos mensajes, te envié mails. Te busqué durante todo el sábado.

—¿Y te vas a así, de un día para otro?

—Quise invitarte —insistió él.

—No importa —declaró ella—. De todos modos esta relación no daba para más.

—¿Por qué? —preguntó infantilmente Borgovo.

—Yo ya no te quiero —dijo ella.

Borgovo cortó la comunicación y arrojó el celular a la nieve. Caminó hasta sus anfitriones.

Lo recibieron como a un héroe. Borgovo intuyó que reemplazar a un escritor importante, llenarles el vacío de un acto trunco, le aportaba un alto grado de popularidad. Pero al encontrarse con el grupo de bibliotecarios y funcionarios que habían acudido a recibirlo lo sorprendió un milagro: cada uno de ellos tenía su libro en la mano; su última novela. De algún modo la habían conseguido.

La delegación lo llevó al hotel en una comfortable combi. El hotel también era encantador, de madera, cálido, con clase. Los tres bibliotecarios —un matrimonio y una anciana— y los dos funcionarios, un matrimonio de ancianos, le pidieron que les firmara sus respectivos ejemplares de la novela.

Lo dejaron para que descansara un par de horas, y le preguntaron si quería que pasaran a buscarlo al atardecer. Borgovo respondió que hicieran lo que les resultara más cómodo, y todos sonrieron como si hubieran llegado a un acuerdo.

Comió un par de empanadas de cordero, de la cocina del propio hotel —todo pago por los organizadores— y, para su gran sorpresa, durmió una siesta. Como nadie había pasado a buscarlo ni lo había llamado, se consideró con derecho a dar un paseo a solas.

El pueblo era pequeño y prolijo como, por poner un ejemplo, la ciudad de Brujas, en Bélgica. Pero mucho más cálido y coloquial en todos los aspectos. No era un

pueblo pensado para el turismo, pero no le faltaba nada para serlo. En un local que vendía útiles escolares encontró su novela en la vidriera: varios ejemplares, junto con otros de sus libros anteriores. En un kiosco de revistas, el diario regional estaba abierto y expuesto, colgado del techo, con una enorme foto del propio Borgovo, y una nota sobre su persona y su obra.

En la farmacia, pegado en el vidrio, un póster con una foto de Borgovo, de hacía diez años, invitaba a la población a la conferencia del día siguiente.

—Es la dimensión desconocida —pensó Borgovo—. De pronto soy famoso. ¿Habré muerto?

En el hotel lo aguardaba un periodista de la radio Municipal; un muchacho de unos veintidós años, animoso. Ya había leído el libro —«en una noche», le aclaró—, y le hizo preguntas convencionales, sin conexión directa con la trama. «No lo leyó», pensó Borgovo. Pero cuando acabó el reportaje deslizó atinados comentarios sobre los personajes principales. Y le pidió que se lo firmara.

—¿A quién se lo dedico? —preguntó Borgovo.

—Ponga «para Ezequiel» —respondió el muchacho, señalándose. Antes de que Borgovo escribiera «con cariño», agregó:

—«Para Ezequiel y Natacha», mejor.

III

¿Cómo había pasado de ser un fracaso consumado a este éxito en ciernes? No tuvo tiempo de darse grandes respuestas porque llegó la comitiva a buscarlo para ir a cenar. Pero alcanzó a decirse: «Tal vez todo sea cuestión de escenario: en Buenos Aires, ciudad infinita, soy un don nadie. En este paraje perdido de la mano de Dios, como el cuñado del jefe Abraracúrcix, soy el hombre más importante del pueblito».

En cualquier caso, lo llevaron a comer como a un gran señor: guiso de ciervo, regado con estimulantes vinos patagónicos. Ya borracho, Borgovo declaró: «La próxima vez que se les enferme un invitado, así sea un pintor, o un cirujano, no duden en convocarme. Yo reemplazo al que sea».

Una de las ancianas le preguntó si valía también para el lugar dejado por su difunto marido. Borgovo se tomó un chopp de cerveza artesanal sin respirar antes de contestar a voz en cuello: «¡Por supuesto!». Y todos estallaron en carcajadas. Inmediatamente preguntó Borgovo quién había sido el «imbécil» del escritor que los había dejado plantados.

La misma anciana viuda apuntó: «Se dice el pecado, no el pecador».

«Además, de verdad que está enfermo», reafirmó otro de los comensales, un sesentón que parecía haber vivido sentado.

Borgovo escorrió intentando arrebatárselos si era novelista, cuentista, poeta. Pero los organizadores no daban el brazo a torcer. Protegerían a su invitado defraudador incluso bajo tortura. «A este que les hizo el cuento del tío, *no voy porque tengo gota*, lo defienden como a un mártir. A mí, que vine al instante, seguro que en cuanto me doy vuelta me llaman arrastrado, mercachifle, pordiosero».

Llegó a su cama en el hotel de la mejor manera: sin saber cómo. Durmió con una profundidad que no recordaba haber sentido alguna vez. Cuando despertó, se sentía bien. La nieve todavía estaba allí, del otro lado de la ventana. Ni siquiera extrañaba a Malena.

Desayunó tostadas de pan casero negro con dulces del bosque. La mujer que se los sirvió tenía una cara de más de cincuenta años y manos de cerca de setenta. Entonces Borgovo reparó en que todas las personas que había cruzado hasta entonces, excepto el periodista radial, superaban los cincuenta años. «Es un pueblo de viejos», pensó Borgovo, «me ven como a un pibe». Repitió para sí mismo: «Es un capítulo de *La dimensión desconocida*».

Sólo después de desayunar, con esa pesadez que deja la primera comida de la mañana, y al asomarse la resaca de la borrachera, Borgovo reflexionó acerca de que el viaje le estaba ocultando que su vida no había cambiado. Al regresar a Buenos Aires, la ausencia de Malena le rompería el corazón. Evidentemente, tenía a otro. Era lógico: podía aspirar a cualquiera más exitoso, más entusiasta, incluso más joven que él y que ella misma.

Pero el viaje sí estaba cumpliendo su función de fuga y olvido. ¿Qué más podía

pedir? Esa noche, en la sala de cultura municipal, también biblioteca y cine, la concurrencia le confirmó su repentino e inexplicable éxito. Cerca de mil personas se congregaron para escucharlo. La jarra de agua, a su derecha, provenía de un manantial.

Borgovo comenzó, al revés de como se suelen organizar estos eventos, invitando al público a hacer preguntas, aclarando que si ninguna surgía había tomado la precaución de preparar una breve exposición. Daba por hecho que nadie le preguntaría nada. Pero para su gran sorpresa pudo salvarse de brindar su archisabido y atrofiado discurso.

Las primeras preguntas partieron de la propia comitiva organizadora, y fueron específicamente sobre su nueva novela. Envalentonado por el hielo roto, el resto del público se sumó al convite con preguntas más generales: inspiración, tiempo de trabajo, el rol del escritor en el mundo contemporáneo.

Borgovo respondió con una alegría desconocida. Los asistentes ya no pertenecían exclusivamente a tal o cual grupo etario. Ni siquiera eran todos de Las Nieves. Los organizadores le habían comentado, poco antes de comenzar, que atraídos por la conferencia acudían habitantes de los pueblos vecinos: Lomitas, Pachecales, Almacenes, Puntas Blancas.

La cantidad de gente, el entusiasmo de los presentes, el calor de la sala, resultaron una droga euforizante para Borgovo. Parecía un adolescente inspirado y sabio dirigiéndose por primera vez a un público cautivo de su talento. La gente aplaudía cada una de sus réplicas, se reía de sus chistes y acompañaba con un silencio pensante sus reflexiones. «Cuando termino, me asesinan en un ritual», pensó Borgovo en una pausa. «Se trata de una tribu que se come a los visitantes luego de engordarlos de vanidad».

Pero lo que ocurrió cuando acabó la charla fue que se le acercó una joven de inusual belleza. Inmediatamente llamaban la atención sus pechos. Sólo después permitían aquellos dos relieves, más poderosos que cualquiera de los que rodeaban la comarca, dirigirse al rostro, al que sólo un misterio interesante impedía alcanzar una simetría perfecta. Por el sitio donde se hallaban, la metáfora para aquellos rasgos caía fatalmente en Heidi; pero no se terminaba de admirar el resplandor de su inocencia, fresco, virginal, nuevo, cuando se descubría en el abrir sensual de las fosas nasales, en algo inesperado de los lóbulos de las orejas, en el apenas relumbrar oscuro de unas casi imposibles ojeras, en el grosor puro de los labios, las huellas de una perversidad, sólo incipiente, que convocaba pasiones.

«Así se les ocurrió matarme», se dijo Borgovo antes de que la chica le extendiera su novela y le pidiera el autógrafo. Cuando ella le pidió «para Natacha», Borgovo recordó haber escuchado ese nombre. Pero no pudo precisar dónde mientras duró el diálogo: ella le preguntó si volvería a dar una charla, hasta cuándo se quedaba, si dictaba algún tipo de curso.

Sólo por la noche, antes de dormir, reapareció el nombre con su respuesta: el

periodista que lo entrevistara el día anterior le había pedido que lo agregara junto al suyo en la dedicatoria.

IV

Al despertar, no sabía qué debía hacer. No era muy distinto de sus despertares en la Capital; pero en un terreno extraño, rodeado de nieve, en una habitación señorial, el desconcierto se duplicaba. Repentinamente se sintió tan solo que llamó a Malena. ¿Por qué hacía eso? Ni siquiera había desayunado. Quizás precisamente ese era el motivo: el cerebro no funcionaba bien antes del primer café.

—Qué suerte que me llamás —dijo Malena—. Estuve intentando comunicarme con vos desde que cortamos anteayer.

—Me fue muy bien en la charla —informó Borgovo, sin saber qué decir.

—Me alegro —replicó Malena—. Creo que deberíamos hablar. ¿Cuándo volvés?

—Supongo que salgo hoy a la noche. En ese caso, llegaría a Buenos Aires mañana al mediodía.

—¿Me llamás cuando llegues? —pidió Malena.

—Dalo por hecho —confirmó Borgovo, sorprendido por su propia expresión.

«Dalo por hecho», se repitió, frente al espejo, burlándose de sí mismo. Todavía no le habían informado a qué hora salía su micro de regreso. Pero esas eran sus últimas horas de gloria. Malena lo esperaba para decirle en la cara que se acostaba con otro. Buenos Aires lo esperaba para recordarle que era un fracaso. Nada ni nadie más lo esperaba. «Acabemos con la farsa», se dijo en silencio. «Finita la comedia», pronunció, intentando una imitación de Marcelo Mastroianni. «Pastacciuta es la premisa», improvisó. Afortunadamente para su dignidad, sonó el teléfono de la habitación. «Es Malena», pensó Borgovo, «quedó el teléfono del hotel marcado en su celular. Llama para decirme que no puede esperar: me tiene que contar ya mismo con quién se acuesta y por qué. Me lo tengo merecido: ¿por qué llamo a alguien que me dice por teléfono que ya no me quiere? Me lo advirtió».

Pero era el conserje, para avisarle que lo aguardaban en el hall. Bajó pensando en si lo despacharían de inmediato o le ofrecerían primero un almuerzo. No sería mala cosa atiborrarse de carne ovina, vino patagónico y viajar borracho como una cuba, durmiendo como un eremita. Pero lo aguardaban, con cara de pocos amigos, el sesentón que lo había acompañado a cenar y un cincuentón al que creía haber visto en algún lado, seguramente durante la conferencia.

El cincuentón le extendió la mano y Borgovo se la estrechó.

Era fría como la de un vampiro.

—Su conferencia fue extraordinaria —comentó el cincuentón.

—*Chapeau* —acotó el sesentón, llevándose una mano a la cabeza.

—Perdone, no me presenté —siguió el cincuentón—. Mi nombre es Antonio Careles y soy el intendente de Las Nieves. El señor es Benicio Lapacho, mi asistente en temas culturales.

Borgovo comprendió que la cara de pocos amigos obedecía a la timidez, no a un percance desafortunado.

—Le decíamos —siguió el intendente— que su conferencia de ayer fue magistral. Algunas personas lloraron, otras se rieron. A todas les interesó. Mucha gente, de Las Nieves y de pueblos vecinos, nos preguntó si usted regresaría. Y con Benicio pensamos: «¿Para qué preguntar si regresa, si todavía no se fue?». La cuestión es que deseamos imprimirle a Las Nieves una dirección cultural. El turismo es una bendición, pero achancha. Coteje que la mayoría de nosotros somos descendientes de inmigrantes daneses, grandes lectores, que huyeron buscando precisamente libertad de expresión, elegir sus propios libros. ¿Le parece que debemos abandonar esa herencia? Tenemos que ser algo más que casas de té. No le podemos hacer grandes ofertas. El pueblo es chico. Pero, por supuesto, le pagaríamos un sueldo mensual. Podría utilizar esta misma habitación de hotel, si le apetece, hasta que le encontremos un lugar mejor...

—Pero este lugar es inmejorable —se le escapó a Borgovo.

—Me refiero a algo más privado —explicó el intendente—. Nuestro proyecto con usted sería de seis meses a un año... y le aseguro que pasarse ese tiempo en un hotel, por confortable que sea, puede llegar a ser cansador.

«Será porque no conocés el sucucho en el que paso mis días», pensó Borgovo.

—Las comidas y los viáticos, incluyendo viajes mensuales a Buenos Aires, correrían por nuestra cuenta —cerró el intendente. Le extendió un sobre cerrado y agregó—: En este sobre está nuestra oferta salarial, piénselo tranquilo y me contesta por sí o por no. O lo que usted quiera contestarme. ¿Pasamos a buscarlo a la noche, le parece? Siempre y cuando no prefiera marcharse ya mismo. En ese caso, no tiene más que decírmelo y le reservamos un lugar en el primer micro.

—No. No. No hace falta —aclaró Borgovo—. Perfectamente lo puedo pensar hasta hoy a la noche. Pero, desde ya, muchas gracias. Me siento muy honrado.

Borgovo guardó el sobre en el bolsillo trasero de su pantalón de gimnasia —el que usaba para moverse por la mañana, de entrecasa— y se despidió de ambos. El sesentón agitó la cabeza, su único gesto, aparte de haber dicho: «*Chapeau*».

«Todas esas expresiones del teatro», pensó Borgovo, «*Chapeau, Merd...* Una peor que otra».

Abrió el sobre en la intimidad de su habitación. La oferta era irrechazable. Malena, Buenos Aires, el resto del mundo, deberían aguardarlo entre seis meses y un año. Se miró al espejo y gritó de alegría. Pero de inmediato se recordó: «No me explicó cuál sería exactamente mi trabajo». En Capital, una situación de esa naturaleza, contar con una oferta pero no saber para qué, lo hubiera descuajeringado de ansiedad. Pero en Las Nieves, acompañado de aquel silencio amable, en el hotel, bien comido y bebido, halagado, casi no lo preocupaba. Ya le aclararían. En el peor de los casos, si el trabajo era cargar bolsas en el puerto lacustre, podía decir que no. Todavía no había aceptado.

Leyó sumergiéndose en la lectura y almorzó despreocupadamente. Miró películas en la televisión por cable y durmió sin esfuerzo.

Cuando pasaron a buscarlo por la noche —el sesentón, la bibliotecaria anciana, el intendente—, Borgovo procuró disimular su aceptación inmediata para que no lo tomaran por un desesperado.

En la cena, después de dos copas de vino, comenzó:

—Respecto de la propuesta laboral...

—Imagino que no me pedirá aumento antes de empezar —se mofó el intendente.

Benicio y la anciana le festejaron el chiste.

—No, no —se atajó Borgovo, a medias entre entender que era un chiste y la inercia de ser diplomático—. Quería decirle que acepto. Ni se me ocurrió regatear. Sólo sugerir que acordemos este mutuo compromiso por tres meses. Después nos fijamos si está saliendo bien. No porque yo vaya a pedir aumento, ni más de lo que me ofrecen, sino porque tal vez aparezca alguna urgencia en Buenos Aires, o ustedes descubran que soy un fraude.

Ahora fue el intendente quien se rio; la anciana y Benicio lo secundaron.

—Sabíamos desde antes de cenar que ya había aceptado —comentó el intendente.

—¿Cómo? —preguntó Borgovo, recibiendo de manos del mozo su trucha a la crema de almendras.

—No llamó para pedir el pasaje —explicó la anciana.

Borgovo asintió.

Cuando ya no le quedaban más alcaparras en el plato, Borgovo comentó:

—Por último, pero no menos importante: ¿en qué consistiría mi trabajo?

Todos se rieron porque, aunque no era un chiste, la pregunta resultaba absurdamente extemporánea.

—Bueno —dijo el intendente, risueño—, en algún momento tenía que aparecer el tema...

Y estallaron de nuevo en risas. El intendente le cedió el turno a Benicio, que habló como un funcionario atildado:

—Se trataría de brindar al menos una conferencia semanal. También podemos entenderlo como taller literario. Pero no es obligatorio. Una ponencia sobre algún escritor, sea argentino o de otro país. Apreiciaríamos también que se tratara de algún danés. Incluso Andersen...

—*El traje del emperador* es uno de mis cuentos favoritos —interrumpió Borgovo.

Benicio asintió con una sonrisa, y continuó:

—Nos gustaría que cada tanto publicara algo en el periódico local, y también en el regional, que se le pagaría aparte. Si algún habitante de Las Nieves escribe, seriamente, me refiero, también nos interesaría pagarle un extra para que usted revise su trabajo. El básico serían las conferencias semanales, pero a lo que aspiramos es a un acompañamiento completo de las actividades culturales más relevantes de Las Nieves, hasta donde no se sienta abrumado.

—Nada de lo que me ha dicho me abruma —replicó gentilmente Borgovo,

aunque la sola idea de «revisar» un libro en sentido docente le cortaba el apetito.

Antes de los postres, la anciana y Benicio se retiraron, entrelazados por el brazo. Si eran una pareja, calificaban como extraña.

—Se hacen mutua compañía —aclaró el intendente—. Belinda tiene por lo menos setenta años. Benicio roza los sesenta, aunque parece un poco más. Ella enviudó hace como diez años. Él nunca tuvo pareja estable...

Ahí detuvo el intendente su entrada de la enciclopedia dedicada a las parejas extrañas de Las Nieves; pero retomó:

—Y algo de eso le quería hablar... Por supuesto, cualquier pareja, la persona que usted quiera que lo acompañe, será bienvenida. En el hotel, en su futuro hogar, incluyendo las comidas y sus mismos beneficios; como cualquier cónyuge. Ahora bien, si usted permanece en Las Nieves solo, tengo que advertirle que no hay muchas mujeres de su edad disponibles. No hay muchas mujeres disponibles, en rigor. Hay un sitio, detrás de las montañas, donde los hombres solucionan sus asuntos. Es un lugar impecable, y con todo lo que un hombre puede necesitar. Pero me siento obligado a decirle...

El intendente tomó otro poco de vino para poder seguir.

—... que en un pueblo chico como el nuestro, las historias de amor fuera del matrimonio terminan mal. Desastrosamente, para ser más precisos. No quiero que usted acepte este compromiso sin estar advertido al respecto. Yo soy casado, tengo dos hijos, ya grandes, que viven en la Capital. Gracias a Dios, nunca he sufrido ningún problema sentimental. Mi esposa sabe perfectamente que cada tanto visito el sitio más allá de las montañas. No tengo por qué aclarárselo. Lo que ella no quiere o no puede, allá lo tengo. Punto. Ella no necesita más que mi presencia. Pero somos pocos los que podemos afirmar algo así. Casi le diría que los pocos que quedamos vivimos en Las Nieves. Si usted piensa que puede arreglárselas sin... por decirlo de algún modo... alterar el ecosistema, firme con ganas. Pero si abriga dudas, lo que le estoy ofreciendo no vale nada.

Borgovo lo miró fijo, admirado de la sinceridad del intendente.

—Es impecable su razonamiento —respondió Borgovo, ayudado por el vino—. Y necesario. Reduzcamos el plazo de tres meses a una semana. En una semana le respondo si me quedo los seis meses. En caso de que me retire, me pagan por conferencia, o encuentro, o lo que ustedes quieran que haga. ¿Qué le parece?

El intendente, como en el primer encuentro en el hall, le extendió la mano. El mozo les preguntó si querían una copita de licor artesanal.

V

Su primera jornada laboral fue una conferencia exclusiva para aquellos que hubieran escrito algún trabajo literario y quisieran compartirlo con Borgovo. Se reunieron en la biblioteca y contó con quince asistentes, todas mujeres. Trece de las señoras oscilaban entre los cincuenta y los sesenta años, pastoreadas por la bibliotecaria de setenta; y mientras Borgovo les hablaba, recibía sus preguntas y fatalmente sus escritos, se preguntaba cuál de ellas podía hacer pensar al intendente en Borgovo como un fauno que arrasaría lujuriosamente la calma del pueblito. ¿Se imaginaba Antonio que Borgovo siquiera le guiñaría un ojo a cualquiera de esas abuelas? Pero a mitad de la reunión apareció el lobo. Natacha no hizo preguntas ni trajo textos. Esperó a que se retiraran las mujeres, felices, parloteando, prometiendo regresar y ponerse a escribir en serio ahora que tenían profesor; entonces se acercó Natacha a Borgovo: había venido a verlo, no porque escribiera, ni porque le interesara en particular la literatura, sino porque deseaba ser actriz y Borgovo podía ayudarla.

—¿Cómo? —preguntó él.

—Trabajándome los textos —respondió Natacha—. Marcándome las actuaciones. Con tus contactos en la Capital.

En rigor, comprendió Borgovo, todo se reducía a la última frase.

Estrujándose el corazón, no por sinceridad sino por autopreservación, respondió:

—No tengo ningún contacto en el mundo del teatro. En realidad, no tengo ningún contacto.

Hizo una pausa y agregó:

—Ni siquiera con la realidad.

Ella se rio de un modo que lo hizo sentir Groucho Marx. Estaba a punto de atusarse el bigote postizo. Pero Natacha avanzó hasta dejarlo mudo como Harpo, estúpido como cualquiera de los extras que se dejan dar tortazos, sopapos, palizas de belleza sin recompensa.

—Si no es en el teatro, será en la tele. Pero yo sé que vos me vas a ayudar. En el peor de los casos, verás mis actuaciones y me dirás qué te parecen. En este pueblo patético no hay quien me pueda dar una opinión. ¿Te gusta el teatro?

A Borgovo no se le daba mentir, por eso respondió:

—Voy a ayudarte en todo lo que pueda.

Vivía con su tía, ensayaba con el elenco estable de Las Nieves, para una ópera.

Esa misma noche llamó a Malena para explicarle que no sabía cuándo volvería.

—¿Ves? —dijo ella—. Esto es lo que me molesta de vos. Ya tenés cincuenta años y todavía no sabés dónde vas a despertar cada día.

«Todavía no cumplí cincuenta», estuvo a punto de replicar Borgovo, pero sabía los escándalos que Malena le armaba cuando él se atrevía a corregir pequeños deslices. «No te estoy hablando de eso», comenzaba su ráfaga de furia.

—No entiendo a qué vienen estos reproches —fingió ofenderse Borgovo—, si ya me aclaraste que dejaste de quererme. Te llamo solamente para que no pienses que me pasó algo malo.

—«Si ya me aclaraste que dejaste de quererme» —se burló ella—. Parece un bolero. Lo que en realidad me pasa es que no soporto más tu indefinición. ¿Vas a buscar un trabajo estable, me vas a invitar a vivir con vos? No me imagino teniendo más hijos, menos después de los cuarenta. Vos todavía sos joven para eso, a mí ya me tacharon la doble. Pero sí formando una pareja estable. ¿Vos sos mi pareja estable?

—Yo te amo —dijo Borgovo.

—Eso se dice fácil —lo arrinconó Malena.

—Yo no lo digo fácil —insistió.

—Y mucho más fácil a no sé cuántos de miles de kilómetros de distancia. ¿Al menos me podés dar una fecha cierta de regreso?

—No —dijo Borgovo—. Ni bien sepa, te llamo.

Ella se despidió con un «buenas noches» cariñoso.

«Se acostó con otro», dedujo Borgovo, «y no sabe cómo decírmelo. Los hombres lo primero que necesitan después de acostarse con una amante furtiva es contárselo a un amigo. Ellas, contárselo al marido».

Por pura casualidad, antes de poder presenciar la performance individual de Natacha, lo invitaron como espectador privilegiado, único, en rigor, del ensayo general de la ópera, con Natacha incluida.

Lo sentaron a mitad de la sala, en un teatro que parecía destinado a recibir multitudes, *Fitzcarraldo* en la nieve.

Antonio Careles, al invitarlo, le anticipó que el teatro era «descomunal», «desproporcionado para nuestra demografía. Ni siquiera lo llenan cuando vienen de otros pueblos. Pero nuestros ancestros daban mucha importancia a la cultura. El teatro fue uno de sus primeros proyectos comunitarios. Anterior al cementerio. Fíjese que para enterrar a sus muertos los llevaban al cementerio de disidentes de Lomitas. Pero el teatro lo querían tener al lado. Aquí se estrenaron las primeras obras de Ibsen en la Argentina. Y también de nuestros paisanos, Holberg y Gjellerup. Bueno, no lo molesto más, ya lo verá. Mañana a las siete lo esperan».

A Borgovo le hubiera gustado tener pochoclo. Incluso chicles. No soportaba hallarse con las manos vacías ni siquiera frente a una película de acción. Una obra de teatro, en cualquier caso, le resultaba difícil de aguantar. Pero una ópera era para él una tortura inquisitorial. Comenzó cantando una giganta que le hizo pensar que nunca más volverían a gustarle las mujeres. Un señor con la cara pintada de blanco repitió los cantos de la giganta, mirándola fijo, como si fuera un ritual coital de unos animales que, a diferencia de las mantis religiosas, se mataban *antes* de copular, siendo la subsistencia de la especie un misterio que los científicos no podían desentrañar. A mitad de la función, cuando Borgovo sintió que lágrimas de desesperación le caían por las mejillas, un anciano detuvo el ensayo para explicar el

argumento. Hablaba sin entonación, como un pregonero comunicando una catástrofe al que le hubieran extirpado la parte del cerebro encargada de las emociones: «La obra trata del cacique Lebrel y su encuentro con los primeros daneses que llegaron a Las Nieves. La esposa del líder de los daneses, Helga Malstrom, cocina un pastel de endivias y manzanas para congraciarse con el jefe indígena. El cacique los acepta en su medio, pero queda prendado de la cocinera, especialmente por su pericia. Más tarde ofrece tierras y ganado a cambio de la mujer. Malstrom quiere matarlo, pero sus paisanos lo disuaden: debe aceptar que se trata de otra cultura. Sin embargo, el cacique no está tan dispuesto a aceptar la cultura distinta de los daneses. En cuanto le niegan la mujer, lanza los malones, los ataques individuales y los incendios furtivos. Muy pronto los daneses deben armarse y contraatacar. Al concluir la guerra, apenas si queda una decena de indios de los casi tres mil iniciales. En esa instancia, Helga Malstrom cocina nuevamente el pastel de manzanas y endivias, y vuelve a obsequiárselo al cacique. El cacique acepta sin pedir más nada. Celebramos el encuentro entre esas dos culturas».

Después de este interregno, la obra continuó, incomprendible para Borgovo. Se suponía que cantaban, o chillaban, en castellano, pero Borgovo no les entendía una palabra. Natacha hacía de india. Cantaba como un pavo agonizante y bailaba con la ridiculez propia de uno de los tres chiflados cuando se les caía un martillo en el pie. Pero esa ridiculez excitaba a Borgovo más que cualquier danza pulcramente ejecutada. Cuando terminó la ópera, Borgovo se puso de pie y aplaudió como un poseso. Gritó: «Bravo, bravo».

Saludó a los actores y al director uno por uno, y prometió que les haría llegar por escrito sus comentarios. De algún modo Natacha logró acercársele y encararlo solo, contra un arbusto de frutos rojos, ya a punto de desaparecer en la oscuridad de la temprana noche:

—No te olvides de que mañana tenés que venir a ver mi ensayo —le recordó.

—No me lo olvidaría ni con una lobotomía —confesó Borgovo.

—Quizás creíste que bastaba con ver el ensayo general —porfió ella.

—Esa fue la lobotomía —suspiró Borgovo.

Y ella se rio como un chico.

VI

La función privada de Natacha para Borgovo fue por la mañana. «Niña morena y ágil, nada hacia ti me acerca», recitaba Borgovo a Neruda mientras se acercaba a la casa que compartían tía y sobrina, «todo de ti me aleja, como del mediodía». La calle se llamaba Pacientes.

Cuando golpeó la puerta —la casa era de madera y no tenía timbre—, le abrió una mujer de cuarenta años, no tan bonita como Malena, pero tampoco fea.

—Vengo a ver el ensayo de Natacha —explicó Borgovo.

La tía Greta conversó unos quince minutos con el escritor, le preguntó qué tal llevaba su vida en el pueblo, si no lo cansaban las continuas requisitorias de los habitantes «cultos» y cuánto tiempo se quedaría. Borgovo respondió con natural solicitud: no estaba seguro, quizás un mes, quizás seis, todo dependía de cómo se adaptara.

—¿Y de qué depende que te adaptes o no? —lo apuró Natacha.

—Ya me adaptaré cuando esté muerto —parafraseó Borgovo.^[1] Pero las dos mujeres se rieron. Greta les preparó chocolate caliente y, para estupefacción de Borgovo, abandonó la casa.

—Te aclaro —advirtió Natacha, antes de dar paso al ensayo— que yo nunca en mi vida hubiera elegido una ópera, y mucho menos una historia tan vetusta. Pero si decía que no, ¿dónde actuaba? El intendente pone plata donde quieren la mayoría de los vecinos. Andá a decirles a los daneses que pongan una obra contemporánea... Creo que lo último que vieron fue *Casablanca*...

—¿Conocés *Casablanca*? —se asombró Borgovo.

—Soy joven —replicó Natacha—, no estúpida.

—¿Y qué fue de tus padres? —se escuchó preguntar Borgovo.

—Mi padre falleció de un paro cardíaco cuando yo tenía diez años. Cuando cumplí quince, mamá se casó con un forastero, un argentino que había vivido mucho tiempo en Chile y pasaba por acá comprando y vendiendo centolla y trucha. Se quedó. No se llevó bien conmigo. Yo mucho menos con él. Cuando alcancé la mayoría de edad, mamá y él se fueron a vivir a Chile y yo me quedé con Greta, que era prima de mi papá. Vendimos la casa, la mitad para mí.

—¿Y cada cuánto ves a tu mamá? ¿Te viene a visitar o vas vos?

—Ni viene ni voy —respondió inclemente Natacha.

—¿El te tocó? —lanzó como un exabrupto Borgovo.

La chica asintió.

Borgovo pegó un puñetazo contra la mesa. Natacha se sobresaltó.

—¿Empiezo? —preguntó ella—. Aunque ahora, la ópera va a parecer una comedia. No me gusta contar esa historia. La de la ópera tampoco. Vos me tenés que inventar una historia para que yo actúe. Ya sé: decime ahora una escena, cualquiera,

la que se te ocurra, y yo improviso.

Borgovo se quedó pensando. No recordaba cuándo se había sentido tan excitado por última vez. Conmovido era una palabra más adecuada. Le faltaba el aire.

—Una mujer se encuentra en el medio del bosque. Ha perdido las llaves de su casa entre la hierba. Le han dicho que, después de determinada hora, los árboles cobran vida y son malignos. Le restan cinco minutos para encontrar las llaves.

—¿Qué le pueden hacer los árboles? —preguntó Natacha.

—No sé —respondió Borgovo, con un hilo de voz.

—¿Y por qué en vez de buscar las llaves no sale corriendo? —insistió Natacha.

—No lo sé —repitió Borgovo. Y agregó:

—Dijiste que ibas a improvisar.

Natacha hizo la mímica de buscar las llaves entre las ramas y hojas caídas en el suelo de un bosque. La rama de un árbol le arañó el rostro. Una ardilla se le acercó, la husmeó y siguió de largo. Las llaves no aparecían.

—Tendría que salir corriendo ya mismo —dijo Natacha, hablando consigo misma—, pero quiero saber qué hacen estos árboles. Cómo son los árboles cuando atacan.

Miró a su alrededor como si fuera una niña que descubriera algo nuevo. Quedó petrificada frente a Borgovo, uno de los árboles, por un movimiento fuera de lo común, no provocado por el viento ni por ningún efecto externo. Natacha le tomó los brazos y se los subió como si fueran ramas. El hombre sentía la respiración de la mujer como una brisa que llegara de las montañas. Natacha lo besó en la boca y se apartó de inmediato.

—Eso era —dijo Natacha—. El peligro.

Borgovo se echó hacia atrás hasta dar con la cabeza contra la pared. Cerró los ojos, volvió a abrirlos y dijo:

—Es una actuación extraordinaria.

Natacha hizo una reverencia. Borgovo aplaudió, abrió la puerta sin hablar, y se fue corriendo. Como había olvidado cerrar la puerta al escapar, escuchó las carcajadas de Natacha, no sabía si crueles o dulces.

Sólo en la habitación del hotel logró cauterizar la herida. Pero ni bien calmó la taquicardia sobrevino el temor: ¿no era la novia del periodista? ¿No le iría el muchacho con el cuento al intendente? ¿Lo echarían esa misma tarde! Pero podía ser peor: que el muchacho fuera con un arma a matarlo. Era lo que él había sentido cuando Natacha le comentó del padrastro abusador; no quiso pronunciarlo, pero lo que le subió a la garganta como bilis fue: «Cómo puedo hacer para matarlo. Dame las coordenadas para matarlo, por favor». Ahora el propio Borgovo era el pariente abusador y el muchacho no haría nada malo si lo ajusticiaba. Ella le había pedido ayuda, asesoría artística, asistencia, era prácticamente una huérfana. La tía Greta había confiado en él, le había preparado chocolate caliente... Y él, Borgovo, la tocaba...

«¡Momento!», se dijo Borgovo, mirándose al espejo. «Yo no la toqué. Ni siquiera

me le acerqué. ¿Qué podía hacer? ¿Empujarla? ¿Correrle la cara como si estuviera apestada? Ella me tomó los brazos, avanzó y me besó. ¡Yo salí corriendo! Soy inimputable».

Pero cuando sonó el timbre del teléfono se dijo que no tenía coartadas, ni una prueba a su favor. Era su palabra contra todas las evidencias de la historia humana. Aquel pueblo de morondanga no dejaba de depararle sobresaltos: la que llamaba era Natacha.

—Te llamo para decirte que en el taller literario que vas a dar mañana...

—No voy a dar ningún taller literario —la interrumpió Borgovo.

—Sí —ordenó ella—. Todavía no lo sabés. Pero mañana vas a dar un taller literario. Va a ir mi novio, Ezequiel. Te ruego que no dejes traslucir nada de lo que ocurrió hoy.

—No sé a qué te referís —se atajó Borgovo, como si lo estuvieran grabando.

—Esa es la respuesta —lo alentó Natacha—. Fue una improvisación, nada más. Disculpá que te llamé. Pero como recién nos conocemos, y yo nunca actué delante de un profesional, no sabía cómo lo podías tomar. Además, cuando golpeaste la mesa me pareciste un tipo de armas tomar. Y yo no quisiera que Ezequiel pase un mal momento por mi culpa...

—Me parece que me estás confundiendo con Belmondo —replicó Borgovo—. Yo no soy un profesional, ni de armas tomar. Además, no creo que me quede en Las Nieves.

—¿Cómo?

—Tal vez me vaya mañana —amenazó, sin saber por qué o para quién podía ser una amenaza.

—No —moduló ella—. Vos te quedás.

¿Era un pronóstico o una orden?

—Te vas a quedar —insistió Natacha.

Borgovo permaneció en silencio.

—Nos vemos mañana —cortó ella.

El taller literario fue, como Natacha había anticipado, al día siguiente por la tarde. Poco después de que ella cortara lo llamó el intendente para sugerírselo. Evidentemente, varios del pueblo sabían antes que él sus futuras tareas. Era lógico: la gente se reunía en comisiones, tomaban decisiones y las noticias se difundían. Eran como reuniones de consorcio; con la diferencia de que en Las Nieves las cosas se hacían y, hasta donde Borgovo podía atestiguar, los inquilinos no peleaban.

Alguna de las participantes leyó un cuento, una señora un poema, otra una crónica. Todas abuelas, excepto Ezequiel. Borgovo lo miró y pensó que, a despecho de la advertencia del alcalde, finalmente había arruinado el ecosistema. Sólo dos jóvenes había en el pueblo, listos para perpetuar la especie; y él los había apartado el uno del otro. ¡Pero no! ¡No todavía! Aún no la había profanado. Podía marcharse sin que nada hubiera pasado.

—¿Pero cuál sería para usted la diferencia entre crónica y aguafuerte? —preguntó Ezequiel.

«No tengo la más puta idea», pensó Borgovo. No sabía qué era más difícil: si inventar la respuesta o mantener la cara de circunstancia delante del muchacho.

—Una crónica es obligatoriamente acción, aventura, suspenso. Algo importante o grave. Escalar el Everest, una noche en una guardia médica singular, un carnaval sangriento, una guerra. Un aguafuerte puede ser cotidiana, generalmente urbana. Un día de lluvia en Buenos Aires, la descripción de la noche en un aeropuerto. Una chica que pierde un paraguas.

En el último ejemplo, creyó que se había pisado. Porque pensó tan intensamente en Natacha que lo asustó la posibilidad de que Ezequiel pudiera verla. Pero había puesto tal énfasis en aplicarse a la respuesta, no por encontrar la correcta sino para evitar que el muchacho percibiera su desconcentración, que en cuanto terminó su exposición la concurrencia aplaudió extasiada. Les había parecido una definición prístina.

—Y ahora me escriben un aguafuerte y una crónica para la próxima reunión —aprovechó, para cerrar, el profesor Borgovo.

Llegó a su habitación con el corazón taladrándole el pecho y decidido a regresar a Buenos Aires. A duras penas si había soportado mirar de frente al muchacho, y todavía le faltaba enfrentarse a Natacha. «Nos vemos mañana», le había dicho ella. «Un carajo nos vemos», dictaminó Borgovo en silencio.

Estaba por levantar el teléfono para pedir en conserjería que lo comunicaran con el intendente para avisarle de su decisión de regresar a Buenos Aires cuando Natacha salió de debajo de la cama.

—¡La puta que te parió! —gritó Borgovo, a punto de morir del susto.

Ella se llevó un dedo a los labios y le dijo al oído:

—Nadie sabe que estoy acá.

—¡Pero cómo no van a saber que estás acá! —dijo Borgovo furioso, pero con la voz más baja que pudo.

—Me disfracé de mucama —explicó ella. Y le mostró el disfraz prolijamente doblado debajo de la almohada—. ¡Fue la actuación de mi vida!

¿Era una perversa? ¿O una imbécil sin remedio? ¿Una romántica perdida, o una cínica impenitente?

—A mí me van a meter preso —exhaló Borgovo.

—Soy mayor de edad —lo contradijo ella.

Pero Borgovo estaba embalado, y Natacha no le había permitido terminar la frase:

—Y a vos te van a mandar a Chile, con la perra de tu mamá...

La cara de la chica se paralizó en una expresión de espanto.

—Perdón, perdón —dijo él, sin tocarla—. Andate, por favor.

—Yo te amo —dijo ella, sin pausa entre las lágrimas y la confesión.

—¿Qué? —escupió Borgovo—. Pero vos estás completamente chiflada. No sabés

lo que estás diciendo...

—¿Qué? —lo remedó ella—. ¿Qué es lo que hay que saber para decir eso?

—Por ejemplo —la adoctrinó Borgovo—, que yo amo a otra mujer.

—Lo pensé —contraatacó Natacha—. Pero, como mínimo, está a mil kilómetros.

Mientras que yo estoy enfrente tuyo, y a mí también me amás.

—¿Te amo? —preguntó Borgovo temblando, sintiéndose un personaje de Pepe Biondi—. Ni vos me amás a mí, ni yo te amo a vos. Nadie ama a nadie, en realidad. El amor no existe. Es un invento de los suicidas. ¿De dónde sacás que yo te amo?

—Lo puedo oler —dijo ella.

La cara de animal que puso la chica fue fatal para Borgovo. Esa batalla estaba perdida desde el primer instante. Sólo hubiera querido resistir un poco más. Pero era un cervatillo con la flecha de una ballesta clavada en la pata. Era un combate desastrosamente desigual.

VII

Natacha se había ido antes de que Borgovo pudiera terminar de vestirse. De hecho, ella abrió la puerta con una sonrisa picara, mientras él estaba en calzoncillos, incapaz de moverse. Natacha sí se había vuelto a vestir, con el traje de mucama. Borgovo miró a su alrededor el leve desorden de la habitación como si fuera el campo devastado posterior a una guerra sin cuartel. Patton, interpretado por George Scott, en el norte de África, mira a su alrededor, los tripulantes de los tanques fuera de sus vehículos, desparramados por la arena con las vísceras al descubierto, colgando de las torretas con los cráneos destrozados o el cuerpo carbonizado, los buitres picoteando en las ruinas humanas, y exclama: «Que Dios me perdone, pero amo esto».

Suspiró hondo y supo lo que debía hacer. Era una tarea aséptica y dura. Levantó el teléfono y llamó a Malena. Curiosamente, ya iban varias veces que lo atendía al momento.

—Me voy a quedar en Las Nieves —declaró Borgovo.

—¿Dónde? —dijo extrañada ella.

—En Las Nieves, es el pueblo donde estoy ahora.

—¿Cuánto tiempo?

—Seis meses mínimo, tal vez un año.

—Pero... ¿por qué? ¿Qué te ofrecen?

—Me dieron un adelanto.

—¿Cuánto?

—Mucho. Mucho más de lo que gano en Buenos Aires en dos años. Me lo pagaron todo junto, en un día. Ahora se los tengo que devolver con trabajo.

—Pero supongo que en algún momento pasarás por acá...

—No antes de seis meses...

Borgovo permitió una pausa; no solía aceptar los silencios en las conversaciones telefónicas, prefería sortearlos con alguna estupidez. Pero lucró con esos instantes para pensar una respuesta a la posible oferta de Malena de visitarlo en Las Nieves. Sin embargo, ella tenía otra pregunta preparada.

—Elías... ¿esta es tu despedida?

—Vos me dijiste que no me querías más.

VIII

Su siguiente paso fue llamar al intendente para comunicarle que aceptaba el contrato. Tres meses a disposición cultural de Las Nieves, con opción a renovación automática por tres meses más. El intendente recibió, telefónicamente, la notificación con alegría, y lo invitó a apersonarse en su despacho para la firma. El edificio de la Municipalidad quedaba sobre la avenida Diez Mandamientos.

Mientras caminaba al encuentro del intendente, Borgovo reparó en que algunas calles llevaban nombres bíblicos o extraños.

Además de la de la Municipalidad, había notado una calle llamada Sinaí. La casa de la tía de Natacha sobre Pacientes. Inicialmente, Pacientes no le había llamado la atención, la asociaba con calles tales como Libres del Sur, o Misericordia, algunas en Capital, pero aún más propias de los pueblos pequeños. Pero ahora que aparecían Sinaí, Diez Mandamientos y, de pronto recordó, una cortada de tierra llamada Becerro de Oro, Pacientes sonaba menos casual. La mayoría de las calles, no obstante, referían a los próceres argentinos —como en cualquier parte del país—, o a las ciudades y provincias cercanas, Río Negro, Bariloche, Chubut; incluso había una calle Chile. Las calles con nombres usuales eran pavimentadas; y los carteles parecían más nuevos. Mientras que en la Diez Mandamientos, si bien era una avenida pavimentada, el cartel con el nombre y la numeración estaba oxidado, como en las demás calles de resonancias bíblicas.

En la puerta del edificio municipal montaban guardia dos policías; como todos los de Las Nieves, vestidos de blanco. Uno de los dos fumaba. La despreocupación con que oteaban el panorama los asemejaba más a preceptores del secundario que a agentes del orden, pero cada uno llevaba su pistola al cinto, en su respectiva cartuchera. Era difícil imaginar un caso de inseguridad en medio de aquellas montañas de postal. ¿Quién se metería en casa ajena, a qué dueño de local harían levantar las manos para llevarse un chocolate en rama, a qué mujer querrían violar, excepto a Natacha, que se entregaba sola? El pensamiento sobre su joven amante lo avergonzó. También en Las Nieves debían existir los episodios de inseguridad, como en todas partes. Pero no lograba adivinar qué tipo de episodios. «Tengo la certeza de que aquí, como en todas partes, existe el Mal. Sólo estoy aguardando que me revele su expresión».

El intendente lo recibió con los brazos abiertos, y acompañado de Benicio Lapacho y Belinda Sterfegsen, como se llamaba la bibliotecaria y compañera de vida de Benicio.

—Qué momento solemne —bromeó Borgovo—. Paso a firmar, en presencia del intendente, la jefa de bibliotecas y el ministro de Cultura.

—Sólo asesor —lo corrigió Benicio.

—¿Y cuál es la diferencia? —porfió Borgovo, mientras firmaba, porque no podía firmar un contrato tan favorable sin molestarse a sí mismo de alguna manera.

Benicio, evidentemente de naturaleza taciturna, se había equivocado, igual que Borgovo, al hacer su corrección, ya que ninguno de los dos realmente quería hablar. Pero ahora que había iniciado la charla no le quedaba más remedio que terminarla. El intendente, su jefe, lo miraba esperando que explicara. En el breve lapso de silencio incómodo, Borgovo dirigió la mirada a un rectángulo de corcho detrás de la cabeza del intendente, donde se clavaban con chinchas papeles que anunciaban actividades: campeonato de pesca de trucha, combate pugilístico de un tal Coki Olsen —ya había visto un cartel similar en el restaurante—, reunión de repostería regional.

—En Buenos Aires me di al teatro —se explayó Benicio—. Coreografía, producción, maquillaje, vestuario; todo detrás del escenario. Era mi pasión. Pero no me fue bien. Parece una expresión francesa, pero es una palabra en español: fracasé. Dios hace a veces esos chistes: darnos una vocación para la que no tenemos talento. Volví a mi pueblo, Las Nieves, de donde eran mis padres y mis abuelos; pero no quise hacer la parábola del que vuelve como eminencia a su pequeño lugar luego de probar que es un don nadie en la gran ciudad. Me dedico a la actividad privada y asesoro al intendente en temas culturales.

—¿Y cuál es su actividad privada? —se interesó Borgovo, para que el relato no quedara reducido a la confesión de la derrota.

—Queso de cabra, dulces caseros, carne de cordero.

Belinda le tomó una mano. Benicio calló.

Ahora que podía mirarlos con detenimiento, mientras que ellos ya no se esforzaban en la cortesía interminable de cuando Borgovo recién había llegado, calificó a Belinda como una «lesbiana dura». Benicio se inclinaba más hacia una feminidad problemática.

«¿Qué harán estos dos en la misma casa, en las noches de frío?», se preguntó Borgovo. «Mejor no averiguar».

El intendente extendió su copia del contrato a Borgovo, y los presentes se dieron las manos, unos con otros, incluyendo a Belinda. Belinda y Benicio se retiraron, no sin antes felicitarlo por segunda vez. El intendente sacó una botella de vino dulce del armario superior de su despacho y sirvió una copita para cada uno.

—¿Es vino *kosher*? —preguntó Borgovo.

El intendente asintió.

—Lo hace uno de los productores de Las Nieves. Además de distribuirlo por Argentina, lo exporta a otros países de Latinoamérica. Bueno, salud.

—Salud —repitió Borgovo.

Después de tomar un sorbo, Borgovo preguntó:

—Aunque, según lo que me pareció entender, la mayoría de ustedes son descendientes de daneses, hay apellidos como Lapacho que me llaman la atención.

—Como usted bien debe saber, Elías —pareció inquietarse el intendente—, los argentinos venimos de los barcos, y estamos más mezclados que el café con leche.

A Borgovo se le hizo claro que el intendente pretendía cerrar el tema allí. Fue el

mismo Antonio Careles quien retomó la conversación:

—Si le parece, este es un buen momento para que le muestre la cabaña que pienso ofrecerle como vivienda.

—Perfecto —acordó Borgovo.

En la discreta camioneta del intendente llegaron hasta el embarcadero del lago y abordaron una especie de canoa con motor. Pero de todos modos Antonio lo llevó remando; con simpatía, le enseñó a remar también a Borgovo.

—Cuando quiera —dijo el intendente— se la presto para que salga a pescar truchas.

—Las truchas van a estar felices —replicó Borgovo—. Mandarme a mí al medio del lago, con una caña, es como enviarme al exilio.

De buen humor llegaron a un paraje paradisíaco donde se dispersaban una docena de cabañas iguales, alejadas unas de otras sin líneas de ordenamiento, en la orilla opuesta a la del embarcadero. Aunque el viaje le había parecido muy corto, Borgovo no distinguía las construcciones que habían dejado del otro lado. Tal vez fuera la niebla. El intendente le señaló la que sería su cabaña. También alzó la mano hacia la cordillera, como si se dirigiera a un punto preciso, con el ademán de aquellos que sabían distinguir las constelaciones en el cielo —Las Tres Marías, El Indio Resfriado, El Celta Sinvergüenza—, ciencia que Borgovo no había logrado dominar ni siquiera en sus épocas de campamentos adolescentes.

—Detrás de esa montaña —explicó Antonio—, por un camino de piedras, se llega al sitio que le dije. Cuando quiera, me avisa. No sienta vergüenza. Con una vez que le explique cómo llegar después se las arregla.

—¿En la primera visita me acompaña un sherpa? —bromeó Borgovo.

Pero Antonio esta vez no se rio. Se había esforzado por transmitirle de manera coloquial una información imprescindible, pero no era tema para la chacota.

Regresaron en silencio. Borgovo no pudo deducir si por incomodidad o porque ya no tenían de qué hablar.

IX

Como muchas de las cosas que le pasaban en Las Nieves, el ritmo armónico de vida que llevó Borgovo en la semana posterior a la firma del contrato no recordaba haberlo degustado alguna vez. Dictó su conferencia sobre Andersen, haciendo pie en *El traje del emperador*, y comparándolo con sucesos históricos de los siglos XX y XXI. Leyó sus propios relatos en otro encuentro. Corrigió textos y recomendó métodos a las «abuelas tejedoras», como apodaba en su fuero íntimo a las participantes de las tertulias de escritura amateur, donde lo más destacable era la torta galesa que se turnaban para cocinar una vez cada una, y el té de ruibarbo, que compraban fresco en la granja de Benicio y Belinda les preparaba con colador en la biblioteca, en una tetera de porcelana. Los quesos que llevó un jueves la decana de las «abuelas tejedoras» hicieron a Borgovo pensar que todos los que había comido hasta entonces eran de mala calidad o adulterados.

Durante esa primera semana, Natacha no se dejó ver. Su ausencia fue un bálsamo que acompañó la serenidad de Borgovo. Ni la necesitaba ni sentía deseo alguno. La inapetencia sexual no era un problema para Borgovo. Muy por el contrario, como a menudo se decía: «Los problemas empiezan cuando uno tiene ganas». Por eso había respetado la pulcritud del intendente al informarle de la existencia del prostíbulo. Se decía a sí mismo sus epigramas, porque no tenía amigos con quienes compartirlos. Tampoco a quién contarle que se había acostado con Natacha. Ni su esperanza de que la chica dejara todo en esa instancia, y que su corazón no la extrañara, ni su cuerpo la requiriera. Pero le ocurrió exactamente lo opuesto de poder contarle a un amigo que la chica se le había entregado y que él no sentía su falta; llamó Ezequiel Hernández, el periodista; uno de los apellidos que, paradójicamente, lo sorprendían por lo prosaico. Natacha, coherente con el pueblo, se apellidaba Haugaard.

Ezequiel dijo que quería hablarle, en privado. Borgovo intuyó lo peor. Cuando Ezequiel propuso un merendero a orillas del lago, Borgovo no pudo pensar en otra cosa más que en un duelo, e inmediatamente planificó su huida. No podía ser tan difícil pagar un pasaje en el primer micro. Ni siquiera hacía falta un directo a la Capital; escaparía primero a cualquier comarca cercana. Quizás incluso se quedara un par de días, oculto de todos. No se imaginaba tocándole el timbre con la cabeza gacha a Malena, ni la soledad asfixiante de su cuarto, luego de haber vivido las mieles del éxito.

Pero la curiosidad podía en Borgovo más que el miedo. Quizás por eso estaba vivo: por la mera curiosidad de saber cómo sobrevivía un espécimen como él. Era un entomólogo de su propia existencia.

El remise lo dejó a dos cuadras de la playa, porque no había acceso para vehículos. En los doscientos metros que hizo caminando eligió una piedra que sirviera como arma y la escondió estúpidamente en el bolsillo de su campera. Era

ovalada, pesada y puntiaguda. De color gris. Borgovo se sintió Caín. Si clavaba aquella piedra inocente en un cuero cabelludo, las manchas de sangre seguirían el trazo descuidado que dejaba un acuarelista al limpiar el pincel.

Las primeras palabras de Ezequiel lo tranquilizaron.

—Perdone que lo cité acá —dijo el muchacho—. Pero si caminamos por la calle después todo el mundo pregunta de qué hablamos. Y en el bar se escucha.

—No te preocupes —lo alentó Borgovo.

—El tema es así —comenzó Ezequiel. Pero quedó callado. Borgovo tragó saliva. No podía imaginar qué le diría el muchacho. ¿Que se apartara de Natacha, que ella estaba embarazada y él no sabía qué hacer, que era gay, que lo ayudara a publicar su libro en Buenos Aires?

—Habrá escuchado usted que Coki Olsen está llegando.

Borgovo hizo memoria. ¿Dónde había visto ese nombre? Ah, sí, un póster hecho a mano, como un diario mural. En el despacho del intendente y en el restaurante donde se comía centolla.

—Coki Olsen —repitió Borgovo—. El boxeador.

Ezequiel asintió.

—Coki entrenaba boxeo amateur en Bariloche. Le fue bien y probó suerte en Capital. Allá siguió entrenando, y peleando, en un club, creo que Huracán.

—Como Bonavena —apuntó Borgovo.

Ezequiel ni siquiera respondió con un gesto a ese comentario. Probablemente no supiera quién era Ringo.

—Es raro un boxeador de Las Nieves... Olsen —se extendió Ezequiel—. Porque es de clase media, los viejos lo bancan desde acá... Tiene un laburo allá, trabaja con un tío vendiendo muebles. Pero como Coki es cabeza dura, aunque es el sobrino directo, carga los muebles. Podría ser el gerente, pero como es un cabeza de paja hace de changarín.

Borgovo percibió la violencia emergente en las palabras de Ezequiel.

—Los boxeadores generalmente son gente pobre —dijo sin preámbulos— que se quiere salvar con eso. Pero este...

Se interrumpió. Borgovo, en silencio, con una mirada paternal, lo invitó a seguir.

—Este pelotudo era el novio de Natacha —concretó Ezequiel—. Novio, bah. Fue algo de Natacha.

Ezequiel puso una cara de dolor tan intenso, que le dolió también a Borgovo.

—Yo creo que fue su primer hombre —lanzó finalmente.

Los celos que sintió Borgovo fueron completamente inesperados.

Todos los días de esa semana calma, de prescindencia, de sentirse Buda, se derrumbaron como sacos de harina rompiéndose en su caída. Ella había sido de otro. De un boxeador. Hacia Ezequiel sólo sentía culpa. Pero los celos que le despertó el boxeador lo asustaron: de sí mismo y del dolor posible.

—Y ahora este pelotudo vuelve —siguió Ezequiel—. Ella lo dejó por cabeza

hueca, por cara de nada, por cerebro de corcho. Pero, usted ya debe saber, ahora enfrenta a un boxeador de Pachecales, y está todo el pueblo conmocionado. El regreso del pelotudo pródigo. Y yo sé que soy el hombre indicado para Natacha. Yo leo. Escribo. Ella quiere ser actriz. Me dice: «¿Te parece que estamos juntos porque nos amamos, o porque somos los dos únicos jóvenes del pueblo?». Me dice: «¿Te parece que estamos juntos porque queremos, o porque no nos queda otra?». Y yo sé que la tendría que mandar a la mierda, pero... me gusta tanto. No puedo estar sin ella. Ya está, no me importa mi dignidad. Pero... este Coki... por más que Natacha diga lo que diga, yo sé que la atrae la fuerza bruta. Él vive en Capital, tiene el cuerpo de un adonis, va a matar a su rival delante de Natacha, se la va a llevar con él... ¿qué puedo hacer?

—¿Para eso...? —preguntó Borgovo, con la boca completamente seca, un minuto de silencio después de que el muchacho terminara su monólogo—. ¿Para eso me citaste? ¿Para preguntarme eso?

Ezequiel asintió, con cara de niño escarmentado, como si hubiera cometido un error fatal de etiqueta pero no supiera cuál.

—La verdad —dijo Borgovo— es que en estas lides no hay reglas ni lógica. ¿Qué te puedo decir? ¿Que ella jamás elegiría la fuerza bruta por sobre la inteligencia? ¿Y por qué no? Podría decirte que te pongas ya mismo a practicar boxeo, para matar a Coki, llegado el caso. Pero... ¿quién te garantizaría entonces que ella no se escapara con un escritor?

Estaba tan embebido en su discurso que no anticipó su confesión.

Pero cuando lo notó, siguió adelante como si fuera un tropezón sin importancia:

—Es todo cuestión de azar, Ezequiel. Que ella te siga queriendo o no, que se quede con vos o no, es puro azar. No podés hacer absolutamente nada. Lo único seguro para que una mujer no se vaya nunca es matarla. Pero ahí se va para siempre. Yo te recomendaría, por muy estúpido que suene, que hagas de tu vida lo que mejor te parezca, porque ella indudablemente va a hacer lo que se le antoje, y no le va a importar lo que vos hayas hecho al respecto. Si hiciste lo que querías de tu vida, y ella se queda, te vas a sentir un héroe. Y si se va, se hubiera ido de todos modos, y aunque vas a sufrir como el unitario de *El matadero*, al menos hiciste de tu vida lo que vos querías.

—Pero lo que yo quiero hacer de mi vida es estar con ella —confesó el muchacho.

—Acostate con otras —dijo Borgovo—. Humíllala. Decile que no la querés más. Son las únicas técnicas que conozco para que las mujeres te amen. Pero ni siquiera esas son infalibles. Puede que el boxeador la insulte mejor, se acueste con más, la quiera menos. Es puro azar.

Borgovo agitó la cabeza hacia un lado y hacia otro, realmente dolorido, dando por terminada la sesión.

X

En la soledad de su habitación se preguntó qué tendría que haberle dicho al muchacho para no quedar como un cretino. ¿La verdad? Tu novia me vino a buscar, me tomó de los brazos, me besó, se metió debajo de mi cama, se subió arriba de mi cama, se subió arriba mío. Me sedujo y me tomó como si yo fuera una mucama. Era inimaginable: estaría traicionando a la chica, rompiendo la pareja y arruinando la vida del muchacho sin ninguna ventaja. Lo mejor sería huir inmediatamente a Buenos Aires, sin dejar siquiera rastros de su paso por aquel pueblo perfecto. Pero no podía. No podía dejar nada de todo aquello. Ni el contrato, ni los dulces, ni el aire... Ni a Natacha.

Una semana más tarde, como estaba programado, se enfrentaron en el ring de boxeo Lucas «Coki» Olsen, representando a Las Nieves, y Alfredo «Comahue» Ballester, oriundo de Pachecales. Esos siete días entre el encuentro con Ezequiel y la asistencia a la pelea Borgovo los pasó esperando a Natacha y rogando que no apareciera. No dejaba de pensar en ella, pero la prefería lejos. Lunes y martes casi no tuvo trabajo. Pero el miércoles por la mañana le pidieron un artículo sobre literatura patagónica, para el diario regional, con una leve adaptación, resaltando los valores de Las Nieves, para republicarlo en el periódico local. Borgovo acudió directamente a la biblioteca, sabiendo que la información necesaria no la encontraría en Google.

Se internó en un verdadero arcón de libros, donde alternaban antiguos volúmenes encuadernados en cuero peludo de vaca o corteza de árbol adornada con savia seca, y monografías mecanografiadas cosidas o abrochadas por sus propios autores; carpetas escolares con hojas de poemas sueltos; cartas de amor con documentos de propiedad. De pronto apareció un tratado de Juan Domingo Perón sobre los indios, armado como un cuaderno de tapa dura. Borgovo encontró un ejemplar sin tapas, en lo que parecía danés, o alguna lengua de los países nórdicos, con retratos de rostros que daban miedo, por su mezcla de seriedad y depravación. Una tribu de gente blanca, semidesnuda, a los pies de un monte. Los dibujos eran de un realismo fotográfico. En otra de las páginas se veía un anciano, con una larga barba de chivo, encimándose a un cordero, aparentemente en una posición de bestialismo.

Borgovo cerró el libro con disgusto y se lo llevó a Belinda.

—¿Sabe qué es esto? —le preguntó.

Belinda enrojeció al ver el libro, pero apretó los labios.

Lo tomó entre sus manos, lo dio vueltas como si fuera una prenda a la que le buscara la etiqueta con el talle, se lo regresó a Borgovo sin abrirlo y respondió:

—Ni idea.

—¿Pero usted no lee danés?

—No está en danés —replicó Belinda, sin haber abierto el libro—. ¿De dónde lo sacó?

Borgovo señaló el arcón.

—A veces la gente dona cosas sin avisar. Es lo curioso de este pueblo: en vez de robar libros de la biblioteca, los agregan sin permiso. Y entonces es un lío, porque no están catalogados. A ver, démelo que voy a tratar de ver de qué se trata...

Borgovo se lo reintegró, en lo que parecía un pase de comedia de una película de enredos, y Belinda lo guardó en el cajón de su escritorio. Cerró con llave.

Borgovo continuó revisando los biblioratos, preguntó a Belinda detalles sobre los periodistas y aspirantes a escritores del pueblo. También si existían textos aborígenes, o algún registro de escritura artística o narrativa o poesía oral, incluyendo canciones. Belinda le recitó el único poema que conocía, del brujo del cacique Lebrel. Eran dos frases con poca conexión.

También le informó todo lo que sabía acerca de lo que pudiera haberse escrito en Las Nieves. El periódico lo dirigía el gerente de la central de luz, y apenas si incorporaba uno o dos testimonios de los vecinos por número, generalmente dedicados a las vicisitudes de la siembra de frutos, la elaboración de cerveza o las altas y las bajas de la temporada turística. Ezequiel escribía notas de coyuntura, sobre las novedades o los eventos extraordinarios. Para las fiestas patrias, el intendente también publicaba, de vez en cuando, algún editorial. Pero como el pueblo era limpio, seguro y estable, no había mucho lugar para los llamamientos ni las polémicas.

Ni siquiera para la literatura y la poesía, que eran más propias de las personas infelices, se extendió Belinda. Borgovo, que inicialmente la había catalogado de «lesbiana dura», le cedió la posta al mote de «lesbiana mala».

La información bastaba para agregar las cinco líneas necesarias dedicadas a Las Nieves. Pero Borgovo no se pudo resistir:

—Usted dice que a este pueblo no le hace falta literatura. Pero me invitó a mí, dirige una biblioteca y vive con un hombre del teatro.

—Yo cumplo órdenes —explicó Belinda, modificando radicalmente su anterior amabilidad—. Dirijo la biblioteca porque algo hay que hacer. Pero cuando me asignan una tarea, la cumplo a la perfección. Con los huéspedes soy amable. No se me pasaría por la cabeza invitar a alguien de mala manera. Faltaba más. Yo lo llamé a usted, no usted a mí. Le debo corrección. Yo lo molesté, no usted a mí. Y mientras habite nuestro pueblo, con su contrato firmado, tendrá en mí una sierva. En cuanto a que vivo con un hombre del teatro...

Hizo una pausa y palmeó unas invisibles motas de polvo de su escritorio.

—... podríamos poner en duda todos los factores de esa ecuación sin temor a equivocarnos —continuó sin piedad—. Pero el teatro le hizo a Benicio mucho más mal que bien. Se fue con esperanzas a Buenos Aires y volvió como un hombre fracasado. Nunca se recuperó. Por eso vive conmigo. No me hago ilusiones al respecto.

Borgovo le iba a pedir «mil disculpas», pero le pareció ahondar el papelón. Le agradeció por su generosidad en compartir los conocimientos, y se despidió hasta el día siguiente.

Belinda recuperó su original cortesía para retribuirle el saludo y las gracias. El jueves, en el encuentro con las abuelas tejedoras, cuando Borgovo degustó aquel queso, el mejor que había probado en su vida, viendo a Belinda ir y venir como una más, entusiasmada como la tía Harriet, trayendo y llevando la tetera de ruibarbo, se prometió nunca más volver a molestar a la anciana con preguntas fuera de programa.

«¿Por qué será que cuando a uno lo tratan bien busca problemas?», se dijo. En el mismo pensamiento apuntó que si Natacha volvía a buscarlo, ya no le opondría resistencia.

XI

La pelea, el viernes por la noche, se llevó a cabo en el edificio del colegio secundario. Borgovo, extrañamente, no lo había visitado hasta entonces.

El ring estaba armado en el medio del patio, y habían agregado una lámpara cuadrada, propia de los estadios de boxeo, en el techo.

Había gente de Pachecales, de Las Nieves y, en mucha menor proporción, de pueblos vecinos. Debía haber una mujer por cada quince hombres, en una concurrencia total de mil personas. Se lo tomaban en serio. Los de Pachecales llevaban banderas con el nombre de su localidad. Y los de Las Nieves, carteles con la cara de Coki.

Cuando el referí juntó a los dos contendientes en el centro del cuadrilátero y les recitó las reglas, Borgovo se dio un tiempo para observarlos. Coki era estilizado, ágil, exudaba sapiencia estratégica y rigor de esgrimista. «Comahue» Ballester, por el contrario, daba la talla del rústico, le llevaba dos espaldas de ancho y asomaba sólido como una roca; la cara inexpresiva y el cuerpo inmóvil. ¿Vencería la astucia de David a la portentosa fuerza de Goliat?

Al terminar el combate, la cara de Coki no se parecía en nada a la entusiasta serigrafía que portaban sus admiradores. «Comahue» Ballester lo destrozó. La historia de David y Goliat había funcionado una sola vez, miles de años atrás. Le dio duro durante diez rounds, y lo noqueó en el onceavo. Pero Coki ya estaba zombie desde el noveno. La mamá se desmayó. El padre, fingiendo que debía atenderla, se la llevó y aprovechó para abandonar aquel infierno. En uno de los peores golpes, unas gotas de sangre de la ceja de Coki fueron a dar al público. Con una mancha de sangre de su rival en la nariz, Ezequiel, pegado a Natacha, del otro lado del ring, le sonrió a un espantado Borgovo.

En el tumulto de los de Pachecales festejando, los médicos subiendo al ring, y Ezequiel tomando nota para el periódico, Natacha, como si fuera invisible, o no le importara que la vieran, se acercó a Borgovo, le trepó la boca al oído y susurró, regándole la oreja de saliva:

—Mi tía se fue a vivir a Buenos Aires con un novio, igual que mi mamá. Ahora estoy sola en casa. Con prudencia, me podés visitar siempre que quieras.

XII

Cuando por fin reaccionó, Coki no podía pronunciar la «rrr». El médico adivinó que se trataba de una lesión cerebral, sólo con una tomografía podrían confirmarlo. Tampoco caminaba bien, parecía ladearse hacia la izquierda, pero no era un problema de las piernas. Alfredo «Comahue» Ballester estaba consternado. Entendía el boxeo como un deporte; de hecho, era amateur, y no le importaba más que continuar con la cría de ovejas y el sembrado de lúpulo en su Pachecales. Se entrenaba, según decían, persiguiendo jabalíes y cazándolos con arco y flecha; enzarzándose en luchas a muerte, a cuchillo, con los chanchos salvajes agonizantes, como las que los cazadores tradicionales dejaban exclusivamente para los perros.

El lunes Borgovo visitó a Natacha en su casa. Ya habían estado juntos en el hotel, pero la casa, sin la tía, irradiaba intimidad.

Una semana más tarde, Borgovo le dijo a Natacha que si quería que siguiera visitándola debía abandonar a su novio. Ella aceptó de inmediato. Borgovo no terminó de enterarse si le había exigido a la muchacha esa prueba de amor por celos, o por piedad hacia Ezequiel. Pero cuando las miradas de Ezequiel y Borgovo se cruzaron por la avenida Diez Mandamientos, un día después de que Natacha le dijera que el noviazgo había terminado, la expresión de Ezequiel era de odio.

La propia Natacha le aseguró a Borgovo que el joven no sabía nada, le había dicho que ella no quería una relación estable, que había descubierto que no lo amaba, que estaba con él porque eran los dos únicos jóvenes del pueblo.

—¿Y con quién querés estar? —la había confrontado Ezequiel, hundiéndose en la indignidad—. ¿Con un viejo?

—Con alguien a quien ame —había respondido ella.

Borgovo la visitaba exclusivamente de madrugada, siguiendo un camino seguro, y regresando a su hotel antes de que saliera el sol. Pero supo que aquel tinglado no podía durar. Tarde o temprano lo descubrirían. No concebía la idea de separarse de Natacha, ni de perder la comodidad de tenerla en ese pueblo, con todo a su disposición. Más aún, temía que fuera del pueblo dejara de funcionar el fenómeno inexplicable por el cual ella lo recibía. Pronto el intendente le cedería la cabaña.

El propio Borgovo fue en busca del intendente, no sólo a proponerle el inicio del comodato de la cabaña, también a interpretar una ceremonia en desuso: pedir la mano de Natacha. En ausencia de padre —muerto— y de madre —a la que mejor tener lo más lejos posible—, lo indicado le parecía a Borgovo investir al intendente con la autoridad del caso. Le abriría su corazón. Incluso antes de ofrecerle a Natacha convivir, casarse, tener hijos.

XII

Borgovo, previo acuerdo, acudió al despacho del intendente a las siete de la tarde. Saludó a los dos policías en el palier —hacía demasiado frío como para montar guardia afuera—, y notó que los carteles de la pelea Coki/Ballester habían sido reemplazados, en la misma vitrina y en el corcho, por los de la visita de un actor porteño en decadencia. Borgovo lo había visto en alguna vieja película; luego, si mal no recordaba, algún escándalo lo había sacado de carrera. Los escándalos podían promocionar o liquidar, según la edad y el azar.

El intendente lo aguardaba expectante. Esta vez no abrió una botella de vino dulce, sino la de whisky escocés.

—Muy bien —comenzó Borgovo—. Tengo dos noticias, relacionadas entre sí. ¿Por cuál empiezo: la que lo va a hacer saltar de la silla, o la que lo va a dejar sentado?

—Ya que estoy sentado, empecemos por la segunda —respondió el intendente, impostando tranquilidad.

—Serán seis meses, entonces —informó Borgovo—. Me gustaría, cuanto antes, hacerme cargo de la cabaña. Quisiera saber si usted puede recomendarme una doméstica.

—Por supuesto —se apresuró a convenir el intendente, ocultando, en su solicitud, la ansiedad por conocer la noticia preeminente—. Tenga en cuenta que las traemos de otros pueblos, de Lomitas o Puntas Blancas; porque acá no hay quien acepte esos trabajos.

—Por eso pedía que me la recomiende —confirmó Borgovo, y agregó sin pausa—: También quiero pedirle que sea el testigo de mi boda con Natacha.

El intendente se echó hacia atrás, poniendo a prueba lo reclinable de su mullido sillón con meditas. Regresó hacia adelante como si hubiera chocado. Estaba rojo como un tomate.

—¿Natacha? —repitió—. ¿Natacha Haugaard?

Borgovo temió por su vida. Pero siguió:

—Se lo estoy informando porque usted me advirtió sobre los peligros del desenfreno sentimental en un pueblo como Las Nieves. No quiero elaborar sobre cómo las cosas llegaron a este punto. Pero sí asegurarle que me siento muy agradecido con Las Nieves y no quiero dar un solo paso que no sea entendido como una justa retribución. Uno no elige cómo ni de quién enamorarse, y mucho menos quién lo amará a uno. Pero sí puede elegir cómo actuar en consecuencia. Yo elijo confiarme a usted, ser transparente y vivir de acuerdo a las costumbres de Las Nieves. Matrimonio legal; hijos, cuando lleguen.

—Pero... Pero... —comenzó el intendente—. La diferencia de edad... Ella no es más que una chica... ¡Y tiene novio!

—Ya es una mujer —lo desmintió Borgovo—. Y ya no tiene novio. No me

atrevería a venir a plantearle semejante escena si no fuera porque estoy seguro del amor y las intenciones de Natacha para conmigo. Pero antes de proponerle a ella iniciar una vida juntos, quería informárselo a usted; porque yo quiero que esa vida sea acá, en Las Nieves. Si usted me da su aprobación, cualquier otro comentario me resultará intrascendente. Pero si usted se opone, sé que tengo que hacer mis valijas, y tal vez también las de Natacha. Ese ya sería otro asunto.

—Mire, Borgovo —salió de su estupor el intendente. Ya en ese «mire, Borgovo», Elías supo que había ganado la partida, porque le habló exactamente como le hablaría un futuro suegro a un pretendiente. Cierto que con un tono horizontal, pues eran dos casi coetáneos; pero no obstante con esa mezcla de solemnidad y familiaridad.

—Le voy a decir toda la verdad —siguió Antonio, como si fuera el dueño, y no Borgovo, de la revelación más impactante de la noche—. Usted se encontró en la biblioteca con un libro prohibido.

Borgovo lo miró demudado. ¿Buscaba una salida elegante para deportarlo? ¿Quería echar al escritor viejo verde con trucos de ficción?

—Usted le preguntó a Belinda si era en danés. Es un libro sobre nuestros ancestros. No somos exactamente daneses. Lo que nos identifica a la mayoría de los habitantes de Las Nieves es que somos descendientes de una secta religiosa. Se llamaban Los Nordem. En cierto modo, están ligados a su propia religión...

Borgovo no entendió, su cara fue elocuente.

—Me refiero a su religión de usted, Borgovo —aclaró el intendente—. Porque usted es judío, ¿no?

—Soy judío —replicó Borgovo.

—Nuestros ancestros —continuó el intendente— adoraban un episodio en particular de la historia del pueblo judío: la espera, a los pies del Monte Sinaí, de la llegada de Moisés con las Tablas de la Ley.

—No entiendo nada —se sinceró Borgovo.

—Ellos no adoraban los Diez Mandamientos —expuso el intendente—. Su obsesión, su objeto de adoración, era esa situación: una tribu, a los pies de un Monte, esperando el descenso la Ley. Mientras no llega, pero aguardándola, se hace cualquier cosa. ¿Comprende?

—Pero los judíos ya eran un pueblo —lo contradijo Borgovo, sin mucha seguridad—. Creían en el Dios que los había sacado de Egipto... Supongo que algunas cosas respetarían incluso antes de la llegada de las Tablas de la Ley.

—No era algo que a mis ancestros les preocupara —contrarrestó Antonio—. Por otra parte, ese libro que usted encontró, escrito en el idioma de la secta, sostiene una teoría muy similar a la que me acaba de exponer.

Hizo una pausa.

—Es el libro de un disidente de la secta, que criticaba el comportamiento de sus pares. Los llamaba al orden. Los defenestraba. Lo excomulgaron. Lo exiliaron. Su nombre desapareció de cualquier registro. La maldición nordem es: «Hasta él mismo

dejó de creer en su existencia».

Borgovo respingó en su silla.

El intendente intentó amortiguar la revelación:

—Eso sucedió en el mil setecientos. No sé cómo llegó el libro al arcón de la biblioteca. Es una edición de fines del siglo XIX. No está fechada. Si cedo a la paranoia, puedo pensar que algún habitante de Las Nieves quiso poner en evidencia nuestro pasado aprovechando que hay un forastero entre nosotros. ¿Para qué? No tengo idea. Quizás pretenden que usted quiera averiguar y escriba al respecto. Que se haga una película. Hay gente que nunca está conforme. En fin, se trata, le repito, sólo de nuestro pasado. Nuestros ancestros llegaron a principios de 1800 huyendo de Europa. Pelearon contra los indios, como bien cuenta la ópera, y se afincaron en Las Nieves. Aquí vivieron a su antojo, mezclándose entre hermanos, padres con hijas, madres e hijos, sin respetar ley alguna, entre familiares, entre hombre y hombre... Usted me entiende. De día, eran como cualquier otro inmigrante. De noche, vivían los ritos y costumbres de los Nordem. Las cosas siguieron con sus más y sus menos hasta la década del sesenta del siglo veinte. Muchos de nosotros somos hijos o nietos de desvergonzados que todavía cumplían los rituales de la secta. Sus creencias les impedían llevar una forma de vida transparente, integrarse plenamente a la rutina comercial y política argentina. Fatalmente, en algún momento, se veían obligados a esconderse de los demás. Eso hace imposible cualquier comercio frecuente, cualquier tipo de reivindicación social... me refiero a un reclamo de agua potable, o de luz, o gas... Nada del otro mundo. Pero cuando usted vive con algo que esconder, no puede hablar.

—¿Y qué pasó en la década del sesenta? —se interesó Borgovo.

—Los hippies nos salvaron la vida —respondió alegremente Antonio—. Los pobres ilusos llegaron de la Capital y ocuparon lugares a los pies del valle, creyendo que comenzarían una vida de jarana, que espantarían a los burgueses de Las Nieves. Pero imagínese si nuestros abuelos se iban a espantar de los... ¡hippies! Y nada menos que de los hippies argentinos, cuyo principal pecado era querer vivir al aire libre. Ocurrió todo lo contrario. Las chicas más jóvenes de Las Nieves, e incluso algunas señoras, y viceversa nuestros muchachos, comenzaron a interesarse en la frescura de los recién llegados. Llevaban el pelo largo, se movían con naturalidad, hablaban del amor, eran atractivos. Pronto la mixtura se hizo inevitable. Pero en lugar de influenciarse unos a otros, o que prevaleciera alguna de las dos culturas, todos se normalizaron. La fuerza direccional de los hippies era hacia repetir el destino de sus padres; y los Nordem no tenían destino. Yo me casé con una hippie, sin ir más lejos.

—¿Quedó algún reducto hippie en Las Nieves? —preguntó Borgovo—. ¿Un lugar donde todavía ofrezcan collares de mostacilla o trenzas de tela multicolor?

—Nada —remató Antonio—. El lugar donde iniciaron su campamento, hace ya más de cincuenta años, ahora es el sitio de relax del que le hablé.

Borgovo dejó pasar un rato, reflexionando, y pensó en voz alta:

—¿Por qué me cuenta todo esto?

El intendente esperaba la pregunta.

—Cuando una comarca como la nuestra ha vivido una historia tan caótica, no quiere más conmociones. Yo soy el responsable de que el pasado se olvide, o de que no reaparezca. Fue horrible ser hijos y nietos de semejantes alienados. Nos avergüenza. Por suerte no podemos saberlo con seguridad, pero algunos de entre nosotros son hijos de sus propias hermanas. O hijos de una pareja de hermanos. Una gran proporción no sabe a ciencia cierta quién fue su padre. Ahora llega usted, Borgovo, nuestro invitado. Creo que lo hemos tratado bien... y la primera noticia importante que me trae es que se quiere casar con una chica treinta años menor, una de las pocas jóvenes que vive en el pueblo; nuestra esperanza de continuidad junto al muchacho que, también milagrosamente, no ha emigrado. No queremos más problemas, Borgovo.

—Lo siento —se le escapó a Borgovo.

Ambos hombres quedaron en silencio.

—Por eso mismo —retomó, y se dispuso a repetir sus argumentos Borgovo— yo quería garantizarle que mi comportamiento será ejemplar. En estos días, en nuestra época, la diferencia de edad ya no llama la atención de nadie...

—Sí en Las Nieves —interrumpió el intendente—. Mucho más cuando ella ya tenía un novio de su edad y de nuestra localidad.

—Si es inevitable —abundó Borgovo, ridículo, dado que ni siquiera había consultado a la chica—, nos marcharemos.

Estaba recitando una historia épica de amor que ni siquiera había comenzado.

—Mire —dijo por fin Antonio—. ¿Qué quiere que haga, que lo eche? Nuestros ancestros... —se detuvo—. Para qué voy a andar con subterfugios... nuestros padres y abuelos se alzaron contra todas las leyes humanas en una orgía desordenada... Pero yo no voy a caer en el extremo opuesto, de erigirme en guardián del orden, en señalar con el dedo a justos y réprobos. Desde el punto de vista legal, hasta donde yo puedo ver, usted no está haciendo nada prohibido. Y desde el punto de vista moral, digamos que tiene puntos a favor y en contra; no me siento capacitado para dar un veredicto.

»Mire —repitió el intendente—, no puedo hablar por los demás pero, según nuestra Constitución, la Constitución argentina, yo soy el Poder Ejecutivo en este pueblo, democráticamente electo: en lo que a mí respecta, si no hay otra solución, si para usted es realmente imperativo, y si piensa celebrar una boda, llevar a los chicos a la escuela, cumplir como marido y padre... en fin, señor Borgovo... Yo le doy mi bendición.

XIV

Borgovo se alejó del despacho del intendente, por la avenida Diez Mandamientos, con la sensación de ser el personaje de un musical de Hollywood. Quería bailar, saltar en el aire, chocar los tobillos como Fred Astaire. Tonto, patético, pero no podía evitar la alegría. Las montañas, a su alrededor, trataban de recordarle, en vano, que ya lo habían visto todo, y que él no era precisamente una novedad.

Antonio Careles le había dado las llaves de la cabaña, aclimatada con lo básico; pasarían a buscarlo al día siguiente por el hotel con la camioneta y lo mudarían en lancha a su nueva morada.

Como había tomado un buen whisky, y una buena cantidad de copas, durmió, coincidentemente, muy bien. No dedicó a la historia de los Nordem más pensamientos que los que había intercambiado con Antonio Careles en el despacho. La raza humana no era normal. Persistía por accidente, pero a largo plazo estaba condenada. No se podía agregar mucho más al respecto. Sólo olvidar y vivir discretamente.

Despertó con el llamado de conserjería. Julio, el chofer, lo aguardaba. Aunque había llegado temprano, no lo apuró. Cargó los bártulos en la camioneta mientras Borgovo desayunaba tranquilo. El desayuno era la comida más importante del día: si se desayunaba rápido o mal, ya había que esperar el día siguiente para volver a ser humano, lo cual, a fin de cuentas, tampoco era un premio. Pero sí aquel día: desayunó parsimoniosamente. La idea de sugerirle esa misma tarde el encuentro a Natacha, donde le presentaría su casa y le propondría matrimonio, lo llenaba de entusiasmo. Desde el primer llamado telefónico hasta la primera recepción en la cabaña, debían enmarcarse en un contexto de impecable elegancia.

Por otra parte, los desayunos del Gran Hotel Las Nieves no eran para despreciar: panes artesanales de cereales ignotos, mermeladas de sabores insospechados, quesos recién hechos, leche de cabra, huevos de aves exóticas... Los iba a extrañar. Pero... ¿cómo cocinaría Natacha?

Como le había anticipado Antonio, la cabaña lo aguardaba: en la despensa contaba con infusiones, sopas y latas, desde atún hasta salmón rosado, pasando por todo tipo de vegetales. También le habían dejado en el ropero medias de lana, zapatos para la nieve y un abrigo que parecía el Yeti. Se dejó caer sobre la cama, miró sus escasas pertenencias y se dijo que Natacha lo ayudaría a comprar el resto.

También tenía teléfono. La llamó.

Ella acababa de despertar cuando lo atendió. Era un sábado a las doce del mediodía.

—¿A qué hora te acostaste que te despertás tan tarde? —preguntó Borgovo.

—Me quedé mirando la tele hasta cualquier hora —respondió ella—. Los días en que no te veo me cuesta dormir.

Borgovo se sintió halagado y avanzó:

—Tal vez eso cambie. Tengo casa nueva. ¿Querés venir a conocer la cabaña hoy a la noche?

—¡Sí! —gritó Natacha, para al instante recapacitar—: Pero... hoy es la función de Aparicio.

Borgovo rebuscó en su memoria. El nombre le sonaba. Ah, sí, Lisandro Aparicio, el actor, los afiches. No había reparado en la obra ni en el día de la función.

—Vamos al teatro otro día —porfió Borgovo.

—¿Vamos? —desafió ella—. ¿Vas a dejar que nos vean en público?

—Es todo parte del mismo plan —jugueteó él.

—Pero tendremos que ir hoy al teatro —insistió Natacha—. Porque es una sola función, y es hoy.

—No seas testaruda —la retó Borgovo—. Tengo la cabaña a nuestra disposición. ¿Qué va a interpretar Aparicio?, ¿«*Los esquiadores se divierten*»? Podemos verla cualquier día por la tele en esos canales que repiten películas argentinas viejas. Nuestro encuentro de esta noche es importante.

—Cualquier encuentro con vos para mí es importante —lo regaló Natacha—. Pero el teatro también. Y yo quiero ser actriz. No me pidas que me pierda la única función de un actor profesional en un pueblo donde nunca viene nadie.

—¿Profesional? —parodió Borgovo—. Recorre las provincias porque en Buenos Aires no llena ni la sala de espera.

Borgovo advirtió, y calló, que su historia en Las Nieves no había sido muy distinta.

—No me importa cuánta gente convoca en Capital —se puso seria Natacha—. Es un actor profesional, y en Las Nieves pone *Hamlet*.

—¿«Pone» *Hamlet*? —remedó Borgovo—. ¿Qué tiene de especial *Hamlet*? Cada vez que un actor interpreta *Hamlet*, la prensa se pregunta si podrá estar a la altura. No lo entiendo. Es difícil hacer de Rambo, pero de *Hamlet* ha hecho todo el mundo. Hasta Aparicio, por lo que veo.

—No lo entendés —remachó Natacha—. Para una aspirante a actriz, *Hamlet* es fundamental.

—¿Por qué? —insistió Borgovo.

—No se puede explicar —evadió ella. Pero Borgovo supo que no tenía la menor idea. Le gustaba que fuera así: no quería una erudita a su lado.

—Como sea —cerró Borgovo, y agregó en tono burlón—: Ser o no ser. ¿Venís o no venís a la noche?

—Salgo de la obra y voy para allá.

—Pero vas a llegar a cualquier hora... Dejá la obra y vení.

—No, voy después.

—Hacé lo que quieras —dijo Borgovo, y cortó.

Sólo después de quince minutos de furia se preguntó si había estado bien. Su «hacé lo que quieras», ¿había significado que la estaría aguardando?

XV

«Las mujeres hacen lo que quieren», reflexionó Borgovo a las doce de la noche de aquel sábado. «Quizá son nuestras en ese momento. Pero no siempre». Por supuesto, la aguardaba. «La obra debe terminar como mínimo a las doce. Después, llegar al embarcadero, tomar la lancha». Sin embargo, en los primeros minutos de la madrugada del domingo el cartel que había olvidado se le proyectó en la memoria con un rigor ineludible: el rostro de Aparicio, la tipografía de *Hamlet*, el comienzo de la función a las 20.30; como si su memoria hubiera guardado todos los datos bajo llave, escondidos de su conciencia, para martirizarlo en el momento preciso.

«20.30. Empieza a las nueve como muy tarde. En Las Nieves no les gusta esperar. Ponele que dura hasta las once. A las once y cuarto ya está en el embarcadero. Hay lanchas cada quince minutos, las 24 horas. Ya tendría que estar acá. Minutos más, minutos menos».

Pero ya era la una.

«¿Se fue a tomar algo con amigas, antes de venir? ¿Qué amigas? Ella no tiene amigas. Se reconcilió con Ezequiel. O él la mató. ¿Qué prefiero?». A las dos de la mañana especuló con que ella hubiera entendido que se habían peleado; pero esa hipótesis no lo desesperaba menos. La llamó preguntándose por qué había sido tan estúpido de no llamarla antes. No lo atendió en la casa. El celular estaba apagado. ¿Se había enojado con él? ¿No quería atenderlo?

Salió de la cabaña, cerró con llave y caminó hasta el embarcadero. De ese lado, las lanchas salían cada media hora. Había una sola lancha y ninguna persona. Miró las estrellas. ¿Ya serían las dos de la mañana? ¿Por qué había tirado su celular a la nieve? Ahora al menos podría saber la hora, o estar comunicado. Después de un tiempo interminable llegó caminando el lanchero. Fumaba, no hablaba. Borgovo abordó y pagó los diez pesos. En diez minutos estaba del otro lado. Bajó de un salto, corrió y ganó enseguida el centro. Todo estaba cerrado. Hasta los bares. No había un alma. El frío era asesino. Por suerte llevaba su abrigo Yeti.

Lo decepcionó el gélido vacío de las calles; apagó la ilusión de encontrar a Natacha tomando chocolate caliente con una amiga después de la función. Incluso con Ezequiel.

Caminó hacia la casa de Natacha; ahora el nombre de la calle, Pacientes, le sonaba a burla. Pero intuyó, ya con los datos, que se refería a la paciencia de quienes aguardaban a que Moisés bajara del Sinaí con las Tablas. Delante de la puerta, atisbo en la completa oscuridad. Sabía que Natacha no estaba allí, pero de todos modos golpeó la puerta con los puños como un enajenado. «¿Dónde estás, dónde estás?», susurraba por lo bajo. Se dio por vencido y soltó un gemido de desesperación. Lo asustó escucharse.

Caminó en busca de la comisaría. No le costó encontrarla, sobre la calle Bernardino Rivadavia.

El comisario tomaba mate y miraba un partido de fútbol del año 1995, de la Liga Italiana. En el televisor, en el ángulo inferior izquierdo, el reloj marcaba las tres de la mañana. Un equipo hizo un gol, pero el referí lo anuló.

—Natacha Haugaard desapareció —anunció Borgovo.

El comisario dio el último sorbido al mate antes de atenderlo.

—¿Desde cuándo? —preguntó.

—No lo sé —respondió Borgovo, confuso—. Quedamos en que me visitaría hoy por la noche, al salir de la función de teatro. Pero no vino.

—La vi en el teatro —comunicó el comisario—. La vi salir del teatro. ¿Dónde habían quedado?

—En mi cabaña —se odió Borgovo—. Del otro lado del lago.

El comisario asintió, como comprendiendo.

—La ley indica esperar 48 horas antes de dar por desaparecida a una persona —explicó—. Pero no vamos a seguir ese protocolo. Ya mismo me pongo en campaña. ¿Tiene un celular donde me pueda comunicar con usted?

Borgovo hizo que no con la cabeza.

—¡Pero tengo teléfono en la cabaña! —recordó—. Es el...

Descubrió que no lo sabía.

—Yo tengo todos los números de las cabañas —cerró el comisario, y se aprontó para salir.

—De todos modos —dijo Borgovo—, ¿podría esperarla acá?

El comisario lo miró de arriba abajo.

—Está bien —concedió.

—Algo más —anticipó Borgovo—, querrá saber por qué iba a venir a visitarme...

—No. No lo quiero saber —contradijo el comisario, sin entonación—. Ahora lo que importa es la seguridad de la chica. —Y gruñó—: ¡Nergadof!, ¡Comingues!

Dos policías adormilados, vestidos de blanco, salieron de algún lugar de la comisaría.

—Comingues —ordenó el comisario—, se queda acá con el señor. Me atiende cualquier llamado. Me llama en cuanto le parezca. Nergadof, viene conmigo.

—¿Qué está pasando, señor? —preguntó Comingues.

—Parece que no aparece Natacha —declaró el comisario, calzándose una campera blanca forrada de piel de cordero.

Pasaron dos horas sin noticias. Borgovo había quedado reducido a una piltrafa humana. Se sentía descompuesto, pero sin descarga. Insultaba por lo bajo al comisario por no llamarlo siquiera para decirle que no había novedades. Eran ya las cinco de la mañana. Del sol tampoco había noticias.

De pronto entró el intendente. Tenía barba de días, igual que Borgovo; pero a Borgovo le había crecido durante aquellas horas. El intendente llevaba un abrigo tipo Yeti, también, encima del pijamas. No se le veía una cara amigable.

—Si la consigna era evitar problemas —dijo el intendente—, me parece que no la

estamos cumpliendo.

A Borgovo lo indignó la falta completa de sensibilidad. Independientemente de cuánto rechazara su romance, ¿no inquietaba al intendente la desaparición de una joven de Las Nieves?

—¿No considera una frivolidad ocuparse de mí, cuando la vida de Natacha corre peligro?

—No creo que la vida de Natacha corra peligro —retrucó el intendente.

—¿Por qué? ¿Qué sabe?

—La vieron tomar el micro lechero; nosotros lo llamamos lechero. Recoge pasajeros al costado de la ruta.

—¿Con qué destino?

—No se sabe, porque para en todos lados. Lomitas, Puntas Blancas, Pachecales, Icebergs...

—¿Y por qué habría de irse tan tarde?

—¡Qué sé yo, Borgovo! Usted sabe mejor que yo que ella ya es mayor de edad.

—Sí. Pero es muy extraño. Ella había quedado conmigo...

—¿Y? —lo miró, impávido, el intendente.

Borgovo reconoció que estaba haciendo el ridículo.

—Mire, Borgovo —utilizó su entrada favorita el intendente—. Me vino a despertar el comisario. No lo culpo. Yo tengo que estar al tanto de estas cosas. Pero a mi esposa no le resultó estimulante que me sacaran de la cama un domingo a las cinco de la mañana. Borgovo... comprenderé perfectamente si quiere rescindir el contrato. No... No... No logro entenderlo. Un hombre grande... ¿Cómo vamos andar despertándonos a la madrugada por asuntos como este? Así no. Así no va.

Mientras caminaba por la calle Becerro de Oro, de tierra, escarchada de nieve, rumbo al embarcadero, Borgovo se dijo que nunca en toda su vida se había sentido tan humillado.

XVI

Durmió, tal vez tres horas, y al despertar, en la que aún era su cabaña, con el sol alto, a las diez del día, logró ver las cosas desde otra perspectiva. A Natacha no le había pasado nada malo. Lo había abandonado. ¿Por qué? La idea de una pelea tan sutil que no hubiera percibido clasificaba como última en el rango de hipótesis. La primera, en cambio, era que Natacha había intuido que Borgovo estaba a punto de proponerle algo serio. Las mujeres eran capaces de oler esos asuntos a leguas de distancia. Había huido en pánico. Disfrutar de seducir a un hombre mayor, a la eminencia cultural del pueblo, apostar a que la vinculara, finalmente, contra todas las protestas, con la farándula, valía como divertimento. Pero pasar de esa instancia a una convivencia, a una relación estable... bueno... ¿A quién se le podía ocurrir? Sólo a un carcamal solitario e inmaduro como Borgovo. No era una paradoja descartable el hecho de que fuera precisamente haber llegado completamente soltero a tan avanzada edad lo que lo hubiera desbarrancado hacia esa propuesta fuera de lógica: ofrecerle matrimonio a Natacha. ¿Quién celebraba bodas en el siglo XXI? ¿Cuál era el sentido de la luna de miel? Quizá vivieran juntos, casi por casualidad, por *default*; y un día, si ella quedaba embarazada, poco antes de que naciera el niño, o inmediatamente después, pasaban por el registro civil. Pero... ¿pedir la mano? La sapiencia de Borgovo respecto de las relaciones de pareja se había congelado a sus veinte años; el mundo había cambiado, pero sus concepciones respecto del amor se mantuvieron en criogénesis. Era hora de despertar.

Se propuso interrumpir sus cavilaciones por una semana. Darse una semana de espera antes de comenzar a sufrir, a extrañarla, a buscarla. Hizo un pacto con su ansiedad: olvidémosla por una semana; si en una semana no aparece, me entrego a la desesperación y a la locura. Para su gran sorpresa, por una vez sus demonios aceptaron el trato. Era el efecto de Las Nieves.

El lunes se apareció a las once de la mañana por la biblioteca como si nada hubiera sucedido. Intentó ser uno más, pero Belinda lo trataba mal. Pidió los ejemplares de los principales diarios de la Capital, que llegaban a Las Nieves el domingo por la noche. Belinda dejó caer uno, en silencio, sobre la mesa de Borgovo, sin mencionar el otro.

—¿Y el otro? —consultó Borgovo.

—¿Leerá los dos al mismo tiempo? —lo desafió, parca, Belinda.

—Pues, sí —replicó Borgovo, casi sin pensar—. Siempre alterno, al mismo tiempo, entre los dos diarios del domingo.

—Pero se va a quedar con las ganas —lo dejó estupefacto la anciana—, porque el otro no llegó.

—Pero... ¿por qué me trata así? —se rebeló por fin Borgovo.

—Porque es un viejo choto... echó a la única jovencita del pueblo —estalló

Belinda—. ¿No le alcanzaba con mirarla, viejo verde? ¿Se imagina el olor que debe tener usted entre las sábanas? ¿Cómo se atrevió a tocarla? ¡Ahora nos dejó sin juventud!

La vieja hablaba como una de esas brujas medievales en sus alocuciones vengativas contra el reino; como la tía malvada de la Bella Durmiente. A Borgovo le parecía haberse caído dentro de una pesadilla; o estar viviendo una película de terror. Plegó el diario, se levantó y se fue dando trompicones. En la calle, se acomodó la ropa como si alguien la hubiera desordenado, o le hubieran pegado. Se dijo: «Está loca. Completamente loca».

Pero había algo más. «¿No le alcanza con mirarla?», lo había amonestado la vieja. «Eso es lo que vos hacías», replicó en silencio Borgovo a Belinda. «La mirabas en silencio. Es un ataque de celos. Yo no era el único anciano que la amaba».

«¿Por qué lloramos en los velorios?», se preguntó Borgovo, de un modo incoherente. «No de dolor por el que se fue, sino de miedo a ser los próximos. La vieja gritó de dolor, no de asco».

La gente del pueblo ya no le sonreía. Lo saludaban con murmullos inaudibles. Se encerró en su cabaña. Pero a la tarde lo llamó el intendente: había función del coro, en el teatro municipal; les gustaría que fuera a escucharlos y les diera su parecer. Ahora que había despertado a las fuerzas vivas de Las Nieves a las cinco de la mañana de un domingo, la invitación sonaba bizarra.

—Mi renuncia está a su disposición —anunció Borgovo.

Hubo un silencio del otro lado de la línea.

—Esperemos un poco —propuso el intendente—. Ya hubo emolumentos, preparaciones, incluso hay un contrato firmado. No me gusta cambiar las cosas de la noche a la mañana. Además, aunque sé que Natacha está en tan buen estado como usted o como yo, me gustaría primero que vuelva, antes de que usted se vaya.

—De acuerdo —se apresuró a coincidir Borgovo. Lo único que faltaba era quedar como sospechoso de la desaparición. No era una desaparición, después de todo: la habían visto subir al micro lechero. Era una fuga. Se había escapado de él.

Al anochecer, el lancharo lo llevó de regreso al pueblo. Fumaba sin hablarle, lo miraba de reojo y mal. Debía tener cincuenta años, mal llevados. «¿Qué hace de su vida?», se preguntó Borgovo, «¿dónde vive, con quién se acuesta? ¿Cómo resuelve todas esas cosas que yo no logré resolver?».

Poco antes de llegar, preguntó Borgovo:

—¿Cómo se llama usted?

Pero el hombre no respondió.

Las canciones del coro fueron más digeribles que la ópera. Las caras eran menos impostadas —Borgovo odiaba las exageradas muecas de los cantantes de rock—, las canciones más cortas, no había una supuesta historia cuya ilación resultaba imposible de seguir. Cantaron en un idioma que parecía nórdico, en castellano y en huahi, el lenguaje de la tribu del cacique Lebrél, los Megones. Borgovo los entendía mejor en

nórdico que en castellano; destrozaron una melodía de Piazzolla ejecutándola con extraños movimientos bucales, casi pornográficos, y zapateando en el piso como arma de percusión. Un señor del fondo, alto y rubio, de edad indeterminada, cantaba bien. Pero esto parecía enfurecer a sus compañeros, que intensificaban el vigor de sus zapateos como para sobrepasarlo. Finalmente le pidieron su opinión.

—Me parece que lo cautivante es cómo en un espacio tan reducido como Las Nieves, y en un tiempo tan breve como esta hora y media que hemos disfrutado, fueron capaces de unir tres culturas tan distintas. Obviamente, no es una música funcional: no es para escuchar en un bar o en la sala de espera de un dentista. Es para prestar atención.

«A cualquier otra cosa», le hubiera gustado agregar.

El martes se levantó tarde y no tenía ninguna tarea por delante. ¿Y si escribía para sí mismo, para variar? ¿Por qué? ¿Para qué? Lo asombró el perfecto comportamiento de sus necesidades y temores. Cada vez que pensaba en Natacha, el arreglo de dejar correr una semana antes de morirse de dolor funcionaba como anestésico. Una semana, una semana de inconsciencia, de olvido, y abriría las compuertas del desvarío; dilapidaría sus reservas de cordura. Así las cosas, descartando la biblioteca, recurrió a sus libros privados, miró películas en la tele, escuchó música española de los años cincuenta en un programa especial de Radio Española, que vaya a saber por qué milagros de la estática se escuchaba a la perfección en el moderno aparato de su cabaña.

Cuando cayó el sol no se sentía deprimido ni apesadumbrado por no haber escuchado voz humana aquel día. Por el contrario, se dijo que dormiría bien, recuperaría el sueño que había perdido entre el sábado por la noche y el domingo por la madrugada. ¿Cuánto hacía, hasta ese sábado, que no se acostaba tan tarde si no era por el motivo de visitar a Natacha en su casa? Para asegurarse de que los recuerdos no vendrían a aguarle esa fiesta de calma, embuchó, de a sorbitos, dos vasos de whisky de primera calidad.

A las once y media, lo supo por el reloj digital de la mesa de luz, un sonido lo sacudió. Primero pensó que era el despertador, que se había programado sólo para despertarlo a las once y media de la mañana, pero que por alguna confusión del invierno polar, o del Ecuador, o cualquiera de esos fenómenos que desconocía, lo despertaba a las 23.30. Pero el segundo timbrado le reveló que aquellas eran divagaciones de la primera vigilia, cuando todavía se pertenece en un setenta por ciento al sueño. Estaba sonando el timbre de su cabaña.

Decidió, en un instante, que era Natacha; pero se preguntó, vertiginosamente, ¿cómo se animaría a cruzar sola en lancha a esta hora?; pregunta absurda, porque era precisamente lo que habían arreglado para aquella noche de sábado finalmente destrozada. Sin reparar en razones, pasó a decirse que era el intendente: venía a decirle que Natacha, finalmente, había muerto. Se había suicidado. Tuvo que sonar el timbre una tercera vez para que Borgovo preguntara quién era.

—Natacha.

XVII

Borgovo la abrazó con toda su alma. Nunca había abrazado así a nadie. Ni a su madre, ni a su padre, ni al hijo que nunca había tenido. La abrazó como se abraza a un tronco en el medio del mar, pero con amor. La amaba, y no permitiría que ningún sociólogo, psicólogo o neurólogo le dijera que su amor era un trauma, una estadística, una sustancia. Pero ella estaba fría. Como muerta. Ella sí le decía que no. Ella no era el sociólogo, ni el neurólogo, ni el psicólogo. Ella no se había dejado intimidar por ninguna teoría cuando lo buscó, se le entregó, cuando repitió tantas veces como quiso; y ahora le decía que no.

No era el destino, ni el pueblo, ni las costumbres, ninguna de las infinitas coartadas; ella, la mujer que él amaba, le estaba diciendo que no.

La explicación fue breve e irrefutable. Se había enamorado de Lisandro Aparicio. Lo había abordado al terminar la función. Aparicio la aceptó —«me aceptó» decía ella, enamorada de otro, como si ese pelandrón tuviera derecho a rechazarla—, pero le impuso varias condiciones: debía seguirlo, de incógnito, sin que nadie la descubriera. Debía tirar su celular. Nunca más debía entregarse a nadie, ni volver a hablar con sus anteriores relaciones. Era suya, y nada más que suya. Sólo así le permitiría seguirlo.

—Pero... ¿todo eso en una noche? —preguntó, sin reparar en el patetismo, Borgovo.

Natacha asintió.

Era una secta, intuyó Borgovo. La habían drogado, le habían puesto algo en la bebida, la habían violado y amenazado... Pero... tal vez. Tal vez todavía lo irremediable no había ocurrido. Quizás estaban a tiempo.

—Vos... vos... —si le decía «te acostaste», o «estuvieron juntos», dada la situación, la completa inverosimilitud de todo lo acaecido, restarían dudas, podría ocultarse tras eufemismos.

—¿Vos fornicaste con él? —se animó por fin Borgovo.

Natacha asintió. Era un verdugo piadoso, mataba de un solo golpe. Borgovo se preguntó si no hubiera sido mejor un psicólogo, un sociólogo o un neurólogo que le dijera que en realidad ese desamor era un trauma, una estadística, una sustancia. ¿A qué se agarraba uno cuando el tronco se hundía?

—¿Pero cómo puede ser todo eso en una noche? —repitió Borgovo.

—Fueron tres noches —informó Natacha, como si fueran mil y una.

Y agregó:

—De vos también me enamoré en una noche. Pero se me pasó, porque lo conocí a él. Es actor, igual que yo. Me entiende. Yo era muy chica cuando te conocí...

—¿Muy chica? —se indignó Borgovo—. ¡Me conociste la semana pasada!

—Él me cambió —dijo, poseída, en los más tristes sentidos, Natacha—. Ahora me siento... no sé si grande. Me siento mujer. Nunca me sentí tan mujer. Además, él

no dudó: en un instante me dijo que me conectaría con el mundo del teatro.

—Ah —logró hacer pie Borgovo en una idea honorable para consigo mismo—. De eso se trata todo. Ascender en tu carrera.

Cada verbo, cada frase, remitía al sexo, al engaño, a la degradación.

—No. Lo amo. Vos no entendés lo que es eso. Enamorarte de un día para otro, en una hora, y saber que ese es el hombre de tu vida. Lo que quiero decir es que, además, tenemos un proyecto por delante, que le da aire a nuestra pareja. Pero yo lo seguiría aunque no me consiguiera nada. Lo sigo aunque sea casado.

—¿Es casado? —preguntó Borgovo, escandalizado como una señora de barrio.

Natacha asintió una vez más, con su movimiento de guillotina.

—Pero yo sé que se va a quedar conmigo —estableció Natacha—. No me interesa que la abandone. Me interesa que me ame.

No había más que hablar. Borgovo permaneció callado, esperando que ella se fuera. No se iba. ¿Qué esperaba, Natacha, que la matara, que la violara, que le suplicara? Borgovo recogió la botella de whisky y regresó a su cuarto. La dama estaba loca. Tenía razón: era una mujer, y estaba loca como una cabra. Eso no le iba a devolver el corazón, ni la virilidad, pero era cierto. Bebió directamente del pico. Que ella hiciera lo que quisiera. Finalmente escuchó la puerta abrirse y cerrarse. Borgovo aspiró hondo, dejó que la botella lo golpeará fuerte en la frente, y pasó la noche fingiendo que dormía, repitiendo el nombre de la muchacha una y otra vez.

XVIII

¿Dónde estaba la resaca? Había bebido como un cosaco. Pero se encontraba fresco como un deportista en la mañana. Tenía, sí, no sabía si en el espejo o en la frente, un chichón del tamaño de una de las montañas que se veían por la ventana. Pero ni un atisbo de resaca. ¿Cómo podía ser? Quizás los golpes que le había asestado Natacha habían dañado la parte de cerebro que provocaba la resaca. Porque, después de todo, reflexionó, la resaca era una autodefensa del cuerpo para que el sujeto no siguiera bebiendo. Y esa orden debía enviarla el cerebro. A Natacha, en cambio, las órdenes se las enviaba un dios desconocido. Lisandro Aparicio, por dar un caso. Borgovo quería sentirse libre, a salvo de la loca: había tenido una mujer de la mitad de su edad, había disfrutado como un niño, había saboreado la belleza en estado puro; y ahora se iba, regresaba a Buenos Aires como un *dandy*, exitoso y despreocupado. Pero esa no era su suerte de ser. Lo que sentía era la derrota, el completo socavamiento, su hombría desparramada como un charco de sangre y vísceras en la nieve. Él era ahora Benicio: lo había destrozado el teatro. Temía que si hablaba, la voz le saliera aflautada y femenina. Por eso lo había dejado Natacha: porque de un modo inexplicable pero consistente el otro era más hombre.

No era difícil juntar sus pertenencias, excepto lo que restaba de sí mismo. Finalmente, Natacha no lo había ayudado ni a comprarse un par de medias. De hecho, por no saber de un laverrap, había estado usando el mismo calzoncillo desde el sábado. Tal vez también como una cábala: porque era el que había llevado puesto la última vez con ella. Todavía tenía algo de su aroma. El bolsito parecía el de un preso. Pero no para salir a la libertad. «Prepare sus cosas, Borgovo: lo trasladamos a otra celda».

La libertad era relativa; la soledad era absoluta.

No hacía falta avisarle al intendente. Ya había ofrecido su renuncia. Ahora la determinaba unilateralmente. Pensó en la frase que tantas veces había escuchado en las películas: «Si debo algo, que me demanden». Pero nadie le demandaría nada. Sería su ausencia un alivio para todos. ¿A qué hora salía el micro? Belinda se lo había dicho al día siguiente de su llegada.

Qué suerte que el lancharo no abría la boca. Igual tenía ganas de putearlo. Ahora que se iba, decirle: «¿Por qué mierda no me contestás? ¿Sos mudo, la puta que te parió?». Entonces pensó, mientras lo llevaban hacia la costa, alejándolo para siempre del Paraíso, que tal vez fuera mudo realmente. Pero... ¿por qué no una seña, entonces? Borgovo, hasta ayer a la noche, había sido un ser humano. Era lógico que no le hablara ahora, pero... ¿por qué no le había contestado el día anterior? Le dio veinte pesos cuando llegó a la orilla, y le dijo que se quedara con el vuelto. A eso el lancharo no se opuso.

Recordó que el micro del mediodía salía del costado de la ruta. Tomó el primer remise y le indicó que lo llevara a esa parada. El chofer lo saludó amablemente y

obedeció.

Respiró hondo. En Buenos Aires podría morir a su antojo. Tarde o temprano, su fracaso personal le permitiría olvidar su fracaso como hombre. «Ya fracasé como escritor; ahora lo importante es fracasar como persona».

El micro se acercaba como si lo llamara telepáticamente. Parecía un micro escolar. El ruido de un auto que se acercaba no lo hizo dar vuelta la cabeza. ¿Otro infeliz de Las Nieves que se tomaba el micro lechero? Buscaría el fondo y se ocultaría como un prófugo. Pero... Natacha... ¿cómo había vuelto a Las Nieves? ¿Dónde estaba Aparicio? Eso no se lo había preguntado. ¿Había vuelto, furtivamente, a espaldas de su amante, solamente para explicarle su insolvencia masculina? ¿Habría regresado corriendo a los brazos de Aparicio, para seguirlo, ahora sí hasta el fin del mundo?

El micro se detuvo. Pero antes de que Borgovo abordara, una mano masculina le apretó el hombro. Borgovo giró asustado. Era el comisario.

—Será mejor que me acompañe —dijo el comisario.

Borgovo lo miró sin entender. En cualquier caso, era una orden que no se podía desobedecer. El micro siguió de largo; por las ventanillas, los pasajeros lo observaban como a un sospechoso. Una señora corrió la cortina para impedirle a una niña mirarlo.

Caminaron por la nieve hacia el auto policial.

—¿Qué pasa? —preguntó Borgovo.

El comisario lo miró de un modo inconfundible: esperaba que el propio Borgovo respondiera la pregunta. Borgovo lo miró con la misma fuerza. El comisario pareció clavar su vista en el chichón.

—Natacha está muerta —decretó el comisario.

SEGUNDA PARTE

EL RECLUSO

I

No hacía tres horas había pensado: «Prepare sus cosas, Borgovo: lo trasladamos a otra celda», y ahora se hallaba efectivamente encerrado en una celda de pueblo. Era limpia, blanca, espaciosa; Borgovo calculaba que hubieran cabido cómodos cuatro sospechosos. Una hendidura negra, como un riel, dividía el piso gris exactamente en dos mitades; cada una ocupada por un rectángulo macizo de cemento, empotrado en la pared, que hacía las veces de banco. Las rejas estaban relucientes, como si nunca las hubieran usado; ningún preso se había aferrado a esos barrotes pidiendo doble ración, o clamando por sus derechos. Ni intentado esmerilarlos con una lima. Probablemente Borgovo estuviese estrenando la mazmorra. «Soy como José», se burló de sí mismo Borgovo, recordando al personaje bíblico, «pienso algo y sucede». Pero se vio obligado a agregar: «Pienso algo malo y sucede».

No había peor desgracia que la que estaba viviendo: estar preso. No había nada más alejado de su vida que esa posibilidad, y sin embargo no había pasado un día sin temerle. Caer preso, perder cualquier intimidad, compartir sus días con violadores y asesinos. Y ahora era su vida. José, encarcelado, había compartido la celda con el copero del Faraón, a quien le pronosticó un destino auspicioso, que finalmente salvaría también al propio José. Borgovo sólo servía para anunciarse malas noticias a sí mismo. Imaginaba que si cientos de testigos, incluyendo al comisario, hubieran visto al asesino matarla, aun así el criminal encontraría los pretextos legales para permanecer en libertad, eludir los cargos y finalmente ser exonerado. Mientras que Borgovo, aun siendo inocente, no encontraría modo de evitar el cautiverio de por lo menos un lustro, el rechazo social y el sentimiento injustificado de culpa. El crimen perfecto no era el que se cometía sin dejar pistas; el crimen perfecto era el que se cometía sin culpa. Borgovo calzaba en el culpable perfecto: aquel que sentía la culpa sin haber cometido el crimen.

El oficial Nergadof abrió la puerta y el comisario Cátaro entró con un banquito y un mate. Acercó el banquito a Borgovo, tomó asiento enfrente, muy cerca, y le ofreció un mate. Borgovo, que ya estaba sentado, aceptó.

—Yo no creo que usted la haya matado —dijo Cátaro.

Y a Borgovo se le llenaron los ojos de lágrimas. Pero logró contenerse. Con voz estrangulada, preguntó:

—¿Cómo apareció? ¿Alguien la mató? ¿Qué pasó?

El comisario succionó reflexivamente el mate antes de responder.

—Apareció flotando en el lago, todavía no sabemos cómo murió. Pero la expresión era inconfundible: pánico. La encontró el lancharo.

Borgovo ahogó un gemido de dolor. El comisario le palmeó una pierna. ¿Lo estaba adobando para que confesara? ¿Por qué esa súbita amabilidad?

—El que lo haya hecho, y yo creo que alguien lo hizo —apuntó el comisario—, administró todas las posibilidades para que la culpa recayera sobre usted. Todavía el

forense no habla. Pero en el living de su cabaña hay pelos de Natacha...

—Sí —gritó Borgovo, como si reconociera algo—. Ella estuvo en mi cabaña ayer a las once y media de la noche.

El comisario asintió y agregó:

—Y gotas de sangre, en el piso. ¿De quién?

Borgovo hizo memoria: ¿se había cortado, había algún motivo por el que pudiera haber gotas de sangre en el piso de su cabaña? Recordó un episodio del libro de Richard Nixon *Seis crisis*. Alger Hiss, un funcionario del Departamento de Estado, había sido acusado de espiar para los soviéticos. Hiss no sólo negó este cargo, también desmintió haber militado en el Partido Comunista norteamericano. Whittaker Chambers, un ex afiliado al Partido Comunista norteamericano, declaró que Hiss había sido su camarada. Nixon, como senador, tomó el caso, apoyando el testimonio de Chambers. Cuando Chambers presentó una serie de fotos como prueba, la defensa de Hiss lo recusó, aduciendo que el papel fotográfico no se había fabricado sino hasta varios años después de que esas supuestas escenas hubieran sido retratadas.

Cuando Nixon le pregunta a Chambers por este desajuste, Chambers responde:

—No lo sé. Realmente no lo sé. Dios debe estar en mi contra.

Sin embargo, una investigación rigurosa por parte de Nixon lo llevó a descubrir que la marca Kodak había fabricado, marginalmente, ese papel fotográfico, en la época en la que Chambers testificaba haber tomado las imágenes. Hiss fue declarado culpable de perjurio. Efectivamente, había pertenecido al Partido Comunista.

La frase regurgitó en la memoria de Borgovo cuando escuchó acerca de las manchas de sangre en el living de su cabaña:

«No lo sé. Realmente no lo sé. Dios debe estar en mi contra».

—¿Y por qué cree que yo no la maté? —dijo al fin Borgovo, dispuesto a develar si el comisario realmente creía en su inocencia o jugaba al policía bueno para arrancarle una confesión.

—En primer lugar, usted no me parece un asesino. ¿Las apariencias engañan? No tanto. Es cierto que yo nunca vi un asesino cara a cara. O al menos eso creo. Pero precisamente porque nunca me tocó enfrentarme a uno he estudiado como un descosido. Puedo recitarle de memoria todos los asesinatos que se han cometido en el Sur en los últimos veinte años.

Y con algo de suerte, una buena cantidad de los asesinatos importantes que se llevaron cabo en la región pampeana y en el NEA. ¿Qué hace un comisario cuando no tiene casos que atender? Estudia. Al menos yo. Y usted, Borgovo, será un viejo verde, pero no es un asesino.

—¿Por qué me dice viejo verde? —se ofendió Borgovo, olvidando que hacía un instante su única preocupación era ser declarado inocente—. Ella me buscó. Todos piensan que soy un arrastrado. Pero ustedes me llamaron, y ella me buscó, me persiguió. Prácticamente me violó.

—¿Y? —lo increpó el comisario Cátaro—. Por fofa que usted sea, no me va a

decir que le resultaba imposible zafarse del abrazo de esa jovencita. Escapar, decirle que no. Un hombre siempre puede decir que no.

—¿Usted que hubiera hecho?

El comisario miró a Borgovo con una mirada distinta, interrogativa, y sonrió.

—Yo estoy casado hace veinte años —dijo—, como todos en este pueblo.

—Así y todo —lo desafió Borgovo—. ¿Qué hubiera hecho?

El comisario agitó la cabeza hacia un lado y hacia otro en un gesto negativo, como si la respuesta fuera de suyo:

—Al otro lado de las montañas, a la mujer más bella le hubiera dicho que asuma el nombre, y no regresaría al pago hasta quedar completamente satisfecho. Y nadie me hubiera acusado de matar a una jovencita. Le hubiera sonreído a mi esposa, y ella me hubiera preparado la cena, como todas las noches. La noche que acaba de pasar no fue muy distinta. Lo distinto fue la mañana.

—¿Qué más le hace creer que yo no la maté? —regresó Borgovo—. Le agradezco mi apariencia inofensiva. Pero no creo que le alcance con mi cara de boludo para darme por inocente.

Cátaro volvió a negar con la cabeza.

—El cadáver apareció en el lago unos minutos antes de que yo lo encontrara a usted en la parada del micro. El lancharo había hecho un viaje solo, a la ida, para comprar cigarrillos. A la vuelta, la encontró. Es decir que, hasta donde podemos presumir, acababan de arrojarla. ¿Cómo hace usted para dejarla en el lago y aparecer a los pocos minutos tomando el micro? Usted no sabe remar, no sabe conducir una lancha... Vamos a suponer, como yo creo que efectivamente sucedió, que primero la mataron, luego la hundieron en el lago con bolsas de sal, o cualquier otro mecanismo para que el cadáver emerja un par de horas después... No lo veo a usted ejecutando esas tareas. Y además, ¿por qué se marcha? ¿La mata y se marcha? Es como acusarse. Si se toma todas esas molestias para que no lo consideren culpable, ¿va a firmar su confesión marchándose como un fugitivo en el primer micro lechero del mediodía? No tiene sentido. Y es verdad que la vida no tiene ningún sentido. Pero la muerte, sí. Al menos, los criminales. Ellos hacen las cosas con sentido.

—¿Cómo supo que yo estaba por tomar el micro? Porque usted vino directo a la parada...

El comisario Cátaro, por toda respuesta, sacó el celular del bolsillo y se lo mostró a Borgovo.

—El lancharo me mandó un mensaje al segundo de encontrar a Natacha. Yo llamé a la única terminal de remises y al chofer del lechero. Las únicas salidas motorizadas y públicas de Las Nieves. Llamé al intendente, que me informó que usted no era capaz ni de echar a navegar un barquito de papel.

—Con razón el remisero me atendió tan amablemente —dijo Borgovo—. Me tenía miedo.

El comisario asintió, y agregó:

—Cuando pueden meter preso a alguno, a la gente le encanta colaborar. Ahora yo le pregunto a usted, ¿cómo se hizo ese terrible chichón?

La respuesta lo dejaría entre el ridículo y la sospecha; por eso Borgovo se tomó unos segundos antes de hablar. Pero el silencio no era una opción.

—Cuando Natacha me dijo que me dejaba —confesó—, me encerré en mi habitación y me di un botellazo en la frente.

—¿Una botella de vino?

—De whisky —corrigió Borgovo.

Escucharon pasos, dos hombres.

—Parece que tenemos compañía —dijo Cátaro.

El pobre Ezequiel estaba totalmente abatido. Comingues lo traía sosteniéndolo del hombro, pero el muchacho llevaba las manos juntas como si se las hubieran esposado; los ojos enfermizamente rojos y el rostro percutido, como una pared húmeda y descascarada. Mal revuelto el cabello. Borgovo, al mirarlo, sintió una culpa intensa e inaudita. Le había arruinado la vida a ese muchacho de todas las maneras concebibles. El primer día de su llegada lo había entrevistado, le había pedido una firma, le había hablado cabalmente de sus personajes. Sólo por Ezequiel, merecía que lo condenaran por haber matado a Natacha.

Abrieron la celda y lo invitaron a pasar. Borgovo lo miró sin hablar. Pero en cuanto Cátaro abandonó la celda y se marchó junto a Comingues al otro despacho, Ezequiel, que tenía la pinta de un lechuguino universitario, incapaz de un gesto violento, se lanzó al cuello de Borgovo y lo aferró con ambas manos. Apretó como si se hubiera preparado durante toda su vida para ese momento. Borgovo permaneció inactivo por la sorpresa. Nunca habían tratado de matarlo. No creía que el muchacho pudiera lograrlo, pero comenzaba a faltarle el aire, y la sensación no era agradable. No había manera de avisar, porque no podía emitir sonido con la garganta, por más que lo intentaba. Además, en caso de que hubiera podido gritar, no habría sabido qué: ¿«Ayuda»? ¿«Auxilio»? Por una vez, su cuerpo habló por él y le propinó una poderosa patada en los testículos al extralimitado periodista regional. La cabeza del muchacho dio contra las rejas, pegó un grito de dolor y cayó. Borgovo se alejó al otro extremo. Comingues y Cátaro acudieron corriendo.

—¿Qué pasó? —preguntó Cátaro sin alzar la voz.

—Trató de ahorcarme —denunció Borgovo, frotándose el cuello.

Ezequiel cerró los ojos por toda respuesta.

Entre Cátaro y Comingues colocaron una división, hecha de las mismas rejas, entre una mitad y la otra de la celda, pasándola por el riel.

—No creo que lo haya hecho ninguno de los dos —declaró Cátaro—. Traten de permanecer vivos hasta que los declaren inocentes.

II

Cerca de las tres de la tarde, Nergadof entregó un sándwich de milanesa a cada uno, una botella de agua mineral, y preguntó si querían llamar a un abogado. Cuando terminaron sus respectivos sándwiches, les prestaron el teléfono de la sala central para hacer el llamado. Borgovo llamó a su editor. Temía que le cortara sin responder pero, muy por el contrario, se mostró incluso interesado. Le dijo que inmediatamente hablaría con el abogado de la editorial. Al regresar a la celda, había una colchoneta y una manta para cada uno. La noche llegó sin novedades.

A una hora indefinible, sin poder dormir, Borgovo le dijo a su compañero de celda:

—Yo no la maté.

El muchacho tardó en responder.

—Yo no la maté —repitió Borgovo.

Lo había despertado.

—¿Qué? —preguntó Ezequiel.

—Yo no la maté.

—Me importa un carajo si la mataste o no —lanzó Ezequiel—. Es todo culpa tuya. Me la arrebataste, te metiste en mi vida, me hablaste como si fuera tu hijo. Todo mentira.

—¿Qué querías que hiciera?

—Que te fueras, que te pegaras un tiro. ¿Además tengo que darte las instrucciones?

—Ahora lo importante es saber quién la mató —quiso conciliar Borgovo.

—No —lo contradijo Ezequiel—. Lo importante es que te metan preso por el resto de tu vida.

Borgovo calló. Pero apenas una hora después, retomó:

—Ella se fue con otro.

—¿Qué?

—Se fue con ese actor, Aparicio.

—¿Aparicio? ¿El que hizo *Hamlet*? —se interesó Ezequiel.

—Sí. Vino a mi cabaña a informarme que se había enamorado. Se iba con él.

Ezequiel guardó silencio. Luego de un rato, apuntó:

—Te lo merecías.

—Indudablemente —dijo Borgovo. Pero sólo para consolar al chico; no estaba de acuerdo. En rigor, había hablado de Aparicio para que el muchacho se sintiera vengado, para consolarlo de alguna forma.

—¿Ella se fue literalmente con él? —preguntó Ezequiel.

—Hasta Pachecales —intuyó Borgovo—. Pero ayer a la noche hizo un viaje relámpago para venir a decirme que me abandonaba y que se iría con Aparicio hasta el fin del mundo.

—Al menos a vos te dijo la verdad.

—Tenés la vida por delante —replicó Borgovo—. Yo soy un viejo choto que perdió su única y última oportunidad.

—Estoy de acuerdo con lo de viejo choto —respondió Ezequiel—. ¿La puede haber matado Aparicio?

—Lo pensé —respondió Borgovo—. Pero... ¿por qué? Ella estaba a punto de atarse a su remolque, sin condiciones.

—Tal vez no le dijo que iría a avisarte —especuló Ezequiel—. La siguió, la vio entrar a tu casa; y cuando salió, la mató.

—¿Y la sangre en el piso? —preguntó Borgovo.

—¿Qué sangre? —repreguntó Ezequiel.

—Había sangre en el piso del living de mi cabaña. Yo no me corté.

Ezequiel volvió a recostarse y cerró los ojos.

Al alba, entró el comisario. Abrió el compartimento de Borgovo y lo invitó a seguirlo. Fueron al despacho central. Lo aguardaba una taza de café. Cátaro, que perseveraba con el mate, le indicó que bebiera un sorbo de café. Borgovo le hizo caso, y apreció el sabor.

—Habló el forense —dijo el comisario—. Le tengo que decir algo muy duro.

Borgovo tomó aire y se escuchó decir:

—Estaba embarazada.

El comisario lo miró inexpresivamente.

—Natacha tenía sida —dijo Cátaro.

Borgovo se aferró al escritorio. Sorbió otro trago de café y se quemó.

—¿Usted está enfermo de sida? —preguntó el comisario.

—No que yo sepa —replicó Borgovo, escuchándose una voz extraña—. No hasta ahora.

El comisario asintió, y agregó:

—Y estaba embarazada.

Los dos hombres permanecieron mirándose. El sol asomaba.

—Si usted acepta un análisis de sangre... es optativo —aclaró—, me dice el forense que se aclararían las dos cosas.

Borgovo estaba demudado.

—Entiendo que usted mantuvo relaciones sexuales con ella —afiló el comisario.

Borgovo pestañeó.

—Con el análisis podemos saber si el embarazo es de usted. Y si usted...

Borgovo recién entonces reparó en que el comisario no había vuelto a convidarle mate.

—Y si usted tiene sida —soltó.

—Cuanto antes me hagan el análisis, mejor —aceptó Borgovo.

Subió al auto policial con Cátaro y salieron para lo que el comisario le dijo que era el hospital público de Las Nieves. Borgovo sentía que lo llevaban hacia el

patíbulo, las calles apenas transitadas de Las Nieves eran el pasillo de la muerte. Reconoció a cada uno de los pobladores, y pensaba en lo absurdo de que esas fueran las últimas caras que viera antes de que comenzara su inminente muerte. Una sola vez lo había hecho sin cuidarse con Natacha: cuando el juego de la mucamita en su habitación de hotel. Su memoria le jugaba el truco de recordar cada uno de los nombres, de gente que no había visto más que una vez en su vida, un par de minutos en algunos casos. ¿Quién lo despediría al pie de la horca?; ¿Rosalinda, la pastelera? ¿Sandro, a quien conocían como «el Labrador»? ¿Tenorio, el herrero? Lucrecia y Herminda caminaban juntas, como siempre, apurándose como si sus bordados, que las aguardaban en sus respectivas casas, fueran a echarse a perder. Lo que se iba a echar a perder, pensaba Borgovo, era su propio cuerpo. Se pudriría como una fruta colgada de un árbol seco. Atravesaron una calle de tierra, llamada Maná, y subieron por una de asfalto con el nombre de Sarmiento. Allí se alzaba el edificio sanitario de dos pisos.

La clínica pública era indistinguible de una privada; y albergaba también el laboratorio. Un doctor recibió a Borgovo con rostro cuidadosamente parco; también estaban el forense y un genetista. Pasaron por un laboratorio donde se apilaban estuches repletos de sangre. Eran las donaciones de muchos de los habitantes de Las Nieves al banco de sangre comunal. Pudo distinguir los nombres de varios de los donantes: entre ellos el propio intendente; Ezequiel, Natacha, el cantante rubio del coro, Godofredo; y Benicio y Belinda. Era como uno de esos edificios que se construían con aportes de particulares, y que en cada ladrillo llevaban el nombre del contribuyente.

Lo sentaron en una camilla. El doctor le preguntó si había desayunado.

—Sólo un sorbo de café —informó Borgovo.

El doctor eligió la jeringa y le sacó una muestra de sangre.

—Vayan a comer algo y vuelvan —les dijo, tanto al comisario como a Borgovo—. En una hora tendrán los resultados.

Cátaro llevó a Borgovo al local de chocolate con churros, atendido por Lucinda; pero Borgovo no podía pasar bocado.

—Coma algo, o se va a desmayar —le advirtió el comisario.

Borgovo logró mordisquear un churro relleno con dulce de leche y tomar media taza de chocolate caliente. Para su gran asombro, se sintió mejor. Recién entonces notó que, si bien no llevaba su campera Yeti —la había dejado en el armario de la cabaña, considerándola inmerecida—, no tenía frío.

Regresaron a la clínica y tomaron asiento en los cómodos pasillos de espera, tan pulcros y confortables como los de la sala de un aeropuerto. La mano derecha de Borgovo temblaba como una hoja. El comisario realizó un gesto inesperado: le tendió su propia mano derecha a Borgovo. Borgovo la aceptó, y la tomó. El comisario sostuvo la mano de Borgovo fuertemente entre sus dos manos, en un gesto de humanidad que se remontaba a la primera vez en que un hombre descubrió que la

criatura semejante a sí misma, que caminaba a su lado entre las rocas de un mundo desierto, no necesariamente debía ser uno más de los animales a los que se debiera temer, ni una más de las presas a las que se necesitaba cazar.

A la hora exacta salió el doctor, con la misma cara de nada. Le habló delante del comisario porque, debido a su situación de sospechoso detenido, no podía dejarlo solo. También porque fatalmente el comisario debía ser informado. No había nadie más en la sala de espera.

—No tiene sida —le dijo a Borgovo. Y como el escritor no reaccionaba, repitió —: Usted no está enfermo de sida.

Borgovo se atragantó con un sollozo reprimido. Y el médico agregó:

—El embarazo de Natacha era suyo. De usted.

La primera bocanada de aire al salir de la clínica insufló en Borgovo apetito y ganas de vivir. ¡No estaba enfermo de sida! Debía aguardar seis meses para asegurarse; pero el primer diagnóstico negativo lo esperanzaba. Tarde o temprano su inocencia prevalecería; quizás en lugar de enviarlo a Devoto, al pabellón de presos comunes, lo mantuvieran sólo un par de meses encerrado en la comisaría de Las Nieves, al cuidado del amable y sabio comisario Cátaro. Pero ya dentro del auto policial, en el obligado silencio del retorno al cautiverio, lo asaltó la certeza de que la chica había llevado, si bien momentáneamente, un hijo suyo en el vientre. Quizás no tanto como un hijo, su simiente. Poco, pensó Borgovo. La había querido para sí, lo reconocía. Había pensado en ella como su mujer, en el largo plazo. No había dejado de desearla, aun abandonado; pero ahora la sola idea de tener un hijo con semejante loca lo espantaba. No habiendo otra pena que la del temor a perder por mucho tiempo su libertad, ni más ansiedad que la de no saber cómo seguiría su vida, se resignó a su insensibilidad al respecto.

«No puedo improvisar el dolor, ni la estupefacción», se dijo, «no me quedan fuerzas». No obstante, recordó una escena de la película *Ike*, protagonizada por Tom Selleck. La trama se situaba temporalmente en las vísperas del día D, reproduciendo las ardientes discusiones entre Ike Eisenhower, al mando del estado mayor conjunto aliado, y sus subordinados ingleses y norteamericanos. El jefe estaba solo en su concepción de la invasión; y sus adláteres, con respeto pero con firmeza, lo aconsejaban contra sus instintos. Algunos sugerían un día antes de lo planeado, debido al clima; otros un día después, basados en informes de inteligencia. Eisenhower se mantenía aferrado a su decisión: el 6 de junio. La película terminaba veinticuatro horas después, cuando uno de los generales americanos, el que se oponía a Ike con mayor tenacidad, le reporta el resultado de la primera y más importante tanda de desembarcos: «Tenía usted razón, señor. Las bajas son como mucho la mitad de lo que habíamos calculado». Es el primero de los cigarrillos que Ike fuma en calma.

Así se sentía Borgovo: las bajas eran brutales, pero no definitivas. Su paso por la cornisa de la muerte le había recordado que, en el caótico misterio de la vida, siempre

cabía la posibilidad, por remota que fuera, de que algo saliera bien.

Cuando entró a su compartimento de la celda, el comisario se llevó a Ezequiel, como dos peces a los que ponen en peceras distintas para que no se maten. Borgovo comprendió que lo llevaban a cotejar su sangre. Al embarazo ya no hacía falta buscarle autor; esperaba que no se lo dijeran al chico. Nergadof lo acompañaría.

Comió su segundo sándwich de milanesa, como Ike fumando ese cigarrillo, ahora a la espera de que el muchacho regresara sano y salvo.

Tardó dos horas. En ese ínterin, Borgovo le pidió a Cátaro si podía acercarle un libro y los diarios.

Cátaro respondió que por supuesto.

—¿Qué libro quiere?

—Un policial, de ser posible.

—¿Cómo lo busco? —insistió Cátaro.

—No sé. El que a usted le parezca. Fíjese que haya un detective, una víctima, un enigma.

Cátaro lo miró en silencio, evidentemente considerando el pedido en aquella situación.

—Si no encuentra, entonces una de amor —agregó Borgovo, para cortar el silencio.

Cátaro lo dejó al cuidado de Comingues y salió para la biblioteca. Comingues se acercó a la celda con el mate y, por entre los barrotes, le convidó uno.

—¿Cómo se le ocurren las ideas? —preguntó Comingues.

—Hace tanto que no se me ocurre una —replicó Borgovo—, que ya no me acuerdo.

—¿Pero usted mismo publica el libro?

—No. Yo le envío un mail con el texto a la editorial, y ellos lo corrigen y creo que se lo pasan a un diagramador. Y después...

Se quedó en blanco.

—La verdad es que no tengo la menor idea —reconoció—. Si salgo libre, me voy a tomar el trabajo de acompañar el texto desde que lo recibe el editor hasta que se convierte en libro.

—¿Y escribe cosas reales o sueños?

—Nunca escribo sueños. Porque en los sueños pasa cualquier cosa. En una historia tiene que pasar cierta cantidad de cosas, no cualquiera.

—¿Y le pagan por eso?

—Depende de cuántos libros se vendan —apuntó Borgovo.

—¿A qué edad empezó a escribir?

—No me acuerdo. Pero de chico, diez, once años.

—¿A usted le parece que Natacha lo eligió porque usted era escritor?

—Puede ser —dijo Borgovo—. Tal vez ella quería ser la heroína de una novela.

—Porque yo muchas veces la invité al cine, a tomar un licuado, a subir a la

montaña... Pero siempre me dijo que no. Yo creo que porque soy policía. Pero yo nunca le hubiera hecho daño... Ni a ella ni a nadie. Me dijo toda su vida que no, y nunca le tuve bronca. Pero no dejo de pensar que tal vez, si me hubiera dicho que sí...

—Ahora estaría viva —cerró Borgovo.

Comingues asintió.

—Ahora debemos ser muchos los que estamos contentos de que no nos haya dado bola —reflexionó Comingues, no sin cierto tono de triunfo por sobre su preso.

Desconcertó a Borgovo lo rápido que pasaba el día en la prisión. Quizás era por la novedad, por muy poco que hubiera para hacer. El comisario le trajo una novela anunciada como *best seller*, de Anthony Bauhause, cuya trama de empresarios y psiquiatras, sin detectives ni enigmas, chorreaba suspenso. Borgovo agradeció, externa e internamente, como si se tratara de una selección de sus cuentos favoritos. Leyó ininterrumpidamente durante cuarenta y cinco minutos. Recién entonces descubrió lo mucho que le había hecho falta la lectura. No había leído un libro con atención desde que se enamorara de Natacha.

Alrededor de dos horas después de haberse marchado, regresó Ezequiel en compañía de Nergadof.

Borgovo lo miró expectante, inquieto.

—Estoy bien —dijo el muchacho—. Por ahora, sano.

III

Al día siguiente llegó el abogado de Borgovo; la eminencia judicial enviada por la editorial. A Borgovo lo desalentó reconocerlo de la televisión. Era un abogado de causas célebres y farandulescas. Defensor de vedettes, de empresarios fraudulentos, de políticos corruptos. ¿Por qué le mandaban a ese doctor Picafeces? Estaba bronceado como un profesor de esquí, y tenía un peinado estrafalario, como una especie de jopo ancho y torcido en la frente al que Moisés, para estar a tono con el espíritu de Las Nieves, le hubiera ordenado abrirse al medio.

Para darles privacidad en su primera entrevista, sacaron a Ezequiel de la celda y pensaban llevarlo a la sala central. Pero el abogado no les permitió marcharse; comenzó a gritar:

—Exijo que ya mismo pongan en libertad a mi cliente. ¡Lo han encerrado sin ningún justificativo, sin siquiera leerle sus derechos! ¡Hace más de veinticuatro horas que debería estar libre y comunicado con su defensor! Van a pagar muy caro estos apremios ilegales, la prensa...

—Cállese la boca —lo interrumpió Borgovo.

El comisario sonreía. Pero Comingues y Nergadof estaban asustados. Ezequiel, indiferente.

—Esta gente me trató excepcionalmente bien —continuó Borgovo, en tono duro—. No le voy a permitir que los amenace.

—Pero... —dijo el abogado, y lo miró desconcertado.

—Comisario Cátaro —retomó la palabra Borgovo—, pueden ir con Ezequiel a la sala central. Yo hablaré con el señor.

Se retiraron los tres policías y el muchacho.

—Vamos a dejar algo en claro —retomó la iniciativa el abogado—. Este será un caso mediático. Y más vale que me deje hablar a mí, porque de lo contrario puede llegar a pasarse el resto de su vida preso. Además, ¡mire lo que le hicieron en la frente! ¿Cómo quiere que no me enoje?

Borgovo se armó de paciencia.

—Este chichón me lo hice yo. Después le cuento.

—¿Pero en qué circunstancias? —lo azuzó el abogado—. Nadie se hace un chichón de ese tamaño porque sí. Seguramente lo indujeron, lo tuvieron horas sin dormir, lo asustaron. Es como si el chichón se lo hubieran hecho ellos.

Borgovo aspiró aire y lo soltó. Siguió:

—Esto no va a ser ningún caso mediático. Y lo voy a dejar hablar a usted frente al juez. Pero no frente a esta gente que me ha tratado bien.

—Este va a ser un caso mediático —insistió Ligieti—, porque así lo quiere la editorial. ¿Por qué piensa que me están pagando su defensa?

—Supongo que porque usted es el abogado de la editorial, como una cuenta corriente.

—Sólo para casos excepcionales —le aclaró Ligieti—. Su editor quiere que de este caso salga un libro. Un libro de su autoría. No le importa si es ficción o no ficción. Puede ser *A sangre fría*, o una novela de suspenso. Pero la tapa será su cara y la trama, la muerte de esta chica.

—¿Y si yo los mando a usted y al editor a la puta madre que los parió?

Ligieti lo miró indignado.

—A mí dígame lo que quiera. Pero no se meta con mi madre, que es una pobre mujer lisiada.

Hizo una pausa, y aclaró:

—Le tocaría un abogado de oficio, de acá del Sur. En este caso, el doctor Badano. Tal vez le suene.

—¿Badano?, sí, me suena —reconoció Borgovo—. ¿De dónde me suena?

—Es el que defendió a Ingmar Tudek, el criminal nazi que se ocultaba en Puntas Blancas, el dueño de las aerosillas.

—¿Que se hacía llamar Pedro Turbaco?

Ligieti asintió.

—¿Me va a defender el mismo que defiende a los nazis?

Ligieti repitió su gesto afirmativo.

Borgovo le extendió a Ligieti sus dos manos juntas, cerradas en sendos puños, haciendo la quieta mímica de que estaban esposadas.

Ligieti ya había hablado con el comisario, brevemente, antes de regresar a la celda, donde lo aguardaba Borgovo.

—Usted se vuelve conmigo ahora mismo a Buenos Aires —explicó—. El comisario quisiera hablar en privado con usted. La decisión es suya. No lo puede obligar. Si usted quiere, yo no me opongo. Pero, como profesional, no se lo recomiendo.

Salieron juntos, Cátaro y Borgovo, al exterior. El frío ahora le hizo bien a Borgovo, y a la vez comenzaba a sentir la necesidad de abrigo.

—Le voy a decir lo que sé —comenzó Cátaro—. A Natacha la mataron a la mañana siguiente de la noche en que lo fue a visitar, alrededor de las ocho, dos horas antes de que apareciera flotando en el lago. La ahorcaron. Con una soga muy gruesa, rara. No sabemos todavía qué tipo de soga. De modo que, tal como intuí, primero la ahorcaron y después la tiraron al lago. Quien la mató, la sumergió y la dejó emerger en el momento en que mejor le pareció. Estuvo en el lago cerca de media hora, hasta que emergió, no sabemos cómo. Usted es la última persona que atestiguó haberla visto viva.

A Borgovo le pareció que Cátaro había terminado, pero agregó:

—El día y la hora en que la mataron, Aparicio estaba durmiendo en Quiquecha, un pueblo a ciento cincuenta kilómetros de acá, que no llega a los mil habitantes, después de su función en Almacenes.

—¿Por qué no se quedó a dormir en Almacenes? —preguntó absurdamente

Borgovo.

Pero Cátaro lo premi6:

—Pregunt6 lo mismo —admiti6. Y se contest6—: Se llev6 a una chica de Almacenes. De la edad de Natacha, m6s joven. Cuando le tocaron la puerta para avisarle de la aparici6n del cad6ver de Natacha, estaba con esta chica. Supongo que no le habr6 parecido de buen gusto amanecer con ella en su propio pueblo.

—No pudo haberla matado —calcul6 Borgovo.

—Estuvo relacionado con la muerte de otra joven —apunt6 Cátaro—. Diez a6os atr6s...

—S6, lo s6. Pero un l6o de drogas. Nunca lo acusaron de nada. El esc6ndalo fue porque la chica muri6 en una cama que hab6an compartido; en un hotel, si mal no recuerdo.

—No le gusta amanecer solo en las giras —brome6 con humor negro el comisario.

Borgovo se palp6 el chich6n, parec6a decrecer:

—Hay algo que no entiendo. Se supon6a que Natacha, despu6s de avisarme que me dejaba, regresar6 con Aparicio. ¿Y 6l la esperaba acostado con otra; en un pueblo distinto de Almacenes?

El comisario asumi6 la pregunta, pero respondi6 con un gesto negativo de la cabeza, como dejando entender que esas eran cosas de porte6os, de desequilibrados, de gente sospechosa. No ten6a respuestas para esos enigmas.

—En fin —dijo el comisario—. Le deseo suerte.

—Mucha m6s suerte le deseo yo a usted —replic6 Borgovo—. Que encuentren al asesino.

Tom6 aire, para soportar el dolor, y declar6:

—Me han tratado muy bien. ¿Algo que pueda hacer por ustedes?

El comisario no necesit6 pensarlo.

—S6 —respondi6, y le espet6 con seca convicci6n—: No vuelva nunca m6s a Las Nieves.

IV

Irían en remise hasta Bariloche, tres horas de viaje; y de allí, en avión a Buenos Aires.

—¿Por qué no directamente en micro hasta Buenos Aires? —inquirió Borgovo.

—Usted es escritor y sospechoso; tiene todo el tiempo del mundo. Yo soy únicamente abogado: cada minuto me cuesta.

Mientras el remise, conducido por un chofer barilochense que los había ido a buscar, abandonaba Las Nieves, Borgovo recordó una anécdota de su juventud.

Trabajaba para la revista de chismes *La Lengua Loca*, uno de sus primeros trabajos, a los veinte años. Un fotógrafo debía pasar a buscarlo por su recién alquilado departamento de soltero, y de allí llevarlo a la mansión de un multimillonario heredero, Chango Teseri, a quien debía preguntarle por su noviazgo con una joven actriz, Imelda Suárez. Aparentemente, Imelda, al mismo tiempo que su relación con Chango, mantenía un contacto intermitente con el empresario Armando Donovan. El rumor: Chango era apenas una excusa para que Donovan la celara y le propusiera casamiento.

Borgovo no quería hacer la nota, pero debía pagar el alquiler a fin de mes. Para olvidar la indignidad de su tarea, se había emborrachado ferozmente. Cuando el fotógrafo pasó a buscarlo, agonizaba de resaca. El dolor de estómago se revolvía con náuseas y falta de claridad. Veía poco y se quedaba dormido sobre sí mismo. En esas circunstancias subió a un auto que le resultó extraño. Pero sólo cuando llegó a la mansión del entrevistado tuvo la presencia de ánimo suficiente para descubrir el móvil en el que había viajado: era una limousine fúnebre, que llevaba un cajón con un muerto en su techo.

—¿Por qué viajamos en esto? —preguntó Borgovo al fotógrafo.

—Porque yo vengo de fotografiar a los familiares de Pereco (un cómico nonagenario, en decadencia, olvidado por todos), que despidieron el cajón en su casa. Y la limousine la paga la revista, pagaron el mismo viaje. Ahora sigue hasta el cementerio de Liniers.

—¿Y no lo sigue una caravana?

—No, justamente la nota fue que no lo despide nadie en el cementerio. Ni la nieta.

Ahora Borgovo sentía aquella soledad de no ser despedido por nadie, sumada al pedido de Cátaro de que nunca más regresara; y el peso insoportable de un cadáver sobre su cabeza.

Lamentó profundamente el viaje en avión. El traslado en remise hasta Bariloche estaba lleno de subidas y bajadas que lo mareaban, precipicios que lo asustaban, y cruces de animales, desde chivos hasta ciervos, que casi los matan; la demora en la llegada y partida del avión, y la sensación de sequedad en la nariz que le producía el vuelo, también conspiraban. Hubiera viajado más cómodo en el micro. Pero por sobre

todo lo lamentó porque el breve tiempo de traslado potenció la extrañeza de abandonar un sitio tan irreal como Las Nieves y llegar a la prosaica confirmación del fracaso. Era como para un niño atravesar, camino a la Capital, el tramo sórdido del conurbano, luego de unas vacaciones en Mar del Plata; ese espacio gris y despojado que anuncia que terminó la vida y empieza eso de todos los días. Lo dejaron solo como un perro en su departamento de soltero. Ligieti le aclaró que no podía salir de la Argentina. Lo instruiría, al día siguiente, respecto de los pasos a seguir. Ahora sería bueno que durmiera.

Ya no había posibilidad de llamar a Malena. Tampoco tenía las ganas. Cualquier idea de mujer le recordaba agónicamente a Natacha. Sin buscarlo, se quedó dormido en la cama que no usaba hacía meses.

Cuando despertó, antes de llegar al baño, se preguntó si habría algún cepillo de dientes. Vio el cepillo de dientes de Malena, y entonces se preguntó si sus reglas personales lo autorizaban a utilizarlo, o si era algo asqueroso. Lo tiró al tacho de lata del baño, y en el espejo notó algo extraño. Primero pensó que había alguien detrás suyo; luego que el espejo estaba sucio por «falta de uso». Pero finalmente reconoció que esa era su cara, su cabeza, y su cabello: tenía el cabello totalmente blanco. Durante esas escasas horas de sueño se había convertido en un hombre ininterrumpidamente canoso, como los picos eternos de Las Nieves.

Lo siguiente que supo fue que había roto el espejo de un puñetazo. La mano, desde los nudillos, le sangraba profusamente. Después ya no tuvo más conciencia hasta que despertó en la clínica de día.

Cuando el doctor Neftalí le preguntó cómo se sentía, Borgovo recordó que frente al espejo, con la mano sangrando, había hablado solo, pidiéndole perdón a Natacha. Luego se había puesto a gritar: «¡Ayuda!». El propio doctor recapituló: un vecino había escuchado los gritos, había llamado a la policía, y la policía había llamado a su editor.

—Qué vergüenza —reflexionó Borgovo.

Neftalí sonrió, como si la respuesta fuera auspiciosa.

—Hay alguien que lo quiere ver —dijo el médico.

—Espere —interrumpió Borgovo—. ¿Cuánto tiempo estuve acá?

—Veinticuatro horas desde que entró. Lo tuvimos sedado.

Borgovo miró al médico como si hubiera pasado un año.

—¿Tengo el pelo blanco?

—Completamente.

La visita era Leónidas Ligieti.

—¡Tiene todo el pelo blanco! —gritó Ligieti.

—Gracias, abogado —lo felicitó Borgovo—. ¿Qué otras novedades tiene para darme?

—Parasimof dice que se hace cargo de los honorarios de la clínica —recapacitó, haciendo solemne su tono, el abogado.

Parasimof, su editor, era un ex habitante de la Unión Soviética. Había aprendido el español en Filipinas, donde se había desempeñado como agregado cultural en el consulado, aunque se sospechaba que también como espía. A la caída de la URSS, había emprendido una serie de negocios inmobiliarios en Argentina. Finalmente había comprado una pequeña editorial y se había asociado con un poderoso grupo editorial internacional. Desde hacía diez años vivía en Buenos Aires.

—Pero que usted, cuando salga, me remarcó, tiene que escribir la novela, o el *non fiction*, así lo llamó él, de esta historia. Mire que la clínica es cara... Mi atención estaba en parte pagada por la cuenta corriente. Pero la clínica es un gasto completamente fuera de programa.

—¿Qué dicen los diarios? —consultó, con aprensión, Borgovo.

—Dicen que usted es un gran escritor...

Sin saber por qué, Borgovo se ruborizó. Tal vez fueran las reacciones propias de su demencia.

—¡No! ¡Es un chiste! —desmintió Ligieti.

Borgovo tuvo que contenerse para no pegarle un sopapo.

—¿Qué dicen? —repitió.

—Es un crimen menor, para la prensa. Usted es el principal sospechoso; pero la situación judicial es estable. Nadie reclama nada. Si se descubre la verdad, será noticia por no más de una semana. Si no, se olvidarán en seis meses.

—¿Y la madre de Natacha?

—Ni mu. La tía tampoco. Pregunté si algún pariente había salido como demandante, pero sólo pasaron a reconocer el cuerpo. Como se dice, a darle el último adiós.

—¿Dónde la enterraron?

—En el cementerio de Las Nieves. Al pie de un pico nevado.

Borgovo contuvo el aliento.

—¿A la madre, la acompañó su pareja?

—¿Y yo qué carajo sé? —replicó Ligieti.

Borgovo consideró terminada la reconfortante entrevista:

—Dígale a Parasimof que voy a escribir esta historia.

Los primeros días de Borgovo en la clínica fueron casi tan tranquilos como sus buenos momentos en Las Nieves. Los locos eran amables o indiferentes. Había mujeres de sesenta años, de excelente posición económica, casadas, con hijos y nietos, y maridos que las querían, deprimidas sin razón. Convivían con jovencitas, o mujeres al borde de la madurez, reponiéndose del alcoholismo o de las drogas, o haciendo una breve pausa antes de renovar o cambiar de adicción. Le entregaban a Borgovo todos los diarios o libros que pedía; y a eso podía sumar el acceso a una gratificante biblioteca en la que se intercalaban pocos pero buenos libros con DVDs y videocasetes. Uno de los detalles que recordaban a Borgovo el motivo de su presencia en aquellas prolijas instalaciones era su reticencia a mirarse en los espejos.

Temía ver su pelo blanco, su rostro, su expresión; y quizás el rostro de Natacha en sus propios ojos. Alguna enfermera, cada tanto, lo peinaba contra su voluntad. Más tarde, se turnaron para afeitarlo. Las reminiscencias de Natacha eran como pedazos de asteroides que caían, muy de vez en cuando, sin ton ni son, ocasionando un daño desproporcionado. Pero igual que con los asteroides, Borgovo no temía ni prevenía esos ataques de su memoria. Llegaban, asolaban y se iban. No le gustó concurrir a natación. Ponerse la toalla en los hombros, marchar con una malla, compartir el agua tibia con señoras sexagenarias y jóvenes drogadictas no era su idea de esparcimiento. Mirar su propio cuerpo desnudo en el agua era peor que todo lo anterior. Ya bastante ingrato era tener que vivir en un cuerpo como para además estar obligado a observarlo. En una de las ocasiones en que su cara más se contrajo en una mueca de desagrado contra la pantomima de la natación —que era trágicamente obligatoria, como parte de la terapia—, encontró una expresión solidaria en el rostro de un hombre con bigote, aparentemente bastante mayor que Borgovo, pero aún con tonalidades grises en su completa cabellera, que no sólo lo acompañó en la mueca, sino que incluso se acercó y le dijo:

—Te entiendo perfectamente.

Esa misma noche, Borgovo retribuyó la visita a su aliado, después de la cena. No lo hizo durante la cena en sí misma porque, sumado a su ostracismo natural, aumentado por los sucesos de Las Nieves, si había algo que le resultaba completamente tortuoso era hablar mientras comía.

—¿Cómo hacés para aguantar la pileta? —preguntó Borgovo al señor.

—Es que yo llevo muchos años acá —explicó el interpelado.

Le extendió la mano a Borgovo.

Borgovo inquirió con el rostro: ¿en qué sentido la acumulación de años podía hacer menos insufrible la pileta?

—Francisco Molina —se presentó el hombre; y aclaró—: Te acostumbrás a todo.

—Elías Borgovo.

—De todos modos —siguió Francisco—, si en estos primeros meses no lo soportás, te recomiendo que te dejes húmedos los dedos de los pies.

Borgovo volvió a mirarlo inquisitivo.

—Te salen hongos —explicó Francisco—, y no te dejan entrar a la pileta.

—Pensé que los hongos sólo salían en la infancia y la adolescencia —apuntó Borgovo.

—Sólo las cosas lindas del cuerpo son exclusivas de esa época —replicó Francisco—. Las malas se repiten hasta que te morís.

Era temprano, todavía ni siquiera las ocho; merendaban muy liviano a las cuatro y media, y cenaban a las siete.

—Hoy cumpla setenta años —dijo Francisco a Borgovo.

—*Mazel Tov* —respondió Borgovo.

—Yo no diría tanto —lo contuvo Francisco.

—Parecés más joven que yo —le regaló Borgovo.

—Es que tantos años sin vivir al final te rejuvenecen. Pedí como gracia de cumpleaños que me dejen ver una película antes de ir a dormir. ¿Tu enfermedad mental te impide ser mi invitado?

—No creo. Lo peor que me puede pasar es quedarme dormido.

Francisco pidió al encargado de la noche la presencia de Borgovo en la sala del televisor, y se la concedieron sin más. Eligió para ver *Gigante*, protagonizada por James Dean, que estaba en VHS.

Mientras el petróleo bañaba al protagonista, Francisco informó a Borgovo:

—Quince años atrás, yo era petrolero.

Se hizo un silencio, repleto de la voz de James Dean.

—Propietario de pozos, quiero decir.

Siguió con su historia como si contarla entre las voces en inglés y los subtítulos la hiciera más digerible.

—Mi amante atropelló con su auto a mi esposa y mi hija. Las dos fallecieron. Tengo un hijo afuera, que no me quiere ver. Es multimillonario y me paga la estadía. Te puedo asegurar que quince años acá adentro no los paga un solo pozo petrolero. De modo que la estadía perpetua es mi modo de saber que le va bien, y eso me alegra. Coincidimos, tácitamente, en que yo no salga de acá. Ya tuve mi oportunidad allá afuera, una oportunidad superior a la del noventa por ciento de la raza humana, y la arrojé por el fregadero. Este sitio es mi posibilidad de no hacer más daño a nadie. Aunque nunca se sabe. ¿Y vos?

Borgovo esperó a que James Dean terminara de festejar para responder.

—Se me murió una chica muy joven. Era mi novia...

Se interrumpió.

—Al menos eso es lo que yo creía. Le quise ofrecer matrimonio. Pero me abandonó antes. Al día siguiente la mataron.

Unos minutos después, Francisco agregó:

—Al lado de lo mío, es un chiste.

—Al lado de lo tuyo, el *Guernica* es un chiste —replicó Borgovo—. Pero uno no se vuelve loco por las desgracias ajenas.

Francisco le dio la razón en silencio.

Antes de que la película terminara, Borgovo declaró:

—Quiero olvidar.

V

La amistad entre Francisco y Borgovo se intensificó como la de dos eremitas que saben acompañarse fugazmente. Mientras el escritor tarde o temprano regresaría al exterior, era muy probable que el petrolero nunca lo hiciera.

En sus paseos por el patio, Francisco le explicó a Borgovo que olvidar era una quimera. A lo máximo que podía aspirar era a recordar con menos dolor.

—Eso se dice fácil —se quejó Borgovo.

—Yo no tengo que salir de acá —desestimó la respuesta Francisco—. Soy el maestro ciego de *Kung Fu*. Vos sos el Pequeño Saltamontes. Tu misión es abandonar el Templo Shaolín. ¿Sabés cómo lograrlo?

—Debo quitar una piedra de la palma de la mano del maestro antes de que cierre la mano —recordó Borgovo—; caminar sobre papel de arroz sin arrugarlo y ser capaz de alzar un caldero hirviendo con mis antebrazos.

—Correcto —lo felicitó Francisco—. Pero, acorde a las circunstancias, tus pruebas para abandonar el templo serán las siguientes: pronunciar el nombre de Natacha sin que te cambie el ritmo cardíaco; ser capaz de decir al menos una cosa que te gustaría hacer ahí afuera; y recuperar el valor de mirarte al espejo.

—Cuando dijiste «Natacha» —respondió Borgovo— se me aceleró el pulso.

—La salida de Wang Chang Kein del Templo Shaolín dura un solo capítulo —argumentó Francisco—. Deberían haberle dedicado una temporada. Será nuestro caso: una temporada en el loquero.

La terapia que le ofrecía la clínica a Borgovo consistía en un joven psicólogo que intentaba hacerlo hablar. Primero le había preguntado por Las Nieves y Natacha, pero Borgovo se había negado a entrar en tema. El psicólogo no lo había forzado; en cambio, le había propuesto hablar de su infancia y sus padres.

—Nunca tuve ningún problema con mis padres —reaccionó Borgovo—. Y no me diga que eso es una resistencia a hablar de mis padres. Porque si no, es el cuento de la buena pipa. Desde que a Freud se le ocurrió que los hombres se enamoran o desean a sus madres, no dejan de repetir esa paparruchada. La historia de Romeo y Julieta se repite a lo largo de los siglos, de las clases sociales, de los países y las nacionalidades. Pero la de Edipo es excepcional. ¿Quién está enamorado de su madre? El hijo de Sophia Loren, puede ser. Pero si usted hubiera conocido a mi madre... De hecho, es un milagro que mi padre se haya enamorado de ella. Era una buena mujer, una excelente madre... Pero... ¿enamorarme, desearla, desear matar a mi padre por ella? ¿A quién se le puede ocurrir semejante pelotudez?

El psicólogo procuró contrarrestar internándose en alguna posible grieta de la vida familiar de Borgovo, pero el paciente respondía con impugnaciones al método psicoanalítico. Cuando el psicólogo le preguntó por su vida de pareja anterior a Las Nieves, Borgovo habló de Malena, y el muchacho encontró una cuña:

—¿Por qué no hablamos de qué pasó con ella?

—¿Cómo vamos a hablar de qué pasó con una mujer? ¿En la facultad ni siquiera les enseñan que eso no lo puede explicar nadie? Un día te dice que sí, otro día te dice que no. Un día te dice que no mientras estás arriba de ella; y que sí cuando estás a mil kilómetros. Y yo me fui con una que tenía la mitad de su edad. ¿Cuál es el diálogo, el trauma, el proceso? Nada. Todo una farsa. Pechos erguidos, una piel más fresca, el tono de una voz... todo lo demás es una anotación al margen. ¿Con qué se acuestan los psicólogos sexagenarios más exitosos, con las de sesenta o las de veinte? Hací una encuesta y después hablamos.

Finalmente, terminaron hablando de la novia del joven psicólogo, que lo volvía loco. Le mandaba mensajes contradictorios al celular, permanentemente. El muchacho le pedía que no le escribiera mientras estaba en sesión, y la joven triplicaba sus envíos precisamente en esos momentos. Borgovo le permitió responder mensajes mientras lo atendía. Muy pronto ambos dejaron de lado toda pretensión terapéutica.

Francisco, en cambio, le propuso un método para superar los tres desafíos y abandonar la clínica. Debían repasar su estadía en Las Nieves milimétricamente y colegir quién era el asesino de Natacha.

—¿Vivir todo de nuevo? —se quejó Borgovo—. Pero si vos mismo comprobaste que sólo escuchar su nombre me da taquicardia...

—Es al revés —redobló Francisco—. Como yo con la pileta, como todo en este sitio. Hay cosas que se pueden olvidar, y otras que no. Las que no se pueden olvidar, tenés que gastarlas. Hablarlas, pensarlas, machacarlas, hasta que duelan menos. Volverlas cotidianas. Incluso, en una de esas, olvidás. ¿Quién te dice? Te encargaron un libro al respecto. Así que me vas a anotar todo, vas a describir hasta el último detalle de lo que recuerdes, serán tus cuadernos para la novela o la crónica. Y además, ¿qué otra cosa harías, si no: hablar con el psicólogo, juntar moras?

Borgovo se rindió. Los paseos por el patio mutaron en reconstrucciones estratégicas de su temporada en Las Nieves, desde la llegada hasta el brutal desenlace. Por las noches, dejaba correr la birome en un mapa ilimitado de recuerdos, y resaltaba en rojo o verde, según la naturaleza de cada episodio decisivo, como banderitas en una maqueta de guerra. El grueso del texto era una prosa narrativa, lineal y comprensible para cualquier lector, pero de vez en cuando, como un relieve accidental en una ruta amable, aparecían apuntes sueltos, nombres, horas, un detalle, anotaciones dactilográficas. Durante la mañana, caminaba junto a Francisco leyéndole en voz alta y comentando.

—Coki, por ejemplo —eligió Francisco—. El boxeador. Supongamos que regresó a Las Nieves para reconquistar a Natacha. Lo molieron a golpes delante de ella. Hasta el novio se rio. Fue a buscarla un tiempo después de la pelea, ella lo despreció, él la mató.

—Ese muchacho no me hubiera podido pegar ni a mí después de cómo lo dejaron —repuso Borgovo.

—A vos, no. A ella, sí. ¿La ahorcaron, no?

—Eso parece —dijo Borgovo, sintiendo un estremecimiento—. Con una soga gruesa, de no saben qué.

—Entre los boxeadores se usan sogas gruesas —apuntó Francisco—. No sé para qué.

Cambió bruscamente de frente:

—Pero por qué no salimos de lo pasional... Hay un padrastro, un padre muerto. ¿Y una herencia? ¿La casa era de ella? ¿Tíos, parientes del padre? ¿Se divorciaron legalmente el padre y la madre? ¿No había alguna sucesión en camino?

Borgovo, casi a su pesar, notó en ese instante, físicamente, que a Francisco no le faltaba razón: comenzar a evaluar las características, los bordes, las posibilidades más remotas del asesinato de Natacha, la volvía menos etérea y menos amada. Pero cuando una fuga en su gimnasia deductiva permitía la entrada del recuerdo de Aparicio poseyendo a su prometida, todos los anestésicos se apagaban y sólo quedaba la furia contra sí mismo, el odio contra el actor y la joven, el sentimiento de pérdida de su masculinidad y el temor a mirarse en el espejo.

—Volviendo a lo pasional —lo reconquistó Francisco, claramente atento a los repliegues de Borgovo—. ¿Por qué no pudo haberla matado la bibliotecaria, si tanto la deseaba? Tal vez Natacha se burló de ella igual que de vos.

—De mí no se burló —lo frenó Borgovo.

—Comprendo que quieras proteger su memoria —condescendió Francisco—. Incluso tu autorrespeto. Pero la verdad es que se burló de vos. De un modo despiadado. Se burló de vos y de su novio.

—¡Pendeja hija de puta! —gritó de pronto Borgovo.

Uno de los supervisores levantó la vista hacia Borgovo, alertado por el grito. Pero Francisco, que más que un interno parecía otro de los médicos, le hizo un gesto de que todo estaba bajo control. El supervisor se despreocupó.

—Y yo no descartaría a Benicio —continuó el petrolero—. Si amaba a la bibliotecaria, tal vez sintió celos de la mocosa.

—Eso es una pelotudez —ponderó Borgovo—. Benicio y Belinda son dos pasas de uva. Están juntos para nunca más enamorarse de nadie, para que la belleza ajena no los encuentre nunca solos. Alguna vez me pregunté qué harían de noche. Pero hoy lo sé. Miran *Gigante*, igual que nosotros dos. Ella por Elizabeth Taylor; él por James Dean. Un día te rompen el corazón, te buscás un amigo, alguien con quien no puedas coger, y mirás películas hasta que te morís.

Los dos hicieron silencio, aprobando patéticamente el discurso. Borgovo remató:

—Además, entre Belinda y Natacha nunca pasó nada.

Y los asesinatos pasionales son por algo que ocurrió carnalmente.

—¿Y Aparicio? —lo ignoró Francisco—. ¿No podría haber encontrado algún atajo para matar a Natacha y regresar para amanecer con su otra joven conquista en cuanto le dieran la noticia?

—A no ser que atravesase las montañas por el medio —imaginó Borgovo.

—¿Y el lancharo? —acumuló Francisco—. ¿Por qué mandó un mensaje por celular y no habló directamente? ¿No será realmente sordomudo?

—Tal vez no hay señal desde el lago para hablar, pero sí para mandar mensajes —se entretuvo Borgovo—. Es muy probable que tengas razón, que sea sordomudo.

—Los sordomudos también pueden matar —dijo Francisco.

—Suena tanto al título de una novela policial que no puede ser verdad.

Por aquel día, el paseo y la recopilación habían terminado. Pero a Borgovo le costó almorzar, y luego no pudo dormir la siesta, hábito adquirido en la clínica. Esa tarde, inquieto del estómago y mal dormido, protestó ante Francisco:

—Nuestras pesquisas virtuales me están desarreglando. Ni descubro la verdad ni me calmo.

—Paciencia —recomendó Francisco—. No tenemos la pretensión de descubrir la verdad. Sólo de que, en su búsqueda, logres superar los tres desafíos Shaolín.

VI

Un par de mañanas más tarde, Borgovo leyó el diario durante el desayuno y una noticia, en la sección Espectáculos, le enfrió el café.

Aparicio se presentaba en la Capital Federal, después de su gira por el Sur argentino, en un teatro «alternativo». La nota, sin hacer referencia directa al escándalo de la modelo muerta diez años atrás, dejaba entender que sería la primera presentación del actor en Capital luego de aquel evento luctuoso. Respecto de Natacha y Las Nieves, ni una palabra. Los diarios no relacionaban a Aparicio con Natacha. Las pocas crónicas policiales sobre el caso mencionaban exclusivamente a Borgovo. Aparicio volvía, y Borgovo estaba encerrado.

Se escapó de su paseo matutino con Francisco escondiéndose en la biblioteca, y luego evadió también natación. Recién por la noche, después de cenar, abordó a su amigo y le dijo:

—Wang Chang Kein está listo.

Francisco lo miró con desconfianza.

—Eso lo dice el maestro —le contestó—, no el Pequeño Saltamontes.

—Pero estoy listo —insistió Borgovo.

—Seguime —indicó Francisco.

Borgovo obedeció. Atravesaron un pasillo desierto y fueron a dar a la enfermería. Francisco abrió el consultorio con una llave propia.

—¿Pero vos te hacés pasar por loco y sos uno de los doctores? —preguntó, realmente confundido, Borgovo—. ¿Es una estrategia que usan conmigo?

—Quince años en un mismo lugar, con recursos económicos ilimitados. Los médicos confían en mí. Y no sólo en que no haré nada pernicioso. Les he permitido privacidad a médicos con enfermeras. Los he recomendado a contactos en el mundo exterior. A cambio, me han permitido unos pocos privilegios.

Francisco prendió la luz, buscó un estetoscopio y le hizo el gesto a Borgovo de que se abriera la camisa.

Borgovo obedeció nuevamente, pero no sin preguntar:

—Conmigo... ¿trabajás para los médicos, los ayudás a curarme?

Francisco dio un paso atrás y, con una sequedad hasta entonces inesperada, respondió:

—Esa insinuación podría costarte mi amistad, si yo fuera capaz todavía de ofenderme. Te ruego no la repitas; no por mí, sino por el cargo de conciencia que podría ocasionarte. Por motivos que no logro explicarme, sos mi único amigo en quince años; quizás influye el hecho de que tengas la edad de mi hijo. Si te vas de acá creyendo que me ofendiste, te puede hacer mal. Mientras estés acá, no hay mayor problema: porque yo te puedo aclarar mirándote a los ojos que jamás en mi vida te haría víctima de semejante patraña, y que tampoco me ofendo porque lo hayas pensado.

Acto seguido, puso el estetoscopio en el lado izquierdo del pecho de Borgovo y sin pausa pronunció:

—Natacha.

Borgovo permaneció inmutable.

Francisco retiró el estetoscopio del pecho de Borgovo, se lo sacó de los oídos y observó admirativamente a su amigo:

—El ritmo se mantuvo inalterable.

Borgovo reprimió una sonrisa.

—Al espejo —dijo Francisco.

En el baño del consultorio había un espejo, Francisco abrió la puerta; Borgovo prendió la luz y en la claridad artificial aparecieron su rostro y su cabello completamente cano en un espejo reluciente. Borgovo no quitó la vista, pero el rostro se contrajo como el de un vampiro bajo la luz del día.

—Es porque mi cara... —trató de explicar Borgovo, sin dejar de mirarse, demostrándole a Francisco que era capaz.

Francisco le indicó silencio con un gesto de la mano, y preguntó:

—¿Qué tenés ganas de hacer afuera?

Borgovo se había preparado:

—Tirarme en la cama a hacer zapping frente al televisor.

—Astuto, Pequeño Saltamontes —lo reprendió Francisco—. Acá podés ver las películas que elegís, pero no hacer zapping. Te entrenaste toda la tarde para no temblar cuando te mencionara a Natacha. E hiciste gimnasia para mirarte en el espejo.

—Cumplí las tres pruebas —se jactó Borgovo.

—Pero falta el espíritu del Shaolín. Eso no está en la serie, pero es indispensable para nuestra remake. La idea era que un día descubrieras casualmente que el nombre Natacha ya no te producía una perturbación insoportable; que una mañana cualquiera, sin acordarte de tu fobia, usaras un espejo para afeitarte. Y que otra semana, al pasar, dijeras cuánto te gustaría salir a comer algo a tal lado. Pero, en cambio, te preparaste durante una tarde para demostrarme que conseguiste las tres cosas juntas. No me convence.

—El maestro ciego no cambia las reglas porque le hayan sacado la piedra de la mano —apuntó Borgovo.

—Las reglas no cambian —insistió Francisco—. Pero falta el espíritu.

—¿Qué posibilidad hay de que no quieras que me vaya porque soy tu único amigo en este sitio?

—Cero —contestó sin dudar Francisco—. No sos mi único amigo en este sitio. Sos mi único amigo en el mundo.

Y no veo la hora de que te vayas, con viento fresco, y sentir que hice algo bien en esta parodia de vida que me quedó. Pero precisamente por eso te digo que no estás preparado.

VII

No salió el domingo porque los doctores consideraban que era un día funesto para los recuperados. Pero al lunes siguiente de aquella conversación en la enfermería con Francisco, Leónidas Ligieti pasó a buscar a Borgovo. El escritor se reincorporó a la vida extramuros.

Ligieti lo dejó en su departamento, como al regreso de Las Nieves. Pero Borgovo se dijo que esta vez no cometería el mismo error, y no se miró al espejo. Si la palabra Natacha acudía a su mente, la apartaba gritando alguna palabra absurda.

Esa noche de lunes no pudo dormir. Se dijo que era el cambio de cama de la clínica a la suya, una suerte de *jet lag* del vuelo entre la locura y la realidad. Abandonó la cama y comenzó a hacer abdominales y flexiones, a las tres de la mañana. Terminó cerca de las cuatro y se bañó. Salió de la ducha sin mirarse en el espejo y se dijo que mejor no secarse entre los dedos del pie, para que lo eximieran de natación. Recién a las seis de la mañana, al clarear el día, todavía insomne, recordó que no le hacía falta ya la micosis. Quiso imprimirle dinamismo a esa nueva jornada y se sentó a la computadora, a chequear mails, leer los diarios. El pasado había quedado atrás. Olvidaría a fuerza de acción y novedades. Pero no tenía wi-fi; durante su ausencia no había pagado las facturas correspondientes.

«No importa», se dijo. Bajó al bar de la esquina, pidió un café y el diario. Le costaba tomar el café, estaba muy caliente. Pero cuando se acordó de beberlo, estaba frío. La sección Espectáculos, aunque no reparó en el aviso específico, le recordó que ese mismo martes, a las 21, en el teatro El Pacífico, por Palermo, presentaba Aparicio su versión «gauchesca» de *Hamlet*. Aparentemente, en esa adaptación Hamlet tomaba mate.

¿Por qué no ir a verlo? Entendería mejor qué había pasado, quién era el hombre que le había robado su única oportunidad. Pero... ¿y el olvido? Bueno, para olvidar había tiempo, igual que para morir. Además, si se animaba a ir al teatro era porque estaba listo. La gimnasia lo había fortalecido. «Haré gimnasia todos los días», se prometió. Ese mismo martes, sin haber dormido un minuto, se puso un par de zapatillas, su único pantalón bermudas y salió a correr. La gente lo miraba raro, pero se dijo que no debía hacer caso. Por la tarde, después de comer una empanada vieja del freezer, se sorprendió de que aún no llegara el sueño. «Quizás tardo una semana en recuperar mi ritmo habitual». Se bañó y se vistió sobriamente para asistir al «estreno alternativo».

¿Qué carajo era un «estreno alternativo», una «sala alternativa», una «obra alternativa»? Era el eufemismo de fracaso. Se llamaba «alternativo» cuando iban a verlo pocas personas.

Todas sus novelas eran alternativas, por dar un caso. Un alternativo asistía al estreno de otro.

Pero cuando finalmente llegó a la sala y ocupó su butaca, la idea de haber asistido

no le resultó atinada. Era muy poca gente, excesiva intimidad. La luz era mala, pero alcanzaba para iluminar la saliva que salía de la boca de Aparicio cuando hablaba. El texto era una mezcla del *Martín Fierro* y de *Hamlet*.

Aparicio tenía bolsas debajo de los ojos, entradas en el cabello, caminaba pesadamente y sus gestos parecían grabados, reproducidos y repetidos. Lo habían maquillado como a un viejo bufón de corte. Zapateaba fuerte sobre las viejas maderas de la sala «underground» y gritaba como si cada una de las estupideces que decía fueran sentencias inolvidables.

«¿Por ese me dejaste, Natacha?», se preguntó Borgovo. «¿Tan importante era probar otro cuerpo, sabiendo que me perdías para siempre?». «¿Era mejor amante que yo?». «¿Pero cómo podías saberlo antes de entregarte a él?». «¿Te drogó, como hizo con la otra? ¿Te engañó ofreciéndote fama y dinero?». «¿Por qué, por qué, por qué?». Borgovo se enjugó las lágrimas con el programa de la sala, donde decían que Aparicio «interpretaba un Hamlet contemporáneo, pero con fuerte arraigo en la tradición campestre argentina». Arrojó al piso el programa húmedo y hecho un bollo.

Entonces Aparicio dijo «Ser o no ser...». Borgovo trepó de un salto al escenario. ¿Por qué lo miraban así las personas de las butacas?, se preguntaba Borgovo, mientras apretaba el cuello de Aparicio con ambas manos. Veía las caras desencajadas de los espectadores, y escuchaba los gritos de Rosencrantz y Guildenstern. «Algo malo está pasando», se decía, observando con extrañeza el rostro bordó y los ojos salidos para afuera de Aparicio.

Cuando despertó, en la cama de su habitación de la clínica de día, Francisco Molina lo observaba desde una silla, con un anotador y una birome.

—Reparemos en la dimensión religiosa —dijo el petrolero.

Borgovo parpadeó y se palpó la parte trasera del cráneo, que le dolía como si le estuvieran tirando del pelo. Tenía un chichón incluso superior al que se había provocado a sí mismo en la frente. Le habían pegado. Seguramente con el florero que ahora recordaba haber visto en la mesa de Hamlet. No recordaba, o no sabía, si el agresor había sido Rosencrantz o Guildenstern. Un jarrón de vidrio con flores artificiales, sin agua; según el programa, quería decir algo en la obra: «La escenografía es en sí misma elocuente».

—El aspecto religioso de Las Nieves —repitió Francisco—. Me hablaste y escribiste mucho al respecto. Pero nunca lo incluimos como hipótesis del homicidio. Esa secta extraña, los Pacientes o como se llamen...

—Los Nordem —aportó Borgovo, medio en sueños.

—Llamalo X —cotejó Francisco—. Te dejaron un libro prohibido al alcance de la mano... Alguien lo hizo. O fue una mera casualidad, pero disparó algo. ¿No puede haber sido un asesinato ritual, algún tipo de locura de ese estilo?

Borgovo trató de negar con la cabeza, pero sólo intentar el movimiento le resultó

un torbellino de vidrio molido, como si agitara el relleno de un calidoscopio. Más por no pensar que convencido, respondió:

—Lo descarto. Pasó hace muchos años. Una generación atrás.

Trataban de olvidar. Y ella tal vez ni siquiera sabía de esa historia...

—Pero si fue víctima de un sacrificio... Las víctimas no necesitan saber por qué las matan.

—Anotalo y déjalo para cuando nos quedemos sin teorías —se resignó por fin Borgovo.

—Y ahora vamos al plato principal —propuso Francisco—, Lisandro Aparicio.

Borgovo se puso todo rojo e intentó abalanzarse sobre Francisco. Pero el chichón en la cabeza lo tiró para atrás como un sube y baja.

—Lisandro Aparicio —asestó Francisco, aprovechando la impotencia de su amigo—. Tendremos que repetirlo una y otra vez, hasta que puedas escucharlo. Porque es un elemento central, y no vas a poder salir de acá hasta que no seas capaz de haber iniciado una investigación precisa, que lo incluya, en sus múltiples facetas al respecto: autor del crimen, cómplice, cómplice necesario, testigo, o proveedor de información. No lo podemos desperdiciar... Debemos saber todo de él y de Natacha...

El rostro de Borgovo parecía un tomate. Pero Francisco siguió adelante.

—No nos podemos dar el lujo de silenciarlos. Ya bastante callada está Natacha. Pero hay que hacer hablar a lo que quedó de ella.

—Vos me dijiste que bastaba con cumplir las tres pruebas —se rebeló Borgovo.

—Te aclaré que faltaba el espíritu —recapituló Francisco.

—Pero eso es desleal. Porque el «espíritu» no se puede comprobar. Siempre me podrías decir que no alcancé el «espíritu» deseado. Las pruebas, en cambio, son evaluables.

—Yo soy el maestro ciego —dijo Francisco—. Pero eso puedo verlo. Las pruebas siguen siendo válidas; cuando estés listo, te abriré las puertas del hospicio para que te marches.

VIII

La voz era la de una señora de unos cincuenta años, pero su emisor era un hombre que había pasado hacía rato los sesenta.

—¿De dónde me estás llamando? —preguntó.

—Desde mi casa —mintió Borgovo.

—¿Te fuiste a vivir a la Clínica Mayo? —preguntó en tono jocoso su interlocutor.

—¿Cómo sabés que estoy en la Clínica Mayo? —reconoció, avergonzado, Borgovo.

—Porque aparece el número en el identificador de llamadas de mi teléfono. Y en mi casi medio siglo de periodista de espectáculos he llegado a memorizar cada uno de los números relacionados con los famosos; por ejemplo, dónde se internan para desintoxicarse. Pero... ¿vos qué hacés ahí? ¿No sos escritor? ¿Estás haciendo una nota? ¿Mataron a alguien?

—Sí, mataron a alguien —dijo con tristeza Borgovo, luego de un silencio estupefacto.

Luego de especular, con Francisco, acerca de que Aparicio estuviera enfermo de sida, había llamado a la casa de Mario Vique, jefe de redacción treinta años atrás en *La Lengua Loca*. Si Natacha era portadora del virus, pero no Ezequiel, ni el propio Borgovo, entonces cabía la posibilidad de que lo hubiera contraído inmediatamente después de su último encuentro sexual con Borgovo. Se lo había contagiado Aparicio. Borgovo había atravesado esas deducciones entre imágenes pantagruélicas.

—¿Te casaste? —preguntó Borgovo a Vique.

—¿Yo casarme? Antes me cambio de sexo.

—Pero como ahora existe el matrimonio entre hombres... —dijo sinceramente Borgovo.

—¡Pero yo soy un puto de los de antes! —se ofendió Vique—. A mí dejame en el closet. El casamiento es para los chicos jóvenes, que quieren dignidad. A mí me gusta que me sometan. ¿Qué tenés que hacer esta noche?

—Quedarme en el loquero. De verdad estoy acá por tratamiento.

—¿Cómo? —se alarmó Vique—. Hace quince años que no te veo, pero igual te quiero. Me tenés que avisar si necesitás algo. ¿Qué te pasó?

—Se me salió un tornillo. Se me escapó un patito. Nada grave.

—¿Te acordás cuando te corregía las notas? Ya te veía pasta... ¿eh? Me compré todos tus libros.

—Con razón no encontraba ninguno.

—¿Qué necesitás?

—Loco y todo, preciso información.

—Decime.

—Aparicio... ¿es de tu gremio?

—¿Si es gay?... No que yo sepa. Alguna vez, antes de que se casara, escuché

algo... Pero suele ser una coartada de los mujeriegos que no se casan. La reserva excesiva a veces es peor que dejar ver un poco. Ese único rumor no lo pude confirmar; antes y después, sólo mujeres. Muchas mujeres. Y si yo no lo pude confirmar, apostaría que no.

—¿Pero podría tener sida?

—Claro que puede tener sida. ¿Por qué no? Ahora los gays se pueden casar, pero los hétero pueden tener sida desde hace muchos años. Y casi seguro lo tiene.

—¿Por qué lo decís?

—La chica, la que murió en la cama de hotel que habían compartido, se pinchaba.

—No entiendo.

—Se jeringueaba. Se drogaba con jeringas, heroína. Y clavarte una aguja en los noventa equivalía a sida. Se lo contagió ella. Noventa por ciento.

—Gracias, Mario.

—¿Precisás algo más?

—No. Ya me diste mucho.

Antes de que Borgovo cortara, Vique comentó:

—Leí en el diario lo de la chica...

—Ah... —se sorprendió Borgovo.

—No me di cuenta cuando te pregunté si habían matado a alguien. Ahora lo pensé. Lo que te quiero decir es que estoy con vos. Si necesitás algo, lo que sea, no dudes en avisarme.

—Gracias, Mario —repitió Borgovo.

Francisco había pedido el teléfono prestado para Borgovo, y se lo concedieron sin más trámite. En la clínica no les permitían usar celular. Pasaron el resto de la tarde dándole vueltas a la nueva información. No los conducía a nada.

—El hijo de puta la contagió —musitó Borgovo.

—No sabemos qué pasó —relativizó Francisco.

—Sí, esto sí lo sabemos. No hay otra opción. Pero no resuelve quién la ahorcó. Incluso si fue él, esto no nos aporta nada. Sólo confirma que es un hijo de puta.

—Tal vez tengas que hablar con él. Y ese odio no te va a servir.

—¿Por qué tendría que hablar con él?

—Ya te lo expliqué. Puede saber. Puede saber mucho.

—No estoy preparado.

Francisco asintió.

Siguió un mes de exhaustivos simulacros de rastreo de pistas. Elegían un personaje, Coki, y exprimían las posibilidades de que fuera el asesino hasta el absurdo. Recurrían a Internet y a quien pudieran llamar por teléfono. Lo dejaban y pasaban a Belinda. Luego a Ezequiel. Sumaron, por sugerencia de Borgovo, al oficial Comingues. Y por sugerencia de Francisco, aunque Borgovo se negó durante todo un día, al intendente Careles.

Alternaban métodos. Por momentos, ambos perseguían el rastro de un sospechoso

como dos sabuesos a los que hubieran permitido olfatear una prenda. Más tarde, en el mismo recorrido, Francisco asumía el rol de sospechoso y Borgovo el de interrogador. Luego intercambiaban.

El simulacro más difícil para Borgovo fue cuando Francisco impostó a Aparicio. Para colmo, lo había visto alguna vez por televisión, por lo que era capaz de imitarle algún ademán o una inflexión de la voz.

—¡No hace falta esto! —perdió la compostura Borgovo—. De él ya sabemos todo lo que necesitamos.

—No es sólo información —lo retuvo Francisco—. Tenés que prepararte para hablarle. Sin ahorcarlo; incluso sin insultarlo. Si no sos capaz de hablarle no vas a poder salir de acá.

Aunque no llegaron a ninguna conclusión contundente, al menos aquellas escaramuzas de celadas sirvieron para distraerse. Construyeron maquetas, dibujaron esquemas, recurrieron a fotos de revistas viejas; Borgovo describió minuciosamente el cuerpo de Natacha, sus piernas interminables, su vientre liso y combado, las nalgas inverosímiles, los pechos que le hicieron creer que podía vivir. Y luego el cuello, que no había visto roto, arrastrado hasta la muerte por una sogas gruesa.

—¿Qué tipo de sogas? —cortó el clima Francisco.

Buscaron en Internet todos los tipos de sogas que pudieran corresponder al adjetivo de «gruesas». Marineras, industriales, camperas, de escaladores, deportivas, del teatro, del cine, de la industria automovilística, de la aviación, de la construcción, sogas militares y del Ejército de Salvación. Sogas importadas y nacionales. Asesinatos con sogas.

—Tenés una basurita en la mejilla —dijo Francisco.

Borgovo se miró en el vidrio del escritorio y se la sacó.

En esos juegos de mesa de detectives se les pasó un mes.

Y esta vez fue Francisco el que se le acercó a Borgovo, después del desayuno, con un diario abierto en la sección Policiales.

En un apartado de un cuarto de página se hablaba de una segunda muerte por ahorcamiento en el tristemente apenas célebre pueblo de Las Nieves. En otro diario lo mentaban como localidad. Se trataba de un suicidio: Belinda Sterfegsen, la bibliotecaria de Las Nieves, había amanecido colgada del techo, con una sogas alrededor del cuello, en la biblioteca, junto a una carta suicida, manuscrita de puño y letra.

—Quiero ir a Las Nieves —dijo, por toda reacción, Borgovo.

Francisco alzó la vista y lo miró con solemnidad.

—¿Puedo ir a Las Nieves? —preguntó Borgovo, como un niño.

—Recientemente —dijo Francisco— escuchaste hablar de Natacha, e incluso hablaste de ella. Y no puedo decir que te hayas alterado. Me pareció imprudente comprobarlo con el estetoscopio. Hace unos días, imperceptiblemente, mientras hablábamos, te miraste en el vidrio que protege mi escritorio y te sacaste una basurita

de la mejilla. Ahora querés salir. Por primera vez te escucho realmente entusiasmado por salir. No sé si superaste las tres pruebas, pero ese es el espíritu.

IX

El día de la despedida transcurrió como uno más. El primer diálogo, posterior al desayuno, fue a partir de una hipótesis del petrolero.

—No se me había ocurrido que tal vez Natacha pudiera haberse suicidado, y luego alguien arrojó el cadáver al río.

Por más que Borgovo ya no temblaba de pasión y furia cada vez que escuchaba el nombre de la joven, hablar de su cadáver se le representaba como manipularlo, incluso abusar de ese cuerpo sin vida. Pero no había alternativa.

—¿Y por qué no? —preguntó.

—Porque el suicidio de la bibliotecaria, ahorcada con una soga, elimina la posibilidad de un suicidio igual muy poco tiempo antes.

—¿Por qué no? —repitió Borgovo, y arriesgó, sin apostar un centavo—. Primero se mata la joven, y luego la anciana enamorada, que no puede olvidarla, la imita y la sigue al Más Allá.

—No —decretó Francisco—. A Natacha la asesinaron.

Y ese asesinato pone en duda si lo de Belinda fue suicidio.

Que la soga se repita me hace dudar de que Belinda se haya suicidado, no de que a Natacha la hayan asesinado.

—Pero todos estos días me dijiste que debíamos desplegar cualquier hipótesis posible —le recordó Borgovo.

—Eso era porque no sabíamos cuándo te ibas, y el tiempo parecía infinito. Pero hoy te marchás.

Borgovo lo miró con melancolía. El director de la clínica, el doctor Neftalí, lo aguardaba en su despacho, para acompañarlo a la puerta de salida, por segunda y esperaban que última vez. En esta ocasión no pasaba a buscarlo Ligieti. Lo consideraban curado y sin necesidad de acompañantes.

Neftalí acompañó a los dos amigos hasta la puerta de salida, separada del patio por un largo pasillo, y, en un homenaje exclusivo, los dejó solos. Bastaba con bajar el picaporte.

Borgovo dedicó una mirada de adiós a Francisco y le pidió:

—Un último consejo, antes de partir.

—No trates de vivir —le respondió el petrolero.

Borgovo asintió.

Francisco tenía una mano abierta, con la palma hacia arriba, en dirección a su amigo. Borgovo creyó que debía estrechársela. Pero en cuanto llevó su mano descubrió que en la palma abierta había una piedra negra, redonda. Borgovo la retiró antes de que Francisco pudiera cerrarla.

Borgovo mantuvo una breve reunión con su editor, Vladimir Parasimof, para arreglar los detalles de su regreso a Las Nieves. Ya no podía confiar en que las fuerzas vivas de la cultura de la localidad lo mantuvieran por canje. Parasimof se

hacía servir ingentes cantidades de café que, por la hiperquinesia resultante, Borgovo creía mezcladas con vodka. Con su fuerte acento ruso, le escupió:

—Con el dinero que llevo gastado en este proyecto, usted debería firmar el contrato con sangre. O yo. Es mi sangre, mi dinero.

Borgovo firmó el contrato, que incluía la estadía y los viáticos en Las Nieves, con una birome, y dijo:

—Usted a lo que apuesta es a que me vaya bien con este libro, y recuperar los adelantos que me dio por los dos libros anteriores.

—Mi última gran apuesta fue por la Unión Soviética —comentó Parasimof—. Después de eso, me dediqué a editor. ¿Cuál le parece que puede ser mi próximo empleo luego de apostar por usted?

—¿Sepulturero? —especuló Borgovo—. Y hablando del tema ¿Qué hizo con mi último libro? No lo vi en ningún lado. Excepto en las manos de los habitantes de Las Nieves.

—Los escritores nunca ven sus propios libros. Es su traje del emperador.

Parasimof se puso de pie y se llevó la taza de café a otro lado.

TERCERA PARTE

EL REGRESO

I

El viaje a Las Nieves, por supuesto en micro, fue sorprendentemente plácido. Ni siquiera recordaba sus sueños: durmió como una criatura. Pero al abrir los ojos, en el medio del paisaje blanco, se le llenaron de lágrimas. Ese era el lugar donde pudo una vez ser feliz, y ahora ya no había sitio en la Tierra para volver a intentarlo. Sólo la posibilidad de la felicidad podía eliminarse a sí misma para siempre. Se podía pasar la vida sin conocer la felicidad. Pero la tortura era el atisbo de la felicidad, la seguridad de su cercanía, y la pérdida completa de esa muestra gratis. De eso nadie se reponía en este mundo.

En el hotel lo recibió el dueño, que hacía las veces de conserje. La habitación ya estaba reservada y pagada por quince días; sólo debía firmar. El dueño no se ocupó de ocultar, en su expresión, que le disgustaba el regreso de aquel huésped. La habitación era la misma.

Borgovo se extendió en la cama, se miró en el espejo desde allí, con temor de que el dolor rompiera el espejo o su rostro.

Recordó la aparición repentina de Natacha, vestida de mucama. Ya no volvería; no había disfraz para escapar de la muerte. Ningún recluso abandonaba la celda eterna. Ni se podía sobornar a los guardias ni apelar. Se quedó dormido.

Como si fuera una repetición planificada de su primera visita, lo despertó el sonido del teléfono. Escuchó la voz del intendente, preguntándole si podía bajar. Borgovo le pidió amablemente que lo aguardara unos minutos a que se adecentara. Se lavó los dientes y la cara y bajó.

El intendente lo aguardaba con severidad. Tomaron asiento en un rincón del hall, desde donde nadie podía escucharlos, junto a un velador de luz mortecina.

—¿Sabe por qué vino? —preguntó, en una formulación extraña, el intendente.

Borgovo improvisó:

—Supongo que a saber la verdad.

No quería explicarle que debía escribir un libro.

El intendente asintió como si ya supiera la respuesta.

—Me lo imaginaba. Haga lo posible por no molestar. No podemos impedir su visita. Pero la Concejalía podría declararlo persona non grata. Tácitamente, usted ya lo es. Lo pondremos en letras de molde si usted lo hace necesario.

Borgovo lo miró impasible.

Por fin habló:

—¿De qué me culpa?

—Ya le expliqué todo —dijo el intendente—. No hay tantas opciones de vida. Está el pueblo y está el sitio detrás de las montañas...

Por primera vez el intendente se extralimitó:

—No entiendo qué carajo quiso inventar...

Se levantó y se marchó.

«Vine porque la extrañaba», pensó Borgovo, «vine para despedirme de ella como un hombre entero, aunque tenga todo el pelo blanco».

II

El camino hasta la comisaría, no más que unas pocas cuadras, se le hizo denso como un laberinto kilométrico, porque la gente lo miraba mal. Las vecinas intercambiaban señales a su paso, con las cejas arqueadas; los hombres apagaban sus cigarrillos; las madres tomaban por el hombro a sus hijos, como aquella que había corrido la cortina de la ventanilla del micro cuando intentó marcharse de Las Nieves en el lechero, un siglo atrás. Por la población nórdica y la nieve, pensó cuán coherente era ser el enemigo del pueblo.

Pero el comisario Cátaro lo atendió con una simpatía inesperada.

—¿Qué va a hacer? ¿Escribir un libro sobre el tema? —dijo en el blanco.

—Por lo pronto —evadió Borgovo—, intentar entender qué pasó.

—Por qué la chica lo dejó, eso no lo va a saber nunca. Pero sígame, porque tal vez a usted también le importe saber por qué la mataron. O quién.

Subieron al coche del comisario y Cátaro condujo hasta el hospital. El olor del auto policial fue un golpe de melancolía para Borgovo. Era como regresar a un sitio de la infancia; a esos lugares donde se han pasado los veranos cuando todavía el mundo es un problema ajeno.

Cátaro intercambió un par de palabras con el forense y llevó a Borgovo a una sala refrigerada. Sobre una camilla yacía el cuerpo sin vida de Belinda. Su cadáver resultaba redundante, nunca había estado demasiado viva, al menos desde que Borgovo la conocía. El comisario señaló el cuello. Una serie de marcas aparecían grabadas en su piel amarillenta, ahora parecida al pergamino.

El collar mortal de Belinda había sido una trenza de hilo sisal, bordada con lana, una guarda, que alguna vez le habían regalado las tejedoras del pueblo. El comisario lo retiró del sobre de las evidencias, se lo mostró a Borgovo y lo regresó a su sitio.

Borgovo comprendió el dibujo de la horca en la piel de la anciana muerta. Generalmente no era capaz de distinguir la marca de una huella de bicicleta de la de un auto.

—¿Y qué motivos hay para creer que se suicidó y no que la mataron igual que a Natacha?

Cátaro recurrió nuevamente al sobre de las evidencias y retiró un estuche de nylon. Se calzó unos guantes de goma y recuperó una hoja de carpeta doblada en cuatro dentro del estuche de nylon.

La desdobló y leyó como si recitara:

«La belleza aparece y nos da vida
Y nos mata cuando se va».

El verso era de puño y letra de Belinda. Su parca versión de «Naranja en flor».

Había aparecido junto al escritorio volcado, como si se hubiera deslizado, al que se había subido Belinda, para ahorcarse, en la biblioteca.

Cátaro había recitado meritoriamente. Aquellas gentes tenían algún tipo de vinculación ancestral con el teatro, la impostación y la tragedia. Solía separarse la tragedia de la impostación, esta última más ligada a la comedia. Sin embargo, sabía Borgovo que los pretenciosos y los estúpidos eran tan capaces de arruinar el mundo como los apasionados y los auténticos, lo que fuera que esto último significara. Las tragedias no se repetían como farsas, tal como había sugerido alguna vez Marx, tan profusamente citado: era al revés, las farsas devenían tragedias.

—¿Por qué habría Belinda de matar a Natacha y luego ahorcarse? —insistió Borgovo.

El comisario se rascó el mentón y encendió un cigarrillo. En la pared izquierda un cartel advertía «prohibido fumar». Pero ni a Belinda ni a Borgovo parecía molestarles.

—La pregunta es por qué no la mató usted —dijo el comisario—. La chica lo seduce, le hace creer que usted es el hombre de su vida, lo estaca al pueblo, y al día siguiente lo abandona por un hombre incluso mayor que usted, luego de burlarse, de demostrarle que usted es un inservible, un pelele. ¿Por qué no la mata?

—Porque el único derecho de un hombre es marcharse —respondió Borgovo—. Esa es mi idea de la virilidad.

—No le creo —desafió el comisario—. Creo que eso es lo único que usted es capaz de hacer, y entonces ajusta u ética a sus posibilidades. Pero a usted le gustaría ser capaz de pegar, de dar miedo, de engañar. Sabe perfectamente que m fuera capaz de ser malvado Natacha no lo hubiera dejado de ese modo. Tal vez lo hubiera dejado, finalmente, pero no de ese modo patético.

Borgovo sintió que aquellas palabras le infectaban instantáneamente el alma.

—Belinda no lo pudo sufrir —siguió Cátaro—. Para el hombre manso, la mujer siempre tiene derecho a marcharse; incluso después de haberle dado algo y haberle prometido todo. Belinda no era la abuelita, era un predador. Encontramos en su gaveta cientos de poemas dedicados a una joven, evidentemente Natacha. Para gente como Belinda, masculina a su modo, el solo hecho de amar a alguien implica obligaciones para el amado, no para ellos. Ellos ya están cumpliendo: aman. El amado debe responder.

—Es cierto —se resignó Borgovo—. ¿Qué es una mujer como Natacha para un hombre como yo? Un milagro. Una aparición en el medio del desierto. En los términos que para ustedes son tan conocidos: es maná. Pero para un hombre como Aparicio, tal como Natacha me lo contó, es él quien se resigna a aceptar a «una jovencita inexperta». Se toma el trabajo de enseñarle a vivir. Ella se siente agradecida.

—Por eso ella se fue con él —cerró la explicación Cátaro.

—Aunque él sea un mediocre, fracasado y más viejo que yo —apuntó Borgovo.

—Por eso también —aseveró Cátaro—. Pero... ¿se hubiera ido con él de no haber existido usted?

Ninguno de los dos pudo responder a esa pregunta.

—De todos modos —siguió Cátaro—. Belinda no se permitió el lujo de perderla, aun sin haberla tenido nunca. Ni siquiera quiso reconocer que la había asesinado; ser considerada culpable habría sido un modo de revelar un alma humillada. Por eso la mató echándole la culpa a usted. Tomó unos centilitros cúbicos de sangre de Natacha, los sacó de aquí mismo, del banco de sangre, los esparció en su cabaña. Dispéñeme de explicarle las viejas costumbres por las que la sangre donada tiene nombre en este pueblo. Mi teoría es que Belinda, la noche en que Natacha lo abandonó a usted, la siguió hasta su cabaña. Esperó a ver qué pasaba. Espiando. En cuanto Natacha abrió la puerta para salir, la ahorcó hasta desmayarla. Usted estaba en su dormitorio, ya se había dado con la botella en la cabeza. Luego se la llevó, no sabemos a dónde, posiblemente al bosque; después de todo, era una mezcla del lobo y la abuelita. Un par de horas antes de las ocho de la mañana, la ahorcó hasta matarla. Luego se sumergió con ella en el agua y la aferró de algún modo al fondo de la lancha. La lancha lo llevó a usted de la cabaña a la costa; cuando regresó, el cadáver emergió.

Borgovo meditó antes de preguntar:

—¿Usted me está diciendo que yo viajé de mi cabaña a la costa con el cadáver de Natacha adosado al reverso de la lancha?

Borgovo recordó, como si la imagen apareciera en un holograma, aquel trayecto fantasma en la limousine fúnebre, con el fotógrafo, rumbo al reportaje chismográfico. Era el barquero de los cadáveres. Llevaba los amores muertos, adentro y afuera.

Regresó bruscamente al presente, esa cosa intrascendente:

—Pero... ¿Belinda, de setenta y pico de años, se metió al agua, con el frío glaciario? Cargó el cadáver... Ni yo puedo cargar más de una cuadra un cuerpo... me faltaría el aire.

—Belinda era una mujer dura, erguida. El traje de buzo también estaba escondido en su casa. Benicio nos ayudó a encontrarlo. Nos contó de las veces que Belinda y Natacha habían hablado. Natacha la visitaba en la biblioteca. Muchas más veces de las que sabíamos, siempre antes de cerrar.

—¿Y de qué hablaban? —preguntó repentinamente Borgovo, casi celoso.

—De teatro. La chica le elogiaba a Belinda su erudición, su sabiduría. Incluso le halagaba su masculinidad.

—Eso nunca me lo halagó a mí —dijo, sintiéndose un niño, Borgovo.

El comisario, piadosamente, no emitió comentarios. Pero Borgovo agregó para sí mismo: «Seguro también se la halagó a Aparicio».

—¿En qué porcentaje cree su propia teoría? —consultó Borgovo.

El comisario apagó el cigarrillo antes de responder:

—¿Cincuenta por ciento?

Buscó dónde dejar la colilla, se sacó los guantes, los hizo un bollo junto con la

colilla y abandonó el paquete junto al cuerpo de Belinda.

—Ninguno de los dos sospechosos, ni usted ni Ezequiel, es el culpable. Yo le voy a dar al fiscal, y al juez, si es preciso, mi hipótesis de Belinda. Porque si no encontramos al culpable, me interesa que no metan presos a los inocentes.

Cátaro soltó este párrafo sin remarcarlo, con una falta de intención que lo hacía parecer honesto.

—Pero... —lo detuvo Borgovo antes de abandonar la sala y cerrar la puerta que los separaba de la muerta— ¿Por qué se mató? Ya había hecho el trabajo sucio, todo marchaba de acuerdo a sus planes... ¿Por qué se suicidó?

—Se habrá dado cuenta de que no alcanzaba con matarla. Le dije que me leí todas las historias criminales de los últimos veinte años. Los asesinos pasionales tienen la ilusión de que basta con asesinar al ser amado para que desaparezca. Pero es una ilusión.

III

La redacción de *El Heraldo de Las Nieves* se parecía tanto a las de las primeras publicaciones en las que había trabajado que, por un momento, temió que apareciera un jefe y le encargara una nota. Ya no se escuchaba el traqueteo de las máquinas de escribir, como cuando Borgovo era joven. Pero las PC antediluvianas con las que escribían los tres redactores no estaban tan lejos de aquellas Remington. La recepcionista, en su escritorio de madera, le dijo a Borgovo que aguardara a que lo anunciara. Pero desde allí mismo se veía la redacción entera, y en cuanto Ezequiel lo divisó paró de escribir, sacó la vista de la pantalla, palideció y se puso de pie.

«¿Y si vuelve a tratar de ahorcarme?», se preguntó Borgovo.

La imagen ya le resultaba más cómica que ominosa. Imitando a Ezequiel, había tratado de ahorcar a Aparicio arriba del escenario. Toda la escena le parecía arrancada de un dibujito animado: Ezequiel ahorcando a Borgovo en la celda, Borgovo ahorcando a Aparicio en el escenario, y Ezequiel ahorcando nuevamente a Borgovo en la redacción.

Pero alguien había ahorcado, hasta la muerte, a Natacha. Ahí había aparecido la dimensión real, se había corporizado la caricatura. Porque en los dibujitos animados nadie moría. No moría el Coyote por más que le pasara por arriba un camión. Ni el gato Tom. Si estallaba una granada, lo peor que le pasaba al personaje era reaparecer cubierto de hollín. Ezequiel se acercó a Borgovo y le hizo el gesto mudo de que salieran de allí.

—Tenemos que hablar —le dijo Borgovo a Ezequiel, frente al paisaje blanco que se adueñaba de todo apenas se traspasaba la puerta de entrada del edificio del periódico.

El muchacho asintió.

—¿Qué estabas escribiendo? —preguntó Borgovo, para descongelar.

Pero Ezequiel respondió con un anticlímax:

—La necrológica de Belinda. Escribí unas líneas al otro día de la muerte. Pero le vamos a dedicar una doble página, con elogios a su trabajo como bibliotecaria, testimonios de sus conocidos, del intendente, de la gente del coro...

—De Benicio —apuntó Borgovo.

—Todavía está demasiado conmocionado. Me pidió un tiempo más.

—Te diría que vayamos a un bar —comenzó Borgovo—. Pero todo el mundo me mira como a un asesino. ¿A vos también?

—No. Todo el mundo cree que el asesino es usted. Pero es cierto que no vamos a estar cómodos en ningún lado. Vamos a mi casa.

La casa quedaba a diez cuadras, por la avenida Rivadavia. Las caminaron en silencio. La casa de Ezequiel estaba sobre una calle de tierra, Moisés. Vivía con la madre, pero no estaba.

—¿Y tu padre? —preguntó Borgovo.

—Se fue con otra —contó Ezequiel— cuando yo tenía diez años.

—Debe ser duro —especuló Borgovo.

Ezequiel se encogió de hombros.

«Somos dos viudos de la misma mujer», pensó Borgovo, «ya no tiene derecho a tenerme celos. Los dos debemos odiar a Aparicio».

Pero sabía que el muchacho no estaría de acuerdo. Siempre sería Borgovo el ave de rapiña. Era su destino en ese pueblo ser culpable.

—Yo fui el que dejó el libro de los Nordem en la biblioteca —dijo Ezequiel en una ráfaga.

La declaración espantó a Borgovo como si el muchacho hubiera confesado el asesinato.

—Ahora que acusan a Belinda —elaboró Ezequiel—, es bueno despejar cualquier malentendido.

—¿Para qué lo hiciste?

—Un escritor famoso nos visita. El tema de nuestros antepasados no lo conocemos más que nosotros. Nunca se escribió nada al respecto. Usted se enteraba, comenzaba a investigar, me contrataba a mí como adjunto, me conseguía trabajo en algún diario o editorial de Capital, y me iba de este pueblo muerto. Todavía sigo creyendo que si escribo ese libro me hago un *best seller*.

—¿Y por qué no lo escribiste? ¿Por qué no lo escribís?

—No quiero ser un traidor. Era usted el que se iba a enterar, y una vez que se enteró un extranjero famoso... con acceso a los medios... ya no era mi culpa. Yo sólo me beneficiaría de un hecho consumado.

—¿Por qué nadie sospecha de vos? —preguntó Borgovo sin atenuantes, y echó un vistazo a la casa. Sobre una repisa zigzagueaban varios portarretratos: Ezequiel con su madre, la madre y el padre, y cuatro fotos de Natacha, dos con Ezequiel, dos de ella sola. ¿Por qué no las había retirado?

Natacha le pareció hermosa, deseable; y sintió tantas ganas de abrazarla y besarla que, otra vez, temió que Ezequiel escuchara el estrépito de su melancolía al romper.

—El intendente me protege —dijo Ezequiel.

—También tengo que preguntarte por qué —insistió Borgovo con pesar.

—Usted se va a llevar todos los secretos de este pueblo —comentó Ezequiel. Meditó un instante y adosó:

—Pero para nada. Igual que se llevó a Natacha. Arrebata las cosas pero no las sabe usar. Es el perro del hortelano.

Para apartarlo de la furia, Borgovo insistió:

—¿Por qué el intendente habría de protegerte?

—Usted era el culpable perfecto —explicó Ezequiel—. Sólo bastaba esperar que lo condenaran. O que se enfriara el caso por años, con usted como principal sospechoso, lejos de Las Nieves. Hasta que apareció muerta Belinda. Otra culpable perfecta, por muerta. Los muertos están lejos de cualquier parte. Pero yo sé que usted

no la mató, y yo sé que Belinda no la mató.

La seguridad del muchacho asustó a Borgovo.

—Eso sigue sin responderme por qué el intendente te protege —repitió, para tranquilizarse.

Ezequiel se puso de pie. Caminó desde el living hasta su habitación. Borgovo, sin invitación, lo siguió. Aunque el muchacho ya había pasado los veinticuatro años, y trabajaba y hablaba como un adulto, la habitación parecía de adolescente. Había un póster de Cortázar con una frase de *Rayuela*. Varias fotos de Natacha, pegadas en las paredes. Encima de la cama, como un crucifijo, aparecía con una bikini mojada.

—¿Con este frío se bañaban? —preguntó extemporáneamente Borgovo—. ¿En qué estación del año?

Si no hablaba, frente a esa imagen, tenía que salir corriendo. No podía soportarla en silencio.

Ezequiel retiró una botella de licor de grosellas de un cajón de su armario.

—¿Es de los que hace Benicio? —preguntó Borgovo.

—Me lo regaló Natacha —confirmó Ezequiel.

Regresaron al living, Ezequiel abrió otro armario y sacó una copa. No hizo el menor gesto de convidar a Borgovo. Se sirvió una buena medida. Bebió un sorbo.

—Del otro lado de las montañas —dijo Ezequiel— hay un pozo de agua termal. Ahí le saqué esa foto...

Los dos viudos callaron.

—Le hice el amor —dijo Ezequiel con una voz de ultratumba— sin sacarle la bikini. Me dijo que me amaba. Fue la primera vez que me lo dijo. Fue el día más feliz de mi vida.

Por algún motivo, esa descripción carnal tranquilizó a Borgovo.

Pero el muchacho agregó:

—A la semana siguiente me dijo que no me quería más. Que se aburría conmigo. Que a lo nuestro le faltaba sexo y pasión... Ya estaba con usted.

«Ahora me ahorca», pensó Borgovo.

El muchacho se terminó la copa de un trago.

—Yo me acosté con la mujer del intendente —dijo Ezequiel.

Eran tantas las sorpresas que Borgovo ya no sabía qué cara poner ni qué decir.

—Por eso me protege. Lo sabe o lo intuye. Y no quiere que se haga público. Ni siquiera necesité un abogado. Me sacaron de la cárcel por falta de pruebas. No soy sospechoso. Si empezaban las indagatorias, fatalmente aparecería su mujer en mi cama, tendría que contar todo.

Borgovo recuperó el habla.

—Pero... ¿y la ecuación sentimental perfecta de Las Nieves? Cada cual con su marido o mujer, y el resto más allá de las montañas. ¿Dónde quedó esa panacea? —preguntó, intentando eliminar en lo posible el tono irónico, de amonestación.

—Es de la generación del intendente. De los descendientes directos de los

Nordem. Yo soy segunda generación. De todos modos, no lo hubiera hecho de no haberme abandonado Natacha.

Y sentenció sin dudas:

—De eso también tiene la culpa usted.

—La mujer del intendente... —rememoró Borgovo— ¿era hippie, no?

—Hija de hippies —corrigió Ezequiel—. Casta como una monja. Tiene cuarenta y cinco años y sólo conocía a su marido. El trabajo fino lo hice cuando estaba con Natacha, cuando no pensaba en ella más que como una madre. Los Nordem, sus hijos, vivieron el desastre, tienen la fuerza suficiente para no repetirlo. Ninguno de ellos quiere volver a eso. Pero a mí me bastó con decirle a Adela, después de años de tratarnos como parientes, de abrazarnos inocuamente, que sus pechos me volvían loco.

—¿Es verdad? —inquirió Borgovo, recordando a la mujer del intendente y no percibiendo nada particular.

—No —reconoció Ezequiel—. Pero tiene buenos pechos, de todos modos. Lo que me había vuelto loco era la ausencia de Natacha.

—¿Y por qué no te fuiste más allá de las montañas? —repitió la cantinela Borgovo.

—Ya le expliqué —dijo Ezequiel, como si lo estuviera alfabetizando—. Eso les funciona a los Nordem. Yo quería una mujer ajena. Venganza. Si usted hubiera tenido una, en vez de ser un pajero, me hubiera acostado con la suya. Pero me la agarré con la del intendente que, después de todo, fue el pelotudazo que lo trajo a usted. Le puedo asegurar que seguí sus instrucciones con la mujer del intendente: le dije puta, le hice ver que la despreciaba mientras la poseía. Todo lo que no me avivé de hacer con Natacha.

—Y le puedo asegurar —repitió Ezequiel, vaciando otra copa de licor de grosellas— que funcionó a la perfección. Gimió, me adoró. Se fue suplicándome que volviéramos a vernos.

Borgovo suspiró.

—Pero... ¿a quién le importaba? Esta parte usted no me la explicó: ¿cómo hacer para sentirse bien, para que a uno le guste, para no sentir ese atroz vacío del después? ¿Cómo hacer para sentirme igual que con Natacha? ¿Quiere una copa? —invitó Ezequiel, con el último cuarto de botella restante.

—No. Quiero que me lleves a conocer el sitio más allá de las montañas.

IV

Atravesaron el lago en la lancha del sordomudo —efectivamente era sordomudo—. El lancharo les dirigía miradas hostiles. Llegaron a una costa en la que se alzaban, como un almanaque en escala real, grandes cumbres nevadas. Ocupaban todo el espacio visible.

Borgovo pagó al lancharo y Ezequiel le hizo una seña de que lo siguiera. Cuando el lancharo se retiraba, mirando el billete con desconfianza y meneando la cabeza reprobatoriamente, Borgovo evocó alguna mitología, no recordaba específicamente cuál, que asignaba a un barquero el trabajo de llevar a los mortales a su última morada. Se trataba de este lancharo, al que las Altas Autoridades habían elegido por su falta de ganas para comunicar qué ocurría más allá del mundo.

Recorriendo un sendero arbolado, repleto de frutos desconocidos, llegaron a una muy fuera de lugar agencia de remises, o al menos eso parecía. El dueño, calvo, fumando, indiferente e impaciente a la vez, no hubiera desentonado en cualquier casa del ramo en Capital. Pero esta construcción era de la madera de aquellos bosques, y los autos, en aquel paisaje paradisíaco, parecían los últimos ejemplares de una especie en extinción. Eran autos viejos, carcomidos por el tiempo. Ezequiel señaló uno y Borgovo preguntó cuánto era. El dueño lo miró extrañado y dijo:

—Pagan cuando lo devuelven.

No hacía falta presentar documentos ni señas.

A Borgovo le inquietó que Ezequiel tomara el volante. Se lo hizo saber del modo más diplomático posible.

Pero el muchacho respondió enfadado y sin ocultar su tono arrastrado por el alcohol:

—¿Usted sabe el camino?

—No —replicó Borgovo—. Ni siquiera sé manejar.

—¿Y quiere conocer el sitio?

—Sí.

—Entonces se calla y reza en silencio. Porque no hay otra manera de llegar.

El viaje fue una pesadilla. El camino era escarpado y estrecho. Durante varios minutos, el abismo aguardaba a uno y otro lado; se deslizaban por no más que una cornisa. La belleza del entorno se esfumaba en la vorágine del riesgo. El auto resbalaba como un patinador sobre hielo. Borgovo no percibía ninguna frenada, ni sabía si era posible frenar en caso de que lo precisaran.

Llegaron a un claro donde se alzaba una casa antigua, como de utilería. Borgovo se preparó para bajar. Pero Ezequiel siguió de largo.

—¿No es eso? —lo frenó Borgovo, creyendo que el muchacho, todavía borracho, prefería matarse con él.

—Ese es el prostíbulo para los extranjeros —lo desengañó—. Allí podría haber llegado usted solo.

Inmediatamente retomaron los caminos sinuosos.

Un pájaro gigantesco se les cruzó, caminando, y aunque Ezequiel no hizo ningún esfuerzo por esquivarlo, milagrosamente se alejó a tiempo, soltando un sonido de anciana. Tal vez fuera el alma en pena de Belinda.

Borgovo no pudo explicar cómo ni cuándo, ni en tiempo ni en kilómetros, se sumergieron en una oscuridad tenebrosa.

«Es el final», se dijo Borgovo, «quiere morir conmigo por todo lo que le quité. Además, ya sabe que la vida no tiene sentido».

Pero continuaron vivos en un túnel de espanto. Flotaban en una luz mortecina. Borgovo vislumbró el cartel en un fulgor opaco: Nordem Husholdningsg...

No terminó de leer la palabra. Ya estaban adentro. Era como una estación de subte, una enorme playa de estacionamiento. O quizás parecía tan grande porque había pocos automóviles.

«Debe ser la hora», se dijo Borgovo, sin saber qué hora era. Caminaron por la amplia superficie, los pasos resonando como en un palacio, y entraron al receptáculo central del prostíbulo. Era majestuoso.

Borgovo se lo describió a sí mismo, en su ignorancia enciclopédica, como un templo griego, un sitio de adoración pagano. La mayoría de los prostitos y las prostitutas circulaban en batas, pero aquí y allá una vestimenta contemporánea o antigua alteraba el paisaje. Borgovo vio pasar a una chica en jeans y el pelo atado en colita, sin nada arriba, de la mano de un cliente, y perderse en una de las habitaciones.

Los muchachos y las muchachas, también había matronas y hombres maduros, les regalaban miradas lánguidas, tal vez lascivas, pero sin avidez.

—¿Qué es esto? —murmuró Borgovo.

—Es el último reducto de los Nordem —explicó Ezequiel, y agregó con desprecio por su gente, posiblemente por sí mismo—: un prostíbulo.

—Me doy cuenta de que es un prostíbulo —se impuso Borgovo—. Pero, aunque no soy un gran conocedor, percibo algo distinto. ¿Es igual que en cualquier parte, elijo una chica, le pido lo que quiero y pago?

—Está todo pago —informó Ezequiel—. Es un patrimonio cultural. No sé si usted es el primero, pero en mi tiempo de vida no recuerdo que a nadie de fuera de Las Nieves le revelasen este sitio.

—¿Y por qué me dejás verlo justo a mí?

—Este es su castigo. Pero, además, ya no me atan los códigos de Las Nieves. Siempre se dijo que los Nordem preservaron un único mandamiento: no matarás. Ahora lo rompieron. Mi transgresión es menor.

A Borgovo se le hizo presente aquel capítulo de *Batman*: el dúo dinámico aparecía en una fiesta de gala, en medio de los invitados, y Batman le decía a Robin: «Intentemos pasar desapercibidos». Los anfitriones aguardaban la decisión de Ezequiel y Borgovo, juntos o por separado, escandalosos en su normalidad.

—Este es el teatro de sus fantasías —detalló Ezequiel—. Están preparados para ser su madre, su hermana, su mejor amiga, o amigo; el hombre que usted quiera que le pegue o al que usted quiera pegarle. Basta con que les brinde un par de datos, preferentemente de Las Nieves.

Ezequiel se apartó bruscamente y eligió a una mujer pálida, distraída y opulenta. Borgovo se replegó. Pero de inmediato su mirada, autónoma, recayó en una jovencita que le sonreía como si él, o ella, acabaran de aparecer en el mundo. Como miraba Alicia al unicornio, o viceversa. Borgovo hizo un asentimiento de cabeza y la muchacha le extendió una mano.

Lo llevó a una habitación exuberante. La cama y el mobiliario eran de reyes. Una puerta separaba el ambiente central de un sauna para dos o tres personas. En otro cuarto, también comunicado, había un pozo de agua helada.

—¿Quién soy? —preguntó la chica.

Borgovo se escuchó decir:

—Natacha.

La chica asintió y desapareció en el baño. Cuando regresó, mucho más rápido de lo que Borgovo hubiera supuesto, era Natacha; vestida como la primera vez que la había visto. Un sollozo terrible se le atoró en la garganta.

—¿Cómo podrías ayudarme en el mundo del teatro? —dijo la chica.

Borgovo estalló en una descarga atroz. Lloraba sin poder contenerse, como un adolescente al que acabaran de explicarle, antes de tiempo, que el acné, el desconcierto, la incapacidad de conseguir a la mujer amada, no eran sólo un período de crecimiento, sino el anticipo del nudo de la vida.

La chica, asustada, se le acercó, le acarició la cabeza, y dijo:

—No llore, señor Careles...

El llanto de Borgovo se cerró como si le hubieran inyectado un líquido congelante.

—¿Cómo me llamaste? —demandó.

La muchacha enmudeció.

Borgovo alzó el tono. Estaba lúcido y furioso.

—¿También el intendente te pidió a Natacha? —gritó Borgovo.

—¿El hijo de puta te pidió a Natacha? —se escuchó gritar, descontrolado.

Dos patovicas ingresaron como si hubieran derribado la puerta.

Miraron primero a la chica; luego un vistazo rápido por la habitación. Recién entonces se dirigieron a Borgovo, amenazantes. «Me van a moler a trompadas», pensó Borgovo, volviendo en sí.

Alzó las manos instintivamente. Uno de los patovicas abrió nuevamente la puerta y miró hacia el pasillo. El otro, con tranquilidad y firmeza, le hizo un gesto a Borgovo, solo con la mirada, de que salieran. La chica debió haber apretado algún botón de emergencia. La había desarmado el llanto torrentoso e, inmersa en su papel, violó el secreto profesional. El único que debía permanecer sellado en aquel antro.

Después de todo, eran seres humanos. No había disfraz ni fantasía que eludiera esa condición.

V

Ezequiel regresó aliviado. Ya no estaba borracho. Habló cuando abandonaron el túnel:

—Despídase para siempre de este sitio.

—No pensaba volver.

—Es indistinto —repuso Ezequiel—. Acabamos de destruirlo. Hoy acabamos con el último reducto Nordem.

El regreso, como todos los viajes de vuelta, fue breve y, paradójicamente, a mucha menor velocidad. Las recientes cornisas sólo eran caminos peligrosos. Los abismos, hondonadas. Hasta las montañas habían perdido algo.

El silencio se impuso entre los dos hombres hasta que regresaron a la casucha de los remises. A Borgovo le resultó irrisoria la cifra que pagó por el auto: cincuenta pesos. Ezequiel no hizo el menor signo de llevarse una mano al bolsillo.

El lancharo, el viejo, los regresó a Las Nieves tan en silencio como el sordomudo.

Borgovo le extendió la mano a Ezequiel ya en tierra firme. Pero el muchacho se marchó sin responderle.

Borgovo lo detuvo con un grito de autoridad:

—Ezequiel.

El muchacho giró.

Borgovo lo aguardó. Ezequiel se acercó.

—Dijiste que estabas seguro de que yo no la maté... ¿Por qué?

Ezequiel lo miró de arriba abajo. Quizás cotejaba si ya lo había destruido por completo. En cualquier caso, aquel viejo pelotudo y acabado era uno de sus pocos aliados en la búsqueda de la verdad. Y la deseaba tan afanosamente como él, también a la verdad.

—A las cuatro de la mañana Natacha vino a despertarme —exhaló Ezequiel—. A las cuatro de la mañana de la noche que se despidió de usted. Vino a despedirse de mí. Me dijo que se iba muy lejos, que no volveríamos a vernos. Me quería pedir perdón. Negar todo lo que había dicho al separarnos. Sí me amaba, sí había pasión, pero yo era su novio de juventud. Sólo su novio de juventud.

Borgovo tragó saliva ante la crueldad de la declaración de Natacha, que le había asestado a él sólo un par de horas antes, como una asesina serial sentimental.

—Su destino estaba en otra parte, me dijo.

Borgovo aguardó en silencio.

—Estaba ilesa. ¿De dónde salieron las manchas de sangre de su habitación? No, usted no la mató.

—Pero pudo haber vuelto a mi cabaña —se autoinculpó Borgovo.

—Ninguno de los dos lancharos reconoció haber vuelto a cruzarla. Puede que mientan... Pero yo les creo.

—¿Adónde se fue después?

—Yo se lo pregunté también —reconoció—. No me lo quiso decir.

—¿No te habló de Aparicio?

Ezequiel hizo que no con la cabeza.

—Sólo me dijo que se despediría del teatro antes de marcharse. El lugar donde su «carrera» había comenzado.

Ezequiel se marchó sin otra palabra.

Por un instante Borgovo se desconcertó como si no supiera dónde estaba. Pero en cuanto vio el primer taxi le hizo señas, y le dio el nombre del hotel.

Ya en su habitación, se extendió en la cama y respiró hondo. «¿Por qué estoy tan tranquilo?», se preguntó. Ni bien el cuerpo y el espíritu se recuperaran, el dolor reiniciaría su marcha en algún recodo de su memoria.

Levantó el teléfono, marcó el número para tomar línea, y digitó el número de la Clínica Mayo. Lo atendieron rápido y pidió por Francisco, sin siquiera mencionar el apellido. La recepcionista no respondió, pero dejó el tubo descolgado. Unos minutos después, Borgovo escuchó la voz del petrolero diciendo:

—Acá estoy.

Borgovo le narró detalladamente la visita al «sitio más allá de las montañas», del que tanto habían hablado cuando no lo conocían. También el regreso y la revelación de Ezequiel: Natacha lo había visitado en la madrugada, antes de morir. Rebobinaron hasta la mención del intendente y la aparición intempestiva de los patovicas.

—Puede haberla matado el intendente —sugirió Borgovo.

—¿Por qué? —lo contradijo Francisco—. ¿Qué tiene de raro que haya pedido la imitación de la chica? El propio Careles te explicó que cuando había un deseo inconfesable se apagaba en ese prostíbulo.

—¿Justo después de que muere? —insistió Borgovo.

—¿Y? Vos mismo le debés haber dado ganas. Tal vez pensó: «Si le da bola a este infeliz, ¿por qué no a mí?». Por otra parte, la puede haber pedido desde mucho antes.

Borgovo le contó lo de Ezequiel y la esposa del intendente.

—Eso también puede ser —apuntó Francisco—. Que se haya querido vengar, a su manera, en el cadáver redivivo de la novia del muchacho.

—Ex novia —corrigió, insensato, Borgovo.

—Ex son mientras viven —lo desmintió Francisco—. Una vez que mueren, vuelven a ser pareja, quienquiera que sea.

Intercambiaron saludos de cortesía, se dijeron que volverían a hablarse, y Borgovo cortó.

Recién cuando desapareció por completo la luz del día, pero todavía no era de noche, Borgovo logró levantarse de la cama. Caminó al azar por las calles de Las Nieves, sin distinguir el centro de las afueras, ni las de tierra de las de cemento. En una calle cualquiera —sólo cuando abordó notó que era la pavimentada Alberdi— se le apareció el auto del comisario.

Cátaro abrió la puerta y dijo:

—A usted lo estaba buscando.

Borgovo temió lo peor. Habían descubierto su visita al Nordem Husholdnings, y tomarían represalias. No podía adivinar cuáles. Pero de todos modos subió al vehículo: ¿qué alternativa tenía?

—Tengo algo para usted —dijo el comisario, en un tono muy distinto al que Borgovo esperaba.

Decidió callar hasta que el comisario hablara. Cualquier cosa que dijera, como advertían en las películas, podía ser usada en su contra.

—Aparicio está en la comisaría —disparó Cátaro.

Mientras el comisario lo paseaba como un taxista que quisiera cobrarle de más, Borgovo escuchaba su oferta con sentimientos encontrados.

—Sé todo —dijo el comisario.

Borgovo se estremeció, pero el comisario siguió otro derrotero:

—Sé que usted trató de ahorcarlo arriba del escenario.

—¿Y qué hace acá Aparicio?

—Intercambiamos mails desde hace unas semanas. Los dos, igual que usted, queremos saber qué le pasó a Natacha. Aparicio por obvias razones: todavía nadie lo acusa, pero si su culpabilidad de usted se cae, por muy lejos que él haya estado buscarán la manera de ensuciarlo. Ya es la segunda joven muerta en su haber. Es una visita relámpago. Informal. Yo carecía de recursos legales para traerlo, pero igual aceptó venir. ¿Qué me dice?

—Vamos —resopló Borgovo.

Cuando ya se encaminaban con rumbo claro hacia la comisaría, Borgovo preguntó:

—Por el túnel del sitio de más allá de las montañas, ¿se llega mucho más rápido, por ejemplo, a Pachecales?

El comisario lo miró queriéndole preguntar cómo sabía del túnel. Borgovo había preparado su estúpida coartada: «lo imaginaba», «lo intuía»; en última instancia, diría que lo había encontrado «de casualidad», buscando el prostíbulo para extranjeros.

El comisario se resignó antes de interrogarlo:

—Sí. En media hora se puede atravesar el camino que se hace en hora y media —confirmó.

Aparicio podría haber matado a Natacha y regresado para atender el llamado. A una velocidad inaudita, pero posible.

En la comisaría, a Borgovo le costó conciliar aquel Aparicio con el que recordaba. No era que estuviera acabado o desmoronado como él —no lo estaba—, sino que le resultó humano, a su escala. Ya no el ente todopoderoso que le había arrebatado a la mujer de su vida, sino un hombre al borde de la vejez, esperando para resolver un trámite burocrático, quizás el pago de su jubilación.

Se sentaron como en un truco gallo. Aparicio en una punta de la mesa, Borgovo justo enfrente, y Cátaro entre los dos. Había café para tres. Cátaro encendió un

cigarrillo.

—Esa noche ella también se despidió de mí —dijo Aparicio.

—Pero se iba con vos... —reaccionó Borgovo, con una voz que le resultó mucho menos firme de lo que hubiera querido.

Aparicio hizo que no con la cabeza.

—Dijo que conmigo había descubierto lo que realmente quería —siguió Aparicio.

Después de asumir la información, Borgovo exclamó:

—¡Pero estaba totalmente loca!

El comisario aprobó en silencio. Aparicio con un gesto de la cabeza.

—Igual —acusó Borgovo— le contagiaste el sida.

—¡No! —gritó Aparicio, convencido—. Ella ya lo tenía. Me lo dijo.

Aspiró hondo y repitió:

—Me lo dijo.

Borgovo no lo podía creer, pero tampoco desmentir.

—Pero entonces... —consideró Borgovo— se acostó conmigo sabiendo que estaba enferma.

Los dos hombres que lo escuchaban permanecieron en silencio.

—Trató de matarme a conciencia —remarcó Borgovo.

Ninguno de los dos respondió. Pero Aparicio, de la nada, unos segundos después, reveló:

—Le sangraba la nariz. No sé por qué. Se la tapé con dos algodoncitos. Quizás era algo relacionado con la enfermedad...

—Esa es la sangre en su habitación —confirmó el comisario, mirando a Borgovo—. A Natacha le sangraba la nariz.

—Ni de eso me liberó —murmuró Borgovo—. Hasta quiso hacerme parecer culpable...

Pero no podía dejar de pensar que si la hubiera conocido antes, si se hubiera interpuesto entre ella y su destino, de tal o cual manera, por breve que fuera la oportunidad que le brindara, podría haber triunfado, enamorarla, quedársela antes de que ella se arrebatara a sí misma.

VI

Aparicio ya se había marchado. Dormía en Bariloche y regresaba a Buenos Aires en el avión de la mañana. Borgovo y Cátaro permanecieron en la comisaría cotejando información. Cátaro pidió un pollo con papas fritas y comieron juntos. Comingues y Nergadof entraban y salían como fantasmas, sin ocupación evidente, sin presos ni casos. Borgovo no estaba seguro de si lo habían saludado. Tal vez el fantasma fuera él.

El comisario y Borgovo salieron a la calle alrededor de las cuatro de la mañana. Cátaro le preguntó si quería que lo acercara al hotel.

Borgovo estaba por decir que sí, pero preguntó:

—¿Usted tiene la llave del teatro?

—Por supuesto.

—¿Me permitiría hacer una visita?

—¿Para qué?

Borgovo se encogió de hombros.

—Es el último lugar donde supuestamente estuvo viva Natacha, ¿no?

—No que yo sepa —replicó, dubitativo, el comisario—. A no ser que usted sepa algo que yo no.

Borgovo supo que había metido la pata, que otra vez estaba arruinando la vida de Ezequiel. Pero... ¿de qué otro modo podía visitar el teatro a solas, vacío?

—¿Sabe algo que yo no sé? —insistió Cátaro.

—Usted sabe que yo no la maté —dijo Borgovo, como un salvoconducto.

—En un noventa por ciento —aplicó el comisario.

—Déjeme guardar algún secreto —pidió Borgovo—. Si encontramos alguna evidencia, la que sea, valdrá la pena. Por ahora, sólo puedo decirle que sé eso, y que simplemente me quiero despedir de ella en el último lugar en el que estuvo.

—¿No se despidió lo suficiente ya? —preguntó Cátaro.

Borgovo no respondió.

Pero cuando subieron al auto, Cátaro enfiló para el teatro.

El imponente edificio parecía expectante a esa hora turbia. Cuando el comisario abrió la puerta principal, a Borgovo se le representó como un gigantesco mausoleo, en homenaje a la Natacha muerta, o a los Nordem como pueblo extinto. Cruzaron rápido el hall de entrada. Pero el comisario dejó que Borgovo pisara solo la alfombra roja, siempre nueva, y caminara por el pasillo, entre las butacas, que incluso con público resultaban muchas, y vacías parecían listas para recibir a media humanidad.

Borgovo no usó la escalera para subir al escenario. Apoyó el brazo derecho y subió de un salto. Era mucho más elevado de lo que esperaba, y lo sorprendió su propia agilidad. Desde arriba del escenario, miró la sala vacía.

Como un caracol que conservaba el gemido del mar, en aquel cenáculo permanecía encapsulado el aplauso del público. Pero no de felicitación, sino de

fastidio, ese aplauso de protesta que les exige a los actores que acaben con la espera y comiencen la función.

¿Qué habría hecho Natacha en aquel cementerio?, se preguntó Borgovo. ¿Se habría despedido de la nada de Las Nieves antes de su viaje hacia la plenitud de qué? ¿Habría hecho una reverencia de actriz antes de emprender el ascenso de lo que creía era el principio de su éxito fulgurante y resultó ser la muerte? Finalmente el éxito, invariablemente, era aleatorio, y se agotaba. La única constante, antes o después, era el fracaso. Los seres humanos nacían con la batalla perdida.

Natacha debía haber atravesado el telón y caminado por la mitad oscura del escenario, despidiéndose de la ansiedad de la actriz amateur que imaginaba pisar las tablas del Colón, cuando no era más que otra de las participantes de la estudiantina, cuyo público, apenas al día siguiente, subiría al mismo escenario para fungir de comediantes, de integrantes del coro, a dar un discurso patrio.

Borgovo tocó el telón, pesado, tradicional, sofisticado, suave. Una cuerda de cada lado, para alzarlo y dejarlo caer. Todo estaba dispuesto.

Gritó:

—¡Cátaro!

Por el grito, el comisario podría haber corrido. Pero ya estaba grande para asustarse o alarmarse por la histeria de los que pretendían encontrar algo nuevo bajo el sol. Caminó a paso cansino, subió al escenario por la escalera, pasó pulcramente por el costado del telón, y no como Borgovo, que lo había levantado y se había colado como un niño.

Pero siguió con atención el dedo de Borgovo hacia el detalle que señalaba. Primero le costó comprender.

—La cuerda de la izquierda —dijo Borgovo— es mucho más corta que la de la derecha.

El comisario se acercó a la cuerda izquierda sin responder. Sacó unos guantes del bolsillo, se los puso y tiró de la cuerda.

—Podría estar desbalanceada —dijo por fin.

Tironeó, miró hacia arriba. Caminó hasta la cuerda derecha, como un escenógrafo que contara los pasos para anticipar los movimientos de los personajes.

—Pero no —concluyó—. No está desbalanceada. Está más corta. Alguien la cortó. Se llevaron un pedazo de cuerda.

Los dos hombres permanecieron mirándose.

—Quién iba a decir —dijo Cátaro— que usted sería capaz de hacer algo inteligente.

VII

Ya eran las cinco de la mañana. Pero ni Cátaro ni Borgovo podían fingir que se irían a dormir. La curiosidad le ganaba al cansancio. Sus cerebros y capacidades deductivas estaban aún más alertas por la noche en vela que lo arrumbadas que estarían tan sólo unas horas después, cuando la falta de sueño los volviera idiotas.

En la comisaría, Cátaro preparó mate. Nergadof, de guardia, roncaba en un catre junto a la celda. Eran las primeras horas de un domingo inútil.

Habían viajado en el auto en silencio, sin acertar a distinguir las coordenadas para seguir la pista. Ambos creían que, ya en la comisaría, con el mate como testigo, podrían extender los datos y mezclarlos hasta que dieran alguna combinación. No tenían dudas de que aquel pedazo de cuerda que faltaba había sido utilizado para ahorcar a Natacha.

Nergadof despertó y Cátaro lo mandó a comprar medialunas. Necesitaban privacidad.

—Sé que las medialunas nos van a quedar muy cerca del pollo con papas —le dijo Cátaro a Borgovo cuando Nergadof salió—. Pero servirán para separar la noche del día, la cena del desayuno.

—¿Y para qué queremos separar la noche del día? —preguntó Borgovo con escepticismo.

—La noche es para los grandes descubrimientos —dijo Cátaro—. El día es para diseccionarlos.

Después de una pausa, y sin querer sonar irrespetuoso, Borgovo preguntó:

—¿Alguna vez resolvió un asesinato?

—Ya le dije que no —respondió sin violencia Cátaro—. Sólo en los libros y los archivos de los diarios. Me daba cuenta del asesino antes de llegar al final. Pero la realidad es otra cosa.

Decidieron abandonar el tema, para que los pensamientos se asentaran, hasta que llegaran las medialunas. Mantuvieron el silencio. A Borgovo le pareció que Cátaro tardaba mucho con el mate. Descubrió que se había quedado dormido con la bombilla en la boca. Lo despertó la llegada de Nergadof. El aroma de las medialunas era irresistible.

—¿Quién se encarga del mantenimiento del teatro? —preguntó Borgovo después de engullir media factura.

—Hay utileros —respondió Cátaro—. Pero el responsable es el asesor cultural.

—Benicio —recordó Borgovo.

Cátaro asintió con un sorbido a la bombilla.

—Sería bueno preguntarle si sabe algo... —propuso Borgovo.

—Esperemos a que se despierte —sugirió Cátaro—. Ya bastante quilombo se armó.

Pero la idea de las medialunas resultó contraproducente. Comieron media docena

cada uno y se sentían pesados como mamuts. Les costaba levantarse, y ahora sí el sueño se les abalanzaba como una celadora.

—¿Y si nos vamos a dormir y lo llamamos al mediodía? —propuso Cátaro.

—No —se desperezó Borgovo—. Llámelo ahora.

No quiso que sonara como una orden. De todos modos, Cátaro levantó el teléfono y llamó a Benicio.

No respondía.

—Está durmiendo —dijo Cátaro.

—Llámelo al celular —insistió Borgovo.

—Benicio no usa —se excusó Cátaro.

—Vamos para la casa —se excitó Borgovo.

Cátaro lo miró como si le estuviera sugiriendo robar un banco.

—Ya desperté al intendente a las cinco de la mañana, en su primera visita —interpuso Cátaro—. Benicio no es cualquier ciudadano. Es el asesor cultural, íntimo amigo del intendente y uno de sus más estrechos colaboradores. Yo tengo mis límites, Borgovo. Si al intendente se le ocurre, me pega una patada en el culo mañana mismo. Y adiós investigación. Más vale pisar sobre seguro.

—Ahora da todo lo mismo —dijo Borgovo—. Una vez que se desbarajustó la calma, da lo mismo que despierte a la gente a las siete que a las doce. Va a pagar el mismo precio.

Con un esfuerzo sobrehumano, Cátaro se puso de pie y le indicó a Borgovo que lo siguiera.

Condujeron en el auto policial hasta la casa-granja de Benicio y Belinda, ahora sólo de Benicio. Muy retirada, sin cruzar, pero a la orilla del lago. Se llegaba por la calle de tierra Zarza; aparecía sobre una extensión de pasto, sin siquiera numeración.

Detrás de la construcción de madera se escuchaba el ruido de los animales en sus corrales: cabras, chanchos y gallinas. Junto a los corrales, dándoles sombra, se agrupaban pequeños árboles y arbustos frutales. Todo era prolijo y bucólico. Pero encerraba, para los dos intrusos, el misterio de lo prolijo, el aura ominosa de lo bucólico.

El comisario golpeó la puerta. No hubo respuesta. Golpeó con fuerza las palmas de las manos. Sólo contestaron los chanchos y las gallinas. Alguna cabra se agitó. Borgovo gritó:

—¿Hay alguien en casa?

Un caballo relinchó.

—Me parece que nos va a dejar esperando.

Los dos hombres quedaron en vilo, sin saber qué hacer.

El comisario advirtió a Borgovo:

—Si me estoy equivocando, me va a tener que dar las regalías de ese libro condenado que ni siquiera sé si va a escribir.

Y abrió la casa de Benicio y Belinda de una patada fulminante.

Como podrían haber adivinado, estaba vacía. Pero no aparentaba ser el hogar de quien se había marchado a trabajar, sino el de un desertor que hubiera huido a toda prisa. Había un calzoncillo tirado. Cátaro se calzó los guantes y lo levantó.

—¿De Benicio o de Belinda? —preguntó Borgovo.

Cátaro no supo si era un chiste, pero le pidió:

—Ayúdeme a buscar, con cuidado, a ver si aparece el trozo de cuerda. Tome.

Le alcanzó otro par de guantes de látex a Borgovo. Con cierta reticencia, Borgovo se los calzó.

La casa era de una pulcritud irritante. Sólo quedaban un par de adornos, un candelabro, un velador sin lamparita.

Abrieron los cajones, levantaron el colchón, miraron debajo de la cama.

—Me parece de lo más improbable que haya cometido una torpeza semejante —dijo Cátaro—. Pero si asesinó por primera vez, quizás los nervios le jugaron una mala pasada.

—Si asesinó a Natacha con la soga del telón, tal vez asesinó a Belinda con el hilo sisal —argumentó Borgovo—. Serían dos asesinatos.

—Tiene razón —reconoció el comisario—. Estoy sin dormir. Esas medialunas son mortales...

Buscaron unos minutos más.

Borgovo se metió en el baño.

—Ya miré ahí —dijo Cátaro—. No se le ocurra orinar, ¿eh?

—¡Atención! —gritó Borgovo, como en un juego nocturno.

—¿Qué?

Borgovo salió del baño con una foto de Natacha: estaba desnuda. Había encontrado la foto hecha un rollo dentro del vaso de los cepillos de dientes, las pastas, quizás alguna maquinita de afeitar que Belinda y Benicio compartían.

—Debió ser una foto propiedad de Belinda sugirió Cátaro.

—¿Regalada por ella?

Natacha tenía cara de distraída. Su cuerpo, en cambio, siempre estaba en suave tensión.

—¿O tomada a traición? —contradijo Cátaro.

—¿La vio desnuda? —susurró Borgovo, la voz dolida—. ¿De frente, desnuda?

—No lo creo. O se la regaló, o la tomó sin que ella lo supiera. Alguna vez que se haya bañado desnuda en el lago, y Belinda escondida entre los árboles.

—Como la madrugada en que la mataron —apuntó Borgovo.

Cátaro se guardó la foto en el bolsillo.

—Parece que todo el mundo tiene una foto de Natacha en pelotas en este pueblo —concluyó Borgovo.

—Pero sólo a usted le tocaron los negativos —contestó el comisario—. Bueno, vamos. Nosotros dos no estamos para encontrar nada. Si todo se desenvuelve como nos parece, volveré con Comingues y Nergadof para un registro minucioso. Lo único

que falta es que se trate sólo de un malentendido y Benicio me haga echar por allanarlo sin orden judicial.

Acababan de salir de la casa cuando Borgovo recordó:

—En mi primera visita, la primera cena, el día que llegué, yo reemplazaba a Aparicio, ¿no es cierto?

—No tengo la menor idea —dijo Cátaro.

—Pero yo sí me acuerdo muy bien de esa cena. Me advirtieron que venía como reemplazante de urgencia. Y en esa cena, Benicio dijo que sabía que el invitado cancelado estaba enfermo. Que él daba fe de que estaba enfermo.

—¿Cómo se puede acordar de esa minucia, de algo que pasó entre gallos y medianoche, hace meses?

—Porque desde que murió Natacha no he parado de repetirme cada una de las escenas que viví en Las Nieves, de hablarlas, de escribirlas, de anotarlas. Es más lo que recuerdo que lo que vivo. En esa cena, me hicieron creer que Aparicio era un escritor; eso es lógico, porque si me llamaban para reemplazar a un actor quedaban demasiado informales, cambalacheros.

—¿Y a qué viene este recuerdo en particular?

—¿Cómo sabía Benicio que Aparicio estaba enfermo? ¿Por qué era el único que podía confirmarlo? La enfermedad como excusa es lo más habitual en un invitado reticente. ¿Por qué Benicio tenía la certeza de que no era una excusa?

Cátaro no tenía la respuesta a esa pregunta, y tampoco le parecía mayormente relevante.

VIII

No era ningún malentendido: Benicio se había marchado con viento fresco; en un auto alquilado, unas horas atrás. Manejaba él, como hacía mucho que no lo veían hacerlo. Pero daban por sentado que la muerte de Belinda podría haber cambiado algunos de sus hábitos. Cátaro no le avisó al intendente, llamó primero a todos los comisarios de los pueblos vecinos, y al aeropuerto de Bariloche. No tuvo que aguardar las respuestas de sus colegas. En el *check-in* de la aerolínea privada le dijeron que efectivamente un tal Benicio había partido en el vuelo de la mañana a Buenos Aires. Pero no se apellidaba Lapacho, sino Denguerfer.

Cátaro cortó con lo más parecido que podía ser su rostro impasible a un rostro descompuesto.

—Lapacho era el seudónimo artístico —le dijo a Borgovo, sin explicarle, como hablando consigo mismo.

Y después hablándole a Borgovo:

—Se fue.

Cátaro levantó otra vez el teléfono, se comunicó con el comando central de la policía regional y pidió la orden de captura a nivel nacional para Benicio.

Llegó el momento de informar al intendente y de convocar a todos los que lo habían visto pasar con el auto. En un instante Las Nieves era una caldera bullendo, repitiendo el nombre de Benicio como sospechoso.

Cuando salieron Borgovo y Cátaro de la comisaría, caminando —a Cátaro le pareció prudente escoltarlo; por algún motivo, la gente podía acusarlo de ser el culpable de que Benicio fuera sospechoso—, se había formado una concurrencia de curiosos en la calle.

Murmuraban, acechaban con las miradas. Pero una mujer en particular desarmó a Borgovo. Era Natacha veinte años después. La volvía a ver en menos de 24 horas.

La mujer gritó e impostó el llanto, como Natacha cuando actuaba:

—¡Y usted deja escapar al sospechoso principal! —le gritó a Cátaro—. ¡Mi hija se pudre bajo la tierra y usted se sigue rascando las bolas! ¡Hijo de puta!

Se le lanzó encima tan de improviso que Cátaro no reaccionó. La mujer se le había prendido de su raleada cabellera. Borgovo tuvo que tomarla por los hombros. Tironearon hasta que la desprendió, no sin quedarse en una mano con un mechón de pelo del comisario. Entre los dos, espalda con espalda, lograron regresar a la comisaría y cerrar la puerta, dejando a la mujer aullando afuera, pateando y golpeando con los puños.

Cátaro se miró en el espejo y se acomodó el pelo hasta tapar la casamata.

—A cierta edad —dijo melancólicamente— todos perdemos el cabello.

—¿Por qué no me dijo que estaba la madre? —inquirió Borgovo.

Comingues y Nergadof miraban nerviosos por la ventana, temiendo una pueblada. Nunca habían vivido un momento de tensión como aquel. Habían atravesado el

asesinato de Natacha, cierto, pero los sospechosos se habían entregado mansamente, nadie huía, nadie gritaba.

—Tranquilos, muchachos —dijo el comisario a sus dos subordinados.

Le respondió a Borgovo:

—No quería que usted fuera a hablarle. Ya bastante tenía con la hija muerta. Hubiera sido un desastre para los dos.

—¿Pero por qué se quedó?

—La sucesión, la casa. Las pocas pertenencias de Natacha. La señora quiere hasta la última migaja de la hija, de la herencia de su finado marido.

Comingues le trajo un mate recién hecho y el comisario sorbió.

—Quiere quitarle las botas a la muerta para regalárselas al abusador que la tocaba cuando era chica... —se cebó Borgovo—. ¿No trataron de meterlo preso?

Cátaro sorbió otro mate antes de responder con una pregunta:

—¿En Las Nieves? Hasta la década del setenta, el amancebamiento entre padrastros e hijastras era un hecho de la naturaleza... Hijos tenían, que vivían en la misma casa. Un despiporre. Pero a mí me hubiera bastado con una denuncia para meterlo preso. No la hubo.

—¿Y matarlo? —preguntó Borgovo.

Cátaro meditó la respuesta.

—Meterlo preso de por vida, por supuesto —declaró—. Pero matar, no. Acá nadie mataba. Hasta que llegó usted.

Algunas horas después, cerca de las tres de la tarde, cuando la siesta del frío parecía haber aplacado los ánimos, custodiados por Comingues y Nergadof, Cátaro y Borgovo se subieron al auto del comisario. Lo llevaría hasta el hotel, y a la mañana siguiente directo al aeropuerto. Allí ya no había más nada que hacer.

Borgovo no pudo cenar, y pasó otra noche sin dormir. Temía salir a la calle, ninguna película lo apaciguaba. Hubiera querido ponerse en reposo, como una computadora, hasta que llegara el comisario a retirarlo.

A las diez de la noche, luchando contra sí mismo, había vuelto a llamar a Francisco.

Una vez más, le detalló cada paso como si fuera un corresponsal cargoso.

Francisco volvió a poner algunas fichas a la culpabilidad de Belinda, desestimó el dato de que Benicio hubiera sabido de la enfermedad de Aparicio; su enfermedad, el sida, era material público. Borgovo se hartó.

—Siempre relativizás todo —lo retó—. Repasas los sospechosos una y otra vez, como si ninguna pista fuera más concluyente que otra. Así no llegamos a ningún lado.

El petrolero esperó a que Borgovo se calmara.

—No tengo ninguna duda de que Benicio es el culpable —aseveró Francisco.

—Ah —dijo con alivio Borgovo. Y preguntó:

—Pero... ¿por qué?

—Ahí me agarraste —reconoció Francisco—. ¿Celos por Belinda?

—Una locura —lo reprobó Borgovo—. Cualquier pasión que padecieran no era entre ellos. Al contrario, eran la calma el uno para el otro.

—¿Venganza por Belinda? No quería que la lastimara.

—¿No quería que Natacha lastimara a Belinda, y después mata a Belinda?

Francisco lo pensó.

—A veces, por las personas amadas, hacemos mucho más de lo que ellas quieren. Cuando se los confesamos, y nos dicen que estamos locos, nos decepcionan de tal modo que nos acomete la furia.

—Es una más de tus historias —lo frenó Borgovo.

—No —dijo seco Francisco—. Es mi historia. La de la mujer que mató a mi familia.

IX

El comisario pasó a buscarlo a las cinco de la mañana. Borgovo ya se había lavado los dientes a las cuatro. No había podido comer nada hasta esa hora; sí pudo beber café del termo del comisario, y fue un bálsamo. Entre los dos, se lo fueron bajando a lo largo del camino.

Apenas abandonaron la frontera de Las Nieves, Cátaro informó:

—Hubo novedades de aeroparque. Benicio Lapacho se marchó a Brasil ni bien pisó Buenos Aires.

—¿Y no lo detuvieron?

—No se saca una orden de captura en una hora —explicó Cátaro—. No en este caso, al menos. Viajó con el nombre de Benicio Lapacho. Tenía otro juego de documentos. Se lo debe haber hecho acá, hace años. Yo ya no lo recordaba.

—Igual lo hubieran parado por Benicio... —dijo Borgovo—. ¿Cuántos Benicios hay en Argentina en el siglo XXI? Y el aspecto físico, yo lo escuché al teléfono: usted lo describió a la perfección.

—En un viaje internacional, puede haber muchos —replicó Cátaro—. Debe haberse maquillado, transfigurado. No se olvide de que era un hombre del teatro.

—¿Cómo salió de aeroparque? Son todos vuelos de cabotaje.

—Y a Chile, a Perú... Y a Brasil, San Pablo.

—San Pablo —repitió Borgovo.

—Hay algo más —anunció Cátaro.

Antes de que Cátaro completara su frase, Borgovo se dijo que aquella era su despedida definitiva de Las Nieves. Ya estaban lejos del pueblo. No sabía, en rigor, cómo se llamaba aquella cadena de montañas, árboles indiferentes y vegetaciones vibrantes, pero sentía que todo el paraje se reía de él, y lo miraba partir como en aquel dicho que reza que basta con quedarse sentado para ver pasar en algún momento el cadáver del enemigo.

—Me llamó la cajera de la línea aérea, del aeropuerto de Bariloche —dijo Cátaro—. Benicio había comprado un pasaje de avión para Buenos Aires un par de días antes de que mataran a Natacha. La fecha del viaje era precisamente el día en que mataron a Natacha.

CUARTA PARTE

**CAE EL TELÓN
(UN AÑO DESPUÉS)**

I

Había pasado un año. La culpabilidad de Benicio, acendrada por su viaje intempestivo, era beneficiosa para todos, como antes lo había sido la de Borgovo. Con la huida de Benicio, la cuerda faltante en el escenario, las exhumaciones y las coartadas, se anuló el proceso contra Borgovo. Estaba libre de culpa y cargo. Tampoco apareció el virus en los dos análisis subsiguientes.

No había tratado de extradición con Brasil; Benicio estaba más allá de la Justicia argentina. La cuerda no había sido encontrada en casa de Benicio, ni en ninguna otra parte de Las Nieves.

Durante aquel año transcurrido, Parasimof llamaba día por medio a Borgovo para recordarle, con su tono de mañoso ruso, que le debía un libro. La clínica había salido un dineral, en Ligieti gastaban una fortuna mensual, el hotel, los viáticos... ¿Estaba trabajando?

Borgovo replicaba que le faltaba el final.

—¿Te crees Truman Capote? —lo amonestó Parasimof.

—No —se defendió Borgovo—. A él lo dejaban trabajar en paz.

Parasimof le cortó violentamente. Pero Borgovo sabía que lo llamaría en 48 horas.

Había hablado una sola vez más con Francisco, apenas llegado a Capital, en persona, en la clínica. El petrolero no dejaba de dar vueltas teóricas. Acusaba sin dudar a Benicio, pero ahora barajaba como un mago los motivos, y decía cualquier cosa. Borgovo descubrió que ya lo irritaba la liberalidad de su amigo para desperdigar hipótesis. Además, no le resultó inocuo visitarlo en la clínica. Le temía a su propia locura. Tampoco llamarlo, en Buenos Aires, le resultaba plácido como desde Las Nieves. Se dijo que volvería a hablarle cuando supiera la verdad. Pero había pasado aquel año sin telefonarlo ni visitarlo.

II

Una función del *Hamlet gauchesco* de Lisandro Aparicio en San Pablo, Brasil, no era un evento extraordinario. Mucho menos si lo pagaba la Secretaría de Cultura de la Nación argentina, como parte de un intercambio cultural de teatro y literatura. La obra se llevaba en castellano, a una pequeña sala, y se esperaba que la mayoría de los espectadores fueran argentinos residentes.

La suerte de Aparicio había mejorado luego del asesinato de Natacha. Del mismo modo que más de dos décadas atrás la muerte de la modelo en su cama de hotel lo había aplastado, en este momento la cercanía a un escándalo resultaba más publicitaria que perniciosa. Pero no era un actor exitoso, apenas si lograba llegar a fin de mes con sus obras en el off Corrientes y viajes culturales como aquel.

Había como mucho cien personas en la sala. Entre acomodadores, el resto del personal del teatro y algunos espectadores, sumaban diez brasileños. El resto eran argentinos. En el hall de entrada se vendía mate, dulce de leche y alfajores Havanna.

Fue una de las mejores performances de Aparicio, dentro de lo que permitía esa adaptación descuajeringada y absurda en el peor sentido, que el propio Aparicio había pergeñado, con la colaboración de una joven guionista a la que había prometido el oro y el moro, para luego dejar por el camino.

A mitad de la función, con la distancia típica de *café concert*, los espectadores demasiado cerca del escenario, y esa intimidad de ser pocos y argentinos, Aparicio cruzó la mirada con un hombre del público. La apariencia de este hombre había cambiado lo suficiente como para que a Aparicio le costara reconocerlo, pero había que admitir el profesionalismo del actor, porque fue capaz de descifrar al espectador y recordar la letra al mismo tiempo, utilizando simultáneamente su memoria lejana y la inmediata. Los ojos del hombre sentado en la butaca brillaban.

El público aplaudió correctamente y se retiró de la sala entre murmullos que, si bien no eran exactamente de aprobación, tampoco lo eran de rechazo. Aparicio aguardó en el camarín. Sudaba. La mano derecha le temblaba. Entró uno de los ordenanzas y le entregó un ramo de flores. Aparicio lo miró extrañado, ¿sería de la agregada cultural del consulado argentino? Pero cuando retiró la tarjeta de entre las flores, el sudor se le secó en el rostro y la mano dejó de temblarle. Un miedo distinto le recorrió el cuerpo. En la tarjeta no sólo estaba el nombre del admirador, también la invitación a una cita, en un bar, para esa misma noche a las doce.

Aparicio se bañó en su hotel y se dijo, no sin fastidio, que la joven agregada cultural del consulado tendría que aguardar otro viaje, si lo había. Tal vez aquella noche se acabarían los rezagos de vida que le quedaban.

Se perfumó con una fragancia masculina de treinta años atrás. A las once, llamó a conserjería y pidió un taxi, dando las señas del bar donde debían llevarlo. El conserje se encargaría de todo.

Esperaba que cualquier viaje por San Pablo no le llevara menos de sesenta

minutos. Pero el bar era cerca y la hora vacía. Bajó del taxi con un pequeño bolso azul, en el que llevaba, entre otras pocas cosas, los documentos y un regalo. El bar también era argentino. Se llamaba Che, pero sin relación alguna con el Che Guevara. Los pósters y las fotos eran de Gardel, Tita Merello, Luis Sandrini. Lo más reciente era un cartel publicitario de una obra de Alfredo Alcón. Benicio ya lo esperaba, tomando mate: una particularidad del bar.

—Dijimos a las doce —sonrió Benicio. Los ojos le brillaban igual que cuando estaba sentado en el teatro, apenas unas horas atrás. No era un líquido que se hubiera puesto, sino algo parecido a la emoción. Pero más intenso, menos compartible.

—No me voy a excusar por llegar temprano —dijo Lisandro Aparicio, en el mismo falso tono relajado—. Mucho menos después de tanto tiempo.

Sacó del bolso un reloj de bolsillo y se lo extendió a Benicio.

—¿Qué es esto? —preguntó Benicio.

—Cuando hice de Phileas Fogg... aquella obra.

Benicio miró el reloj maravillado.

—Sí... —dijo—. *La vuelta al mundo...* Eras joven incluso para hacer de Phileas Fogg... ¿Es para mí?

Lisandro asintió.

Benicio guardó el reloj en su propio *ataché*, y le extendió ambas manos por encima de la mesa, del mate, de las latas de yerba y azúcar. Lisandro se las tomó. Se las estrecharon largamente.

Permanecieron en silencio mucho rato. Cada tanto Benicio preguntaba por algún detalle de la vida actoral de Lisandro, pero lo interrumpía antes de que este terminara de contar. Lo sabía todo, y preguntaba sólo para escuchar de boca del actor lo que había leído u oído. Lisandro, a su vez, le preguntó por su vida. Pero Benicio anticipó que no tenía mucho para contar. Después de su «separación» en Capital, al regresar a Las Nieves, su vida había sido un páramo. Asesor cultural de un pueblo inexistente, las lógicas trenzas con intendentes y funcionarios. Se había ido a vivir con una lesbiana vieja. Su vida sentimental —detalló sin que Lisandro preguntara— merecía todavía menos comentario que la profesional. «¿Por qué no quisiste encontrarte conmigo a solas en Las Nieves?», preguntó por fin Benicio a Lisandro. No le había enviado un ramo de flores, como esta vez, porque hubiera sido imprudente para los dos. Pero sí le había dejado un discreto mensaje en el hotel, a través de Belinda.

—Me resultó imposible —respondió Lisandro—. Ya estaba planificada la gira y tenía que salir pitando para Pachecales.

—No importa —lo disculpó Benicio, y le tomó nuevamente una mano—. Ahora tenemos todo el tiempo del mundo.

Lisandro respondió al suave apretón, como un código morse.

—¿Nos quedamos acá? —preguntó Benicio.

—Vamos a donde vos quieras —se le escapó a Lisandro.

Y de inmediato se preguntó si no se había excedido. Pero Benicio sonrió con una

amplitud que lo apartó de cualquier duda.

III

El departamento de Benicio parecía el de un becario. Dos ambientes y un baño, con kitchenette y un armario. Pero todo estaba prolijo y pulcro, con la marca inconfundible de Benicio.

—¿Qué te parece? —preguntó Benicio.

—Para un argentino recién llegado, está bárbaro.

—Pero no soy un recién llegado —dijo con tono risueño y ofendido Benicio—. Ya llevo un año acá. Al principio fue muy duro. La colonia argentina es muy cerrada. Pero con ellos ni siquiera lo intenté. Llegué con pocos ahorros, me vine casi con lo puesto. ¿Pero sabés dónde conseguí laburo? ¡Con los judíos! En la Asociación Cultural Judía Brasileira. Acá son muchos. Pero si sos paisano, siempre hay lugar para uno más.

Y Denguerfer les daba paisano. ¿Por qué contradecirlos? Nadie pregunta nada. Son laicos, ni siquiera tengo que ir al templo. Igual una vez fui.

—¿En algún momento te pusiste de apellido Lapacho, no? —preguntó Lisandro.

—Sí, después de que nos separamos. Cuando volví a Las Nieves... Cuando decidí que nunca más me movería de Las Nieves me puse nombre de árbol, para saber que me quedaría plantado allí para siempre. Ya ves: no somos árboles. Acá estoy.

—Antes dijiste «separación» —comentó Lisandro después de una pausa—. Y ahora también: «nos separamos». ¿Por qué hablás así de nosotros dos?

—Porque es la verdad —dijo súbitamente serio Benicio. Se puso de pie, fue hasta el baño y lavó dos vasos con la puerta abierta. Abrió la heladera, retiró una botella de guaraná, una de vodka del freezer, y mezcló en los dos vasos. Bebió del suyo.

—Fue una sola vez —interpuso Lisandro—. Años sesenta, yo recién empezaba, vos eras un escenógrafo respetado... No te digo que fuera pura conveniencia, pero tampoco fue algo trascendente. La época ayudaba. Experimentar... De hecho, fuiste mi única relación con un hombre en toda mi vida.

Los ojos de Benicio brillaron una vez más.

—¿Te parece poco? —lo desafió.

Lisandro lo pensó, e hizo que no con la cabeza.

Benicio se le acercó y lo besó suavemente en los labios.

Lisandro no respondió, pero no quitó la boca.

Benicio se sinceró:

—Nunca me pude reponer de tu partida. No te voy a decir que fui casto desde entonces... aunque no andaría muy lejos. Pero amor... amor... nunca más. Yo fui tu único hombre, y eso me halaga. Vos fuiste el último para mí.

—Miranos —dijo Lisandro—, hablando como dos tórtolos. Pero hace treinta años éramos jóvenes... nuestros cuerpos atraían cualquier cosa que les pasara cerca. Ahora somos dos radiadores de autos viejos.

Benicio le pasó una mano por el rostro.

—Para mí, vos sos el muchacho que quería comerse todo, seguís siendo el mismo. Nunca te olvidé. Te sigo viendo como eras. Y yo soy tu único hombre.

Benicio continuó acariciándole el rostro, y Lisandro cerró los ojos con indolencia. Pero cuando la mano de Benicio se colaba por entre los primeros botones de su camisa, Lisandro dijo:

—Estoy enfermo.

—Sí, mi amor, ya lo sé —respondió Benicio.

—Quiero pasar la noche con vos hoy —confesó Lisandro—. Dormir juntos, o hablar hasta que amanezca. Sin sexo. Necesito tiempo.

Como si cobrara visibilidad entre los dos una criatura que hasta entonces se les había interpuesto, Benicio preguntó:

—¿Y Natacha?

La mueca de Lisandro fue de completo desconcierto.

—¿Qué pasa con Natacha?

—Con ella te acostaste —tentó Benicio.

—No. Era una nena. Me quiso seguir. Ni siquiera dormimos juntos. ¿Qué le podía decir? Quería ser actriz.

Benicio palideció.

—¿Qué pasa? —preguntó Lisandro.

—Nada —dijo Benicio—. El sexo... qué cosa más absurda. No hace falta que «tengamos sexo». Ya te dije: tenemos todo el tiempo del mundo, para todo. ¡Porque hoy es sábado! Podemos conversar o quedarnos en silencio hasta la madrugada. Ya somos grandes, es verdad. Podemos dormir juntos sin tocarnos. ¿Quién quiere ver un pellejo viejo antes de dormir? ¡Metámonos a la cama cubiertos con los pijamas de verano, como dos monjas en camisón! Ja, ja, ja. Yo te voy a despertar con el desayuno.

Ahora fue Lisandro el que le pasó una mano por el rostro a Benicio.

—Vos me entendés —dijo Lisandro—. Hay que viajar tanto, tanto... para llegar a descubrir un único sitio donde, por un par de horas, dejás de estar solo.

Como habían anticipado, durmieron juntos, vestidos, pierna con pierna. Benicio le llevó una mano al muslo, y la dejó allí. Eso fue todo. Benicio sonreía.

A las tres de la mañana, Lisandro lo despertó. Fue cruel, porque Benicio no había dormido tan bien en los últimos treinta años.

—¿Qué pasa, chiquito? —preguntó Benicio.

Lisandro se reincorporó en la cama.

—Me iba a ir —dijo—. Ya estoy tan acostumbrado a irme...

—¡No! —respondió, sin despertar del todo, Benicio—. ¿Cómo te vas a ir? De acá ya no necesitás irte. Llegaste a casa.

—Es que... No me quiero ir. No me quiero ir —repitió Lisandro, y luego de un silencio confesó:

—Tengo miedo.

—¿De qué? ¿De la convivencia? Yo viví con la persona más extraña que puedas imaginar. Y hasta eso es mejor que la soledad. Yo no te voy a tocar. No te voy a exigir nada.

—Lo sé, lo sé —lo calmó Lisandro—. No te voy a decir que estoy completamente decidido. Pero es otra cosa la que me da miedo...

—¿Qué?

—Necesito saber por qué la mataste.

IV

Ahora estaban los dos completamente despiertos. Pero no encendieron la luz.

—¿Crees en las acusaciones contra mí? —preguntó Benicio.

Se había reincorporado también.

—Sí —dijo Lisandro.

De a poco, la oscuridad les permitía reconocerse los rostros, sin terminar de develarlos.

—¿Y por qué estás acá, entonces? —preguntó, tenso, Benicio.

—Porque yo también maté a una chica —dijo Lisandro.

—¿La modelo? —preguntó extrañado Benicio—. ¿La que se te murió en la cama de hotel?

—Yo la maté —dijo Lisandro—. Se inyectaba por mí. Para comportarse como yo quería. Y quiero saber por qué mataste vos. Ahora creo que sé quién soy, lo que necesito, lo que puedo lograr sin ningún otro estímulo. Si vamos a estar juntos... necesito saberlo...

—Es lo mismo —dijo Benicio, refiriéndose a muchas cosas al mismo tiempo—. Que te lo confiese o no, que me estés diciendo la verdad o no, es lo mismo. Vos sos mi vida.

Benicio se puso de pie y dio un par de pasos por la habitación. Se llevó las manos a la cintura.

—La maté por vos —comenzó—. Para vengarme de vos. Estabas acabado, llegaste a Las Nieves acabado, igual que yo. Llenaste la sala, apareciste de nuevo en los carteles, de nuevo te entrevistaron. Y de nuevo la vida te dio una oportunidad. La última. Esa chica... Natacha. La mujer más hermosa de Las Nieves. La mujer más hermosa de muchas leguas a la redonda. La mujer más hermosa. Para vos, una vez más. Pero no era cualquier vez: era tu última oportunidad. Ibas a poder vivir. Y yo no. Vos me había dejado a mí sin vida...

—Treinta años atrás... —intercedió Lisandro, defendiéndose—. Habían pasado treinta años...

—¡Sí! —exclamó, sin alzar mucho la voz, Benicio—. Hace treinta años no me mataste, me dejaste sin vivir. Y a mí lo que me importaba no era matarla, era que vos no vivieras.

Se hizo un silencio espantoso.

Benicio lo rompió:

—¿Te vas a quedar?

—Quisiera irme —dijo Lisandro.

Otro silencio, y agregó:

—Pero no puedo. No puedo irme.

Benicio cerró los ojos y agradeció a Dios.

—¿Qué somos a fin de cuentas? —siguió Lisandro—. Dos viejos asesinos que

tuvieron que esperar al final de sus vidas para saber que podían acompañarse.

—Somos viejos —dijo Benicio—. Pero no asesinos. Matamos por desesperación, sólo una vez. Lo que nos queda de vida, ahora lo podemos vivir...

Lisandro asintió. Pero Benicio no lo notó del todo convencido.

Fue a buscar algo al otro ambiente. Regresó con un martillo y un cincel. Lisandro se puso en guardia. Pero Benicio golpeteó en el piso de parquet. Levantó un rectángulo, aún en penumbras.

Sacó el trozo de cuerda. Se lo extendió a Lisandro. Era un metro de cuerda de telón. Lisandro lo sostuvo entre sus manos.

—Guardalo —dijo Benicio—. Ahora mismo, o mañana, te podés ir, regresar a la Argentina y confirmar mi culpabilidad. Soy tuyo. Esa es el arma del crimen, tenés mi alma en tus manos. Guardalo, por favor, quiero que lo tengas vos.

Lisandro guardó la cuerda en su bolso. Volvió a acostarse y se quedó boca arriba en la oscuridad. Benicio se acostó a su lado. Se dieron la mano.

Unos minutos después, sin dormir ni hablar, Lisandro se reincorporó y prendió la luz. Benicio lo miró desde la cama sin atinar a moverse.

Lisandro fue hasta su bolso y retiró la cuerda. Volvió hacia la cama con la cuerda en la mano.

—¿Tenés diarios viejos? —le preguntó Lisandro a Benicio.

—¿Recortes tuyos? —repreguntó Benicio sonriendo—. Todos.

—No, no. Diarios viejos, cualquiera, de acá.

—Sí, claro. Una vieja como yo, si no tiene gatos, tiene diarios viejos.

Fue hasta al armario y sacó un pilón de suplementos de espectáculos del diario *Folha*.

Lisandro envolvió la cuerda en ellos y le hizo señas a Benicio de que lo siguiera al otro ambiente.

Puso la cuerda envuelta en los diarios sobre la hornalla de la kitchenette y encendió el fuego.

—Vas a quemar la casa —dijo casi riendo Benicio.

—No —respondió Lisandro, mientras el fuego consumía la cuerda—. Sólo la prueba.

Las llamas desordenadas, y poderosas en la oscuridad, los iluminaban con un fulgor tenue. Sus rostros, muy cerca el uno del otro, compartían ese silencioso aquelarre.

Cuando no quedaron más que cenizas, se fueron los dos a dormir.

V

Los días que siguieron fueron de extrema calma. Excepto una noche, luego de mucho guaraná con vodka, que Lisandro preguntó:

—El sábado, a la noche, me dijiste que mataste una sola vez. Pero... ¿y Belinda?

—Seguís con dudas —asumió Benicio, pero sin sentirse atacado. Más bien como un amante paternal, mayor que su prometido, que intenta acompañarlo en el duro proceso de aceptarse el uno al otro.

—No. Ya no tengo dudas de que quiero estar con vos —dijo Lisandro—. Pero justamente por eso quiero saber bien quién sos. Apenas nos conocemos.

A Benicio, en parte, le gustaba aquel tono melodramático, la escena del romance; los secretos compartidos.

—Lo de Belinda no fue un asesinato. Fue una eutanasia. Ella me ayudó a esconder el cadáver de Natacha. Yo ahorqué a Natacha en el teatro.

—¿Cómo lograste que Natacha fuera al teatro a esa hora de la madrugada? —interrumpió Lisandro.

Benicio sonrió, displicente. Le sirvió otro vaso a Lisandro.

—La invité a Buenos Aires. Una oportunidad única. Le dije que yo había cometido un desfalco, que me había quedado con plata de la Municipalidad. Pero que tenía un papel para ella en una obra de la calle Corrientes. Nos íbamos juntos a Buenos Aires, dejábamos Las Nieves para siempre. Ella era, le dije, mi prenda de pago para volver a la calle Corrientes. Ya tenía apalabrado a un productor, con sus fotos. Debía portarse bien, pero el papel era seguro. Le mostré su pasaje y le dije que nos encontrábamos el miércoles a las seis de la mañana en el teatro. No debía decir nada a nadie.

—Pero... ¿cuándo le hiciste esa oferta?

—Crucé a Pachecales... por el túnel, el lunes. No me costó encontrarla. Vos estabas actuando. Cuando vas al sitio de más allá de las montañas nadie te pregunta dónde estuviste. Me dijo que lo iba a pensar. Le encantaba la proposición, el gesto era de lascivia. No sé qué decisión habrá tomado: pero el miércoles a las seis de la mañana estuvo en el teatro, tal como habíamos arreglado. Hasta el último momento me mentí a mí mismo que le iba a dar el pasaje, que la iba a fletar, para quitártela. Le había comprado un pasaje, ¿entendés? Esa era la idea...

Lisandro logró mitigar el espanto.

—Como dice Expósito en «Naranja en flor» —recitó Benicio—: Después... qué importa del después...

—A mí me importa —detalló Lisandro; dándole la mano—. Todo lo que tenga que ver con vos me importa.

—Belinda me ayudó a llevar el cadáver hasta el lago. Acompañé bajo el agua la lancha del sordomudo. En las profundidades, con traje de buzo, vuelvo a ser joven; no pude ser Jean Cocteau, pero puedo ser Jacques Cousteau. Belinda vigilaba la

costa. No había manera de que nos descubrieran... Nadie podía imaginar que éramos dos. Belinda se quebró... Yo le decía: «¿No te das cuenta de que esa mocosa te arruinó la vida, que te volvía loca con sus insinuaciones, que te hizo creer que valías algo para ella...? ¿No te querías vengar de su crueldad?». Pero Belinda no podía. Pasaba mucho tiempo en la biblioteca. La extrañaba. Tenía miedo. Miedo de Dios. Y de los hombres. Quería confesar. «Los Nordem nunca hemos matado», se ponía litúrgica. No había caso.

—¿Y entonces?

—Yo muchas mañanas la acompañaba a la biblioteca, a la hora de abrir. No teníamos nada que hacer. Podíamos llegar a las siete de la mañana, para leer juntos fuera de casa. Me le acerqué por detrás y la ahorqué con la guarda de hilo sisal. Fue como un trabajo artesanal. Después la colgué del techo, y dejé al poema junto al cadáver, con el escritorio volcado.

La noche se cernía sobre la casa.

—¿Querés saber algo más?

Con un gesto, Lisandro indicó que era suficiente. Benicio preguntó:

—¿Cenamos?

VI

La calma se restableció. Benicio tomó sus vacaciones acumuladas, porque quería estar todo el tiempo con Lisandro. Paseaban por San Pablo. No debían esforzarse para encontrar motivos de conversación. Llevaban treinta años sin verse. Lisandro no conocía la ciudad, y Benicio la conocía al dedillo. Parecían dos estudiantes secundarios que se hubieran hecho la rabona. Se reían, se burlaban del mundo. Benicio cocinaba y también lo llevaba a comer a lugares exóticos. Más les faltaba que les sobraba el dinero. Benicio vivía con lo justo, pero gastó mucho más de lo habitual para darle la gran vida a Lisandro en esos primeros seis días. Lisandro aprendería el portugués, y Benicio lo conectaría con el mundo del teatro brasileño. Desde la Asociación Cultural Judía podían llegar a muchos escenarios.

—Tendría que volver provisoriamente a Buenos Aires —anunció Lisandro el sábado por la noche, una semana después de su reencuentro—. A buscar mis ahorros, están en una caja de seguridad. A poner en alquiler la casa. Despedir a algunos amigos.

Benicio se puso tenso.

—No me vas a dejar ahora —gimió, sólo a medias en broma.

—Necesitamos la plata —intentó Lisandro.

—La plata va y viene —relativizó Benicio—. A los amigos los podés despedir por teléfono. Un buen abogado te pone la casa en alquiler con un mail.

Lisandro le tomó una mano, se la besó y le habló con seriedad:

—Entre mis muchos pecados nunca he incluido el de ser un mantenido. No puedo empezar mi vida laboral acá sin pasar primero por Buenos Aires.

—Entonces voy con vos... —se animó Benicio.

—¡Me encantaría! —dijo sinceramente Lisandro—. Pero... tu situación... Tu situación legal, me refiero...

—Yo soy el hombre de los apellidos —se jactó Benicio—. Tengo tres. Esperame un minuto.

Desapareció en el baño.

Cuando salió, era otro. Tenía todo su pelo, y de color caoba. Parecía más delgado. Los ojos eran de un color indistinto, marrón claro, con tonos grises. Usaba unos anteojos sofisticados. Lucía como un ejecutivo apuesto.

—¡Sos joven! —gritó Lisandro.

—Somos jóvenes —lo corrigió Benicio.

Lisandro bajó la euforia.

—Tengo miedo. Estamos tan bien. ¿Por qué arriesgarlo todo a una jugada?

—Arriesgarlo todo sería dejarte ir ahora —argumentó Benicio—. Te esperé treinta años. Ni vos sabés lo que puede pasar si nos alejamos tanto. No hay mayor riesgo que el que corrimos estos treinta años separados, no hay mayor riesgo que el estar separados.

VII

Cuando el avión descendía, Benicio le dijo a Lisandro que, un poco más de un año atrás, al marcharse, había despegado de Aeroparque. Prefería mil veces volver por Ezeiza: eso era regresar a la Argentina.

Lisandro le susurró al oído:

—Pero es más riesgoso.

A Benicio pareció excitarlo el miedo de Lisandro.

Aterrizaron en Buenos Aires y pasaron Migraciones. Los documentos falsos de Benicio funcionaron, y ni siquiera los detuvieron en la aduana. Apenas si llevaban equipaje.

Cuando cruzaron la mampara de la sala de arribos de Ezeiza, se abrazaron felices. Al separarse vieron venir hacia ellos al comisario Cátaro. Borgovo aguardaba varios metros atrás, pegado a la casilla de la remisería zonal.

Cátaro tomó de la mano a Benicio y le puso las esposas.

Nergadof lo sostenía por el otro hombro, pero no hacía falta. Benicio ni siquiera mostraba pesar.

—¿Todo, todo, era actuado? —le preguntó a Lisandro Aparicio.

—Todo —se sintió obligado a decir la verdad el actor.

Sólo se le quebró la voz a Benicio cuando pidió:

—No me tomes por estúpido... desde el principio supe que era una posibilidad. Estos días con vos valieron una vida para mí... Nunca pude entender cómo un actor tan estupendo, y tan apuesto, puede ser un fracaso tan completo.

Era la primera visita de Nergadof a Buenos Aires, por eso le habían dado libres los dos días anteriores. Pero ni bien apresaran a Benicio, regresaban directo a Las Nieves, donde sería juzgado. De Ezeiza marcharían a Aeroparque; y de allí, en un vuelo charter especialmente contratado por la intendencia, rumbo a Las Nieves.

Antes de abandonar Ezeiza, Cátaro dejó a Benicio a cargo de Nergadof, y se alejó unos pasos para hablar en privado con Aparicio. Los turistas y viajeros miraban con temor o desagrado al hombre esposado y su custodio.

Aparicio le hizo entrega del trozo de cuerda incriminatorio, la prueba decisiva; había quemado el otro, el del sector derecho del telón, especialmente cortado para engañar a Benicio.

—Ya están las dos cuerdas de nuevo a la misma altura —comentó Cátaro.

Llamó a Borgovo.

El escritor se acercó.

—Esto es suyo —dijo Cátaro. Y le extendió el celular que Borgovo había arrojado a la nieve, ni bien llegado al pueblo.

—Pero... ¿desde cuándo lo tiene?

—Hace poco. Apareció. ¡Y funciona! Nada se pierde en Las Nieves. Excepto usted, Borgovo. Espero, ahora sí, que nos deje tranquilos.

—En cuanto a usted —se dirigió a Aparicio—. Supongo que tendrá que venir a declarar la semana que viene.

—Con mucho gusto —confirmó sin alegría Aparicio Puedo repetir mi *Hamlet*.

—Bastará con que venga a declarar —lo serenó Cátaro.

Nergadof y Cátaro se llevaron a Benicio esposado. Comingues los aguardaba afuera con el auto policial: así habían viajado de Las Nieves a Capital. Ahora Comingues dejaría a Cátaro, Nergadof y Benicio en Aeroparque, y regresaría a solas por la carretera.

—¿Y vos? —preguntó Borgovo—. ¿Por qué hiciste todo esto?

Aparicio se encogió de hombros.

—Por una vez —dijo, y pareció que iba a contar una historia, pero fue breve—... hay que actuar correctamente.

EPÍLOGO

Borgovo reactivó su celular y accedió a los mensajes y llamadas perdidas. Eran más de cincuenta llamadas de un solo número: Malena.

La persistencia de su novia lo conmovió. Pero antes debía visitar a su amigo Francisco.

El doctor Neftalí fue el encargado de comunicarle las malas nuevas. Lo hizo pasar a la dirección.

Francisco había abandonado la clínica hacía una semana, por sus propios medios. Lo habían encontrado muerto en su casa de Mar del Plata: pastillas para dormir mezcladas con alcohol.

—¿Estaba igual hasta el último día que se fue? ¿O sufría?

—Siempre sufría —respondió apenado Neftalí—. Nunca he visto a nadie llevarlo con tanta fortaleza. Aguantó demasiado.

Neftalí no sabía en calidad de qué darle el pésame a Borgovo. Pero su mirada era comprensiva. Borgovo se puso de pie para marcharse. Sintió lo extraño de disponer de su tiempo y persona en ese sitio donde no hacía mucho había sido un interno.

—Espere un minuto —lo detuvo Neftalí. El director médico abrió un armario metálico y retiró una encomienda.

—Dejó esto para usted.

—¿Cuándo?

—El día en que se fue.

Era un paquete en papel blanco. En la parte del remitente decía: «Para mi querido amigo Elías Borgovo, donde quiera que esté».

—Me llamó «querido amigo» el último día —reflexionó Borgovo—. De modo que hasta el último día me consideró su amigo.

Neftalí le dio la razón.

Ya en la calle, Borgovo prefirió sentarse en un bar para abrir el paquete. No quería deshacerlo caminando, ni en la soledad de su casa. Eligió un bar bonito de Palermo y se pidió el mejor whisky. Cuando rasgó el papel, se encontró con una caja de cartón y un pequeño envoltorio. La caja era la temporada número 1 de *Kung Fu*, en DVD. Y una hoja rayada de carpeta forraba una piedra negra, idéntica a la que había arrebatado de la mano del petrolero antes de abandonar la clínica: «Me arrebataste una piedra, Pequeño Saltamontes. Esta te la regalo».

Borgovo sintió tal emoción que pensó que su amigo lo había hecho para matarlo también, y que fuera a hacerle compañía. Nunca, en toda su vida, le habían hecho un regalo tan bonito.

Salió del bar y siguió su camino, con la caja bajo el brazo y la piedra en el bolsillo. Debía llamar a Malena. Debía entregar la primera versión completa del libro. Había anticipado, en su primer día en Las Nieves, que todo acabaría mal. ¿Pero por qué no se hizo caso y huyó inmediatamente? Comenzó a ponderar, paso por paso, día

por día, cuál hubiera sido su comportamiento correcto, desde el primer momento.

FIN



MARCELO BIRMAJER. Nació en Buenos Aires en 1966. Ha publicado, entre otros títulos, las novelas *Un crimen secundario* (1992), *El alma al diablo* (1994) y *Tres mosqueteros* (2001), los relatos *Fábulas salvajes* (1996), *Ser humano y otras desgracias* (1997), *Historias de hombres casados* (Alfaguara, 1999), *Nuevas historias de hombres casados* (Alfaguara, 2001) y *Últimas historias de hombres casados* (2004) y la crónica *El Once, un recorrido personal* (Aguilar, 2006). Es coautor del guión de la película *El abrazo partido*, ganadora del Oso de Plata en Berlín 2004 y nominada al Oscar por la Academia Argentina de Cine.

Ha escrito en las revistas *Fierro*, *La Nación*, *Viva* y *Página/30*; en los diarios *Clarín*, *La Nación* y *Página/12*; en los españoles *ABC*, *El País* y *El Mundo* y en el chileno *El Mercurio*. Traducido a varios idiomas, fue honrado con el premio Konex 2004 como uno de los cinco mejores escritores de la década 1994-2004 en el rubro Literatura Juvenil. En 2004, *The New York Times* lo definió como uno de los más importantes escritores argentinos de su generación.

Notas

[1] «Ya dormiré cuando esté muerto», Rainer Fassbinder. <<